

ACADEMIA VENEZOLANA DE LA LENGUA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DISCURSO DE INCORPORACIÓN
COMO INDIVIDUO DE NÚMERO
DE

Don Francisco Javier Pérez

*

CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO

Don Blas Bruni Celli

*

Acto celebrado el día 28 de febrero del año 2005
En el Paraninfo del Palacio de las Academias Nacionales

Caracas/ 2005

Índice

PRIMERA PARTE

Introducción y Elogio de Don Pascual Venegas Filardo

SEGUNDA PARTE

La historia de la lingüística en Venezuela y su investigación historiográfica

I. La fábrica de la tradición: Los siglos coloniales.

II. Las rutas al Parnaso: El siglo XIX.

III. El laboratorio de los hitos: El siglo XX y la actualidad.

IV. El archivo de los santuarios: La investigación historiográfica.

Referencias bibliográficas.

Señor Director de la Academia Venezolana de la Lengua

Señores Individuos de Número y Miembros Correspondientes de la corporación

Señoras y Señores.

Introducción

Ocultar mi emoción ante el compromiso que la Academia Venezolana de la Lengua ha hecho descansar sobre mi inteligencia y mi corazón, al elegirme Individuo de Número, no sería sino manifestación de retórico retraimiento. Al contrario, quiero decir en este ilustre recinto, Paraninfo del Palacio de las Academias, que me siento profundamente emocionado en este día, que considero uno de los más importantes de mi vida y, sin duda, el más reseñable en mi carrera de estudioso de la lingüística y la lexicografía venezolanas.

Como si se tratara de una meta inalcanzable, sólo materia para los sueños, muy pronto empezaron mis filiaciones personales con esta benemérita corporación, decana de las academias nacionales y portavoz, en el ámbito hispánico, de la palabra de Venezuela, con la preterida esperanza de alcanzar, en día sólo soñado, la tan deseada coronación de mis anhelos de investigador. Comencé –recuerdo como si fuera hoy mismo–, coleccionando ejemplares del *Boletín* de la Academia, por insistencia del Padre Cesáreo de Armellada, uno de mis maestros en la Escuela de Letras de la Universidad Católica Andrés Bello y eximio numerario de la Academia Venezolana de la Lengua. Después, empecé a asistir a algunos actos de incorporación, como éste mismo de hoy en el que yo soy, humildemente, el protagonista, y donde, sentado como público pensé algún día tomar el lugar que la fortuna hoy me hace ocupar. Más tarde, en la primera adultez de mi crecimiento de estudioso, entré en relación con algunos colegas de la corporación para enriquecerme con el aporte que sus discusiones arrojaban. Aquí, merecen mención muy destacada Don Efraín Subero y Don Blas Bruni Celli, mentores y amigos. Finalmente, hoy, esas relaciones con el intelecto han fructificado para hacer que esos maestros colegas, y subrayadamente los proponentes de mi candidatura académica, los numerarios Don Oscar Sambrano Urdaneta, Don Alexis Márquez Rodríguez y Don Blas Bruni Celli, hayan creído en mis talentos,

hayan tenido confianza en la solvencia de lo ya realizado y, sobretodo, en el alcance de lo realizable, eligiéndome para sentarme junto a ellos a la mesa en este banquete dedicado al saber venezolano de la lengua, en la expresión privilegiada de los hablantes sabios por comunes y en la expresión prodigiosa de sus cultores comunes por sabios.

Asumo, pues, la deferente distinción no como una condecoración curricular sino como un compromiso con el estudio serio de la lingüística venezolana. En esta idea los dieciséis libros que he escrito hasta ahora, quince de los cuales han corrido la suerte de las prensas, son mis mejores credenciales para caracterizarme como estudioso de vocación estructurada y de imperturbable disciplina de trabajo.

Estas mismas cualidades son, coincidentalmente, las que acompañaron a mis antecesores en el Sillón Letra R que, a partir de hoy, ocuparé en esta dignísima corporación, a la que me comprometo a dedicar mis mayores esfuerzos para su aún mayor ennoblecimiento. Fueron ellos: José María Manrique, miembro fundador de la Academia, amigo del imponderable Julio Calcaño y autor de la novela *Los dos avaros*; Manuel Díaz Rodríguez, uno de los nombres mayores de nuestra literatura y que, desafortunadamente, nunca llegó a incorporarse; Juan José Abreu, director de la Academia entre 1933 y 1940; Jesús Antonio Cova, escritor de obra sólida y sobrados méritos literarios; y, mi inmediato antecesor, Pascual Venegas Filardo, maestro indiscutible al que la rutina académica me encamina a construir, seguidamente, su bien merecido elogio. Me cupo en suerte ser su alumno en el último de los cursos de literatura venezolana que dictara en la Escuela de Letras de la Universidad Católica Andrés Bello; y, hoy, intentar sustituirlo en dignidad sentado en el propio sillón que él ocupó durante los años más fructíferos de su inteligencia de estudioso, de su sensibilidad de poeta y de su pasión como venezolano. He aquí, entonces, el merecido retrato que he concebido en su memoria.

Elogio de Don Pascual Venegas Filardo

Quizá la muerte de un poeta, más que cualquier otra, signifique para el mundo en donde actuó, un motivo de interminable pesar. Sacerdote espiritual de una generación, hombre privilegiado para comprender el significado de las iluminaciones, encantador de palabras, hacedor de paraísos y de infiernos, condiciones y cualidades estelares de todo poeta verdaderamente estelar. En Pascual Venegas Filardo (1911-2003), el hacedor de paraíso e infiernos, el encantador de palabras, el privilegiado de las iluminaciones y el sacerdote espiritual se reunieron en él, como en muy pocos casos en nuestra poesía durante la pasada centuria.

Nacido poeta en 1936, a la luz del memorable Grupo Viernes, del que fue representante mayúsculo, la primera vocación de un escritor de renovadas vocaciones hizo que su producción poética creciera en libros de plácida y cruenta afectividad, en versos que son imágenes de un paisaje rescatado al adjetivado modernismo impresionista, en construcciones fluviales o eruptivas, en ecos de ausencia y, en suma, en músicas que sólo hablan de ese río de la muerte que es la vida. Serán sus títulos más perseguidos: *Cráter de voces* (1939), *Música y eco de tu ausencia* (1941), *Círculo de tu nombre* (1957), *Canto al río de tu nombre* (1957), *Los cantos fluviales* (1962), *Elegía de la sombra de tu paso* (1967) y, entre todos, *La niña del Japón* (1961), su aporte a la revisión escalofriante sobre el significado de las guerras del fin del mundo: niños que no vieron la aurora, madres ahogadas en hogueras de fuego fulgurante, manos tendidas hacia el hijo hecho cenizas, triunfo del fuego, paz de un viejo samurai y, entre otras visiones, lluvias que inician sus pasos en la hierba. Estados todos que han quedado grabados en los versos de amor y terror de su poema “Nagasaki añora”:

La tarde era una sola sensación de silencios
Donde tan sólo tú reinabas pensativa.
Nagasaki está allí sobre su azul bahía,
Sus colinas no hablan pero su muda voz
Cuánto dice al viajero que sabe su tragedia.
Tras ese templo de alta torre cristiana,
Bajo esos techos grises donde un hombre rubio
Amó a lírica niña de alma de libélula;

Frente a esos leones que celan el templo de Sofukii,
Bajo ese monumento a una paz ganada con la muerte
Laten las almas
De los niños que no vieron la aurora.
Están allí las madres ahogadas en la hoguera
Del fuego fulgurante;
Con las manos tendidas
Hacia el hijo hecho cenizas por la ciencia enloquecida.
Qué importa que en las noches de gala en grandes urbes
Madame Butterfly diga su historia melodiosa
Nacida ante este mar terso como una perla,
Si aquí en estas colinas de verdes virginales,
Si aquí frente a esta agua de inocentes reflejos,
Si aquí entre estas gentes coronadas de risas,
Si aquí entre estos pasos leves como sus dueñas,
La memoria está viva
Y la guerra atenaza en su recuerdo:
El fuego venciendo todo lo refractario,
El átomo dislocado trizando los tejidos,
La explosión consumando el mayor de los crímenes.

El doctor Venegas Filardo fue, y muy subrayadamente, una inteligencia ganada al pensamiento y a la reflexión. Su actividad de científico de la economía, de periodística cultural y de ensayista así lo hacen constar. Ocupan estas tres líneas de trabajo escriturario lo más extenso de su producción, además, una de las más voluminosas que se recuerden para el siglo XX. Infatigable y sistemático, dará cuenta de los procesos de cambio más notables en la economía y en la política agraria nacional. Paralelamente, y sólo en apariencia como si de otro escritor se tratara, dará cuenta minuciosa de todo lo editado en el país en ciencia y literatura, en sus célebres columnas: “Índice cultural” y “¿Ha leído usted?” (1968 y ss.), en el diario caraqueño *El Universal*. Se destacaría, además, en la edición de revistas de poesía como *Poesía de Venezuela* (1963 y ss.), así como en la elaboración de antologías poéticas (*Poetas del Estado Lara*, 1949; *La poesía larense*, 1982) y en la asesoría de proyectos enciclopédicos (*Enciclopedia de Venezuela*, 1973)

Venegas Filardo como ensayista no deslucirá de sus anteriores vocaciones. Al contrario, aquí logran reunirse los dioses a los que consagró su intelecto y su amor: la ciencia y la literatura. Resultado de estas vinculaciones serían sus libros históricos, críticos y biográficos: *Estudios sobre poetas venezolanos* (1941), *Notas de economía colonial venezolana* (1947), *Novelas y novelistas de Venezuela. Notas críticas* (1955), *El paisaje económico de Venezuela* (1956), *Biografía de Lisandro Alvarado* (1956 y 1973), *Aspectos geo-económicos de Venezuela* (1958), *Memoria de Teresa de la Parra* (1965), *Venezuela y sus regiones marinas* (1961), *Alejandro de Humboldt. Valor plural de la ciencia* (1969), *Tiempo en poesía. Notas críticas* (1980), *En periodismo son muchos los caminos* (1982), *Imagen y huella de Francisco Tamayo* (1983), *53 nombres de poetas venezolanos* (1990), *Notas y estudios literarios* (1992), *Venezolanos del buen saber* (1992) y, su afamado repertorio sobre la historia de las visitas científicas recibidas por el país: *Viajeros a Venezuela en los siglos XIX y XX* (1973 y 1991), que desarrollaría en su faz literaria para su “Discurso de Incorporación en la Academia Venezolana de la Lengua”, con el título: *Venezuela en la palabra de viajeros y cronistas* (1983). Los dos tomos de sus *Obras selectas*, compiladas y estudiadas por Efraín Subero, fueron publicadas en 1996.

Su formación de economista condicionó la visión no sólo geo-económica del país sino, más agudamente, el enfoque hacia el aporte que algunos hombres notables hicieron al conocimiento científico o estético del paisaje venezolano. Su pluma científica y poética a la vez, propiciaron una vocación de pintor verbal en Venegas Filardo. Una de sus piezas más cromáticas la lograría con su ensayo “El paisaje económico de Venezuela”, del año 1956, en donde anidan su palabra versificada tras la prosa científica. El mismo carácter espiritual y estilístico queda reforzado en uno de sus escritos más perdurables: *Alejandro de Humboldt. Valor plural de la ciencia*, publicado en 1969. Estudia en este pequeño gran libro el aporte de Humboldt a la geografía, la geología, la hidrología, la fitología y la fitogeografía venezolanas, haciendo, en seguimiento de su comprensión humanizadora del trabajo científico, deliciosas pausas descriptivas en el Humboldt escritor. Poeta de la ciencia, como el propio Venegas Filardo, aquí Humboldt es visto como una entidad homérica (la del descubridor a ciegas), retomando la imagen portentosa de Arístides Rojas, debate insalvable entre la verdad del texto poético y la ficción del texto científico:

Alejandro de Humboldt constituye el mejor ejemplo de que no existe divorcio alguno entre las ciencias y las letras, entre el científico que escribe y expone el resultado de sus investigaciones, y el literato que crea, que investiga, que analiza la obra de los demás [...]. No pocos de los hombres que se han dedicado a estudiar el proceso del conocimiento de la fronteras de la humanidad, se han detenido con especial interés en Homero. Muchos de los vagos nombres geográficos que cita Homero, o quizá, los diversos autores encarnados en Homero, son tomados como referencia para lugares geográficos concretos, o bien, para mundos en cierta manera imaginarios, como la Atlántida. Una categoría homeriana asigna a Alejandro de Humboldt uno de los más acuciosos investigadores del diecinueve venezolano, como es Arístides Rojas. Nos dice de él [–dirá, a su vez, Venegas Filardo–]: “El Homero de Los Andes, hemos llamado a Humboldt cada vez que en nuestros escritos hemos tropezado con esta gran figura; no porque la imaginación sea el carácter distintivo de sus brillantes facultades, ni porque la poesía sea lo único que constituye la estética de sus obras...”. También Arístides Rojas señala las relaciones entre el naturalista alemán y Lamartine. Se empeña el ilustre venezolano en ahondar los vínculos espirituales entre el sabio y el autor de *Graciela*. Sus descripciones de la bóveda celeste, de la luminosidad de las estrellas bajo los cielos del trópico, de la elocuente inmensidad de las selvas ecuatoriales, del salvaje vigor de las aguas del Orinoco, de los sugestivos nevados de Los Andes, de la aparición de una nueva especie vegetal o el encendido canto de un ave desconocida, contienen un poderoso haber poético que hizo del romántico francés lector fervoroso y polémico de la obra del autor del *Cosmos* (p. 22).

Bajo la advocación de Humboldt, Venegas Filardo escribirá uno de sus libros más perdurables: *Viajeros a Venezuela en los siglos XIX y XX*, publicado por Monte Ávila Editores en 1983, en su primera entrega; y en 1991, en la versión definitiva, cuidada por Horacio Jorge Becco para la Fundación de Promoción Cultural de Venezuela. Esta obra maestra de la historiografía de viaje ilumina, la obra de los más célebres viajeros, en su mayoría científicos, que, con esa linterna humboldtiana que es el *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* en la mano, edificaron la imagen moderna de las ciencias naturales venezolanas. Venegas Filardo levanta para ellos el más justo e impresionante de los altares a la emoción venezolanista. Libro gemelo del imprescindible *Exploradores famosos de la naturaleza venezolana* (1948), de Eduardo Röhl, a quien Venegas Filardo ha dedicado el suyo, establece los eslabones de la cadena histórica para el estudio de la ciencia venezolana durante el siglo XIX y buena parte del XX.

Mención especial, entre las obras de Venegas Filardo dedicadas a figuras de la ciencia venezolana, merecen su *Biografía de Lisandro Alvarado*, en sus ediciones de 1956 y 1973, y su *Imagen y huella de Francisco Tamayo*, del año 1983. Larense a los cuatro vientos (había nacido en Barquisimeto en la primera década del siglo XX), Venegas Filardo se exige dejar constancia del fervor por su tierra de alumbramiento y por la iluminación de sus grandes hombres de ciencia y cultura. Es el caso de sus trabajos sobre Alvarado, en quien recae, además de la anécdota familiar que cuenta cómo sus abuelos Filardo conocieron fortuitamente al médico andariego en el pueblo de Libertad de Barinas (y que para Don Pascual equivalía a haberlo conocido él mismo, como nos lo refería frecuentemente), la más constante de sus admiraciones de estudioso. Su valoración sobre el aporte del investigador lingüístico en Alvarado está vista en fraterna relación con la exploración *in situ*, fuente para el conocimiento más auténtico del léxico venezolano, y con la disciplinada pasión del investigador:

Lisandro Alvarado nunca viajaba solo; viajaba con sus hojas en blanco y su lápiz; y con su letra menuda y clara, iba escribiendo sus observaciones, todo lo que le enseñaba su examen de la naturaleza, las costumbres de quienes poblaban las regiones por las cuales transitaba, las maneras de hablar del habitante de cada pedazo geográfico. De esas notas, de todos esos apuntes, surgieron algunos de los más notables trabajos del sabio. De allí emanaron esos tomos publicados bajo el título de *Glosario de Voces Indígenas de Venezuela*, y sus dos volúmenes titulados *Glosarios del Bajo Español en Venezuela*. Una elocuente lección de paciencia, de don observador, de voluntad y de estudio, surge de la lectura de estos libros. En ellos, está la raíz y la esencia del español que se habla en nuestro país. En ellos está la demostración palpable del surgimiento y formación de un nuevo español en nuestro continente, enriquecido con americanismos y con las variaciones fonéticas del español, tan magistralmente observadas por Alvarado en su estudio. Y surge sobre todo el claro concepto de que en Venezuela existe un nuevo español, donde las palabras toman un nuevo valor y un nuevo sentido (pp. 47-48).

El acercamiento que Venegas Filardo hace de Francisco Tamayo habla, también, de una pasión por Venezuela delineada en la ruta de los libros como puerta segura para conocer al hombre apasionado por la naturaleza, la geografía, la lengua y la vida misma de los hombres. Amigos desde la infancia (“Nueve años en edad nos distancian, pero nos une un mismo sentimiento”), trata Venegas Filardo de suavizar la anécdota para buscar la obra del

botánico, explorador y hombre de ciencia de incalculables méritos que fue Tamayo. Como un nuevo Pittier lo visualiza: “No sabemos por qué, cada vez que pensamos en Francisco Tamayo, pensamos en Henri Pittier. Porque los asociamos al mundo vegetal venezolano. El primero dejó su Suiza de lagos apacibles, de paisajes de acuarela y de cumbres enhiestas y nevadas, para acogerse y entregar su vida al servicio de su nueva patria. El segundo, dejó sus montañas de los Andes larenses para venirse a El Tocuyo, luego a Coro, de nuevo a El Tocuyo, y en definitiva, a Caracas, donde ha estado a lo largo de gran parte de su fecunda vida, al servicio de la patria que late con él” (pp. 7-8). Quiere Venegas Filardo, oír junto a Tamayo los latidos del verdadero corazón del país, ése que está oculto tras la imagen de sus realidades físicas y espirituales. Explora las huellas de esa Venezuela en la obra del propio explorador, estableciendo uno de los dogmas de su propia pasión de escritor y de estudioso: conocer la imagen del hombre por sus libros y en ellos descubrir grabada la huella de la espiritualidad venezolana. Explorador de exploradores de la naturaleza venezolana, Venegas Filardo inscribe aquí más de una palabra de sabiduría de escritor, al pensar la escritura de los escritores: “Un hombre, cuando es escritor, sea narrador, sea poeta, sea científico, se le aprende a conocer bien en sus textos. Se le conoce a través del papel impreso, sea en el libro, en el folleto, en las páginas de la revista o del periódico. Tal vez no se vislumbra allí su aspecto físico, sus modales, sus costumbres, pero en eso que escribe, se sabe lo que es” (p. 10).

A otra categoría de relación pertenece su actividad de promotor cultural y de hombre de la cultura nacional. Una síntesis debería destacar algunos logros concretos: Jefe de redacción en el diario *El Universal*, Premio Municipal de Poesía, Premio Municipal de Periodismo, Premio Nacional de Literatura, Premio Nacional de Periodismo, Premio Nacional de Periodismo Científico, Premio Nacional de Periodismo Literario, Presidente de la Asociación de Escritores de Venezuela, Individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, Individuo de Número de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, Presidente del Consejo Nacional de Educación, Vicepresidente del Pen Club de Venezuela, Presidente del Colegio de Economistas de Venezuela, Fundador de los Cuadernos de la Asociación de Escritores de Venezuela (junto con Julián Padrón), Primer Vicepresidente de

la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, Fundador de la Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela, Fundador de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Católica Andrés Bello, Profesor de las Escuelas de Economía y de Historia en la UCV, Profesor en la Escuela de Letras en la UCAB, Orden José María Vargas, Orden Andrés Bello, Orden 27 de Junio, Orden Francisco de Miranda y Orden del Libertador.

Con la muerte del doctor Pascual Venegas Filardo, la universidad venezolana perdió a uno de sus más singulares educadores (fue profesor durante décadas en la UCV y en la UCAB); el periodismo, al colaborador más prodigioso; la poesía venezolana, a uno de sus príncipes modernos; la ciencia, al más abocado y vocacional de sus cultores; la literatura, al más generoso de los críticos; la Academia Venezolana de la Lengua, la Academia Nacional de la Historia, la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales y la Academia Nacional de Ciencias Económicas, a uno de sus más notables numerarios; el país, finalmente, a un hombre que supo lo que significaban su amor y su dolor venezolanos.

Queda, ahí, su obra escrita: enorme y múltiple, generosa y apasionada, motivadora y necesaria, sobre todo esto último, para entendernos en la geografía de nuestra espiritualidad venezolana, a la que Venegas Filardo hizo los más altos honores en su pensamiento. Perteneció a una estirpe de venezolanos que hoy vemos en la dimensión de una mitología a la que quisiéramos volver y por la que queremos seguir luchando. Venegas Filardo fue, entonces, un luchador de la estirpe de las propias inteligencias a las que dedicó la suya propia. Quiso sentarse al lado de los Humboldt, los Rojas, los Alvarado, los Pittier, los Röhl, los Tamayo y creo que lo logró, sin ninguna exageración. Por ellos edificó el culto a la ciencia de la naturaleza, por la que justificó los desvelos científicos de su larga vida. Ecuatorial en el trazado de las fronteras entre las ciencias de la naturaleza y las del hombre, vio en estos colosos de la ciencia y cultura de Venezuela lo que de humano supuso el trabajo de investigar al país desde las cimas y los abismos que las ciencias les permitían. Como ellos mismos, el estudioso de la ciencia venezolana que fue, tuvo el logro inmenso de ofrecernos su exacta imagen, quizá, demasiado humana, o tal vez por ello, demasiado pagada por la perpetuidad. Perpetuo sería, finalmente, el adjetivo con el que hoy quiero

cerrar este elogio a mi predecesor en este Sillón letra R, con la emoción y la responsabilidad que me exigen el sustituir a mi maestro y, más aún, a un maestro que exhibe a perpetuidad el calificativo de perpetuo.

I

La fábrica de la tradición

Los siglos coloniales

Nacimiento de la lingüística en Venezuela

Cada vez que un investigador busca entender la naturaleza de su propia labor confía en que esa comprensión será posible si escudriña el pasado de su especialidad. Amante o no de la historia, conocedor o no de su evolución, este investigador irá a la historia para conocerse, para ver con claridad el rumbo de sus investigaciones, para hacer patente la fascinación que su propia pasión es capaz de motivar. Esta verdad, que es demostrable con facilidad para cualquier ámbito del conocimiento, resulta penetrante y viva para el lingüista que dedica sus esfuerzos intelectuales a organizar y construir obras que sean capaces de describir el enigma de las lenguas. Labor solitaria e incomprendida, por desconocida.

En esta idea, el acercamiento más cautivador es siempre el de los orígenes. Aquí las preguntas son siempre las mismas : ¿Por qué interesa descubrir el origen del fenómeno? ¿Importa, más bien, entender la evolución de las técnicas y el sentido de los aportes?, entre otras. Más allá de estas interrogantes, todo investigador se deja llevar por el encanto que tiene tocar –rozar levemente-, el posible nacimiento de una inquietud científica o artística.

Ese encanto, por otra parte, resulta más intenso si se considerada para cualquiera de nuestras actividades culturales, científicas o estéticas en Venezuela, ya que casi todos nuestros acercamientos al pasado están envueltos por la impenetrabilidad de la oscuridad que sus abismos generan. En otras palabras, el mundo colonial venezolano como consideración cultural, científica o estética no deja de ser difuso e incierto.

Las primeras incertidumbres nos vienen, justamente, sobre la consideración de la actividad de la ciencia lingüística de este tiempo tan dilatado y de tanta oscuridad para nuestra disciplina. Superando la idea de la inexistencia de producciones, cobijados en el principio de que las cimas conocidas no pueden entenderse como fenómenos aislados sino, al contrario, como resultado previo de intentos y tradiciones en proceso de desarrollo, nos sumimos, sin embargo, en profundos silencios cuando tratamos de comprender la trayectoria de nuestros estudios lingüísticos durante el largo período colonial venezolano. Son, entonces, lagunas y desiertos con los que nos tropezamos, más que con personajes, obras, escuelas o corrientes que, en los casos en que sí podemos reseñarlos o abordarlos a cabalidad, deben entenderse, apenas, en su condición de islas en el conocimiento organizado de la actividad lingüística y como simples muestras de lo que fue la historia de los estudios sobre el lenguaje, sus fuerzas, sus preocupaciones, sus trabajos y sus logros durante esta época.

Las anteriores consideraciones nos sensibilizan hacia la idea de que lo conocido no es sino una mínima parte de lo producido y de que las conclusiones a las que pueda llegarse sobre la lingüística colonial venezolana son solamente una materia parcial y aproximada; una tenue imagen de lo que en realidad constituyó en su momento. En absoluto, debe pensarse en la falta real de producciones o en la carencia de una verdadera actividad intelectual de reflexión sobre los fenómenos del lenguaje, tomando en cuenta no sólo el grado de solvencia de algunas de las piezas conservadas, sino, además, considerando las cúspides que en otras disciplinas de pensamiento la vida colonial venezolana fue capaz de alcanzar.

Teniendo en atención las muestras conocidas puede establecerse que fueron el trabajo lexicográfico y la producción de diccionarios, que describían, especialmente, el léxico indígena y sus conexiones con el español americano, las más centrales de las actividades que se desarrollaron en este momento. La producción de gramáticas se vio también condicionada por las exigencias descriptivas de las lenguas indígenas, en especial hacia el final del período. Los estudios gramaticales clásicos constituyeron, en notable porcentaje,

materia de enseñanza más que meta de investigación. En este sentido, son muchos los datos que permiten una evaluación de la enseñanza de la gramática latina.

Pedro de Arteaga pasa por ser el primer preceptor oficial de gramática que hubo en Caracas. Había llegado hacia 1589 y ya ocupa su cargo de preceptor entre 1593 y 1594. Su biografía, llena de oscuridad, permite suponer que con los años se hiciera sacerdote y que se residenciara en El Tocuyo hacia la segunda o tercera década del siglo XVII (Parra León 1954: 74-75). La labor de Arteaga fue posible por la creación de la primera cátedra de gramática por real mandato del rey Felipe II. Reza así en la Real Cédula de 1592, el primer documento oficial en la historia de la lingüística venezolana:

El Rey

POR QUANTO Por parte de los Vezinos de las ciudades de la Prouincia de Veneçuela se me a hecho relacion que Por no auer en aquella Prouincia Vniuersidad como la ay en otras Partes de las Yndias dexan sus hijos de estudiar y ser enseñados en letras de que se seguirian muy buenos hefetos ansi p^a la correpcion de sus costumbres y licencia de la juventud como en beneficio de la tierra pues podrían ordenarse con suficiencia para el enseñamiento de los Yndios y predicación evangelica, y que ansi para esto como para el ornato, y noblecimiento de la dha Prouincia conuernia que en ella vuiese vn preceptor de gramatica Proveyendo que de mi caxa real de la dha Prouincia o de los tributos de los Yndios que vuiese vacos o que Primero vacasen de ella se le pagase el slario que vuiese de auer, y auriendose platicado sobre ello por los de mi consejo de las Yndias tuve por bien de mandar dar esta mi cedula por la qual quiero y es mi voluntad que en la dha Prouincia de Veneçuela, aya Vn preceptor de gramatica al qual se le den en cada vn año doscientos pesos la qual cantidad mando a mi gouernador de la dha Prouincia haga poner en mi corona Real de los tributos de los Yndios que vuiese vacos o que primero vacaren en ella prefixando su cumplimiento al de otras qualesquiera cedula que yo vuiese dado para otras qualesquier situaciones y encomiendas porque mi voluntad es, que ansi se haga y que se paguen al dho preceptor los dhos doscientos pesos cada año Por tiempo de seis as. primeros siguientes que corran y se quenten desde que se hiziere la dha situacion en adelante y mando a los Oficiales de mi Real hacienda de la dha prouincia que cumplan las libranzas que en ello diere el dho mi gouernador de lo que entrare en su poder de lo procedido de la dha situacion por el tiempo de los dhos seis años, y que tomen cartas de pago del dho preceptor, con las quales y esta mi cedula mando se es reciba en quenta sin otro recaudo alguno fecha en burgos a catorce de setiembre de mill y quinientos y nouenta y dos. YO EL REY. Por mandado del Rey nuestro señor Juan Vasqz. (Cita en Parra León 1954: 71-72)

Esta cédula, cuyo original reposa en el Archivo Arzobispal de Caracas, fue recibida en Caracas al año siguiente, el día 2 de septiembre. Es interesante hacer notar que se invoca en ella un principio muy notable. Se trata de la idea de que el estudio de la lengua y el énfasis que se haga de su uso privilegiado representa un paso en firme en el fortalecimiento de las costumbres de los individuos. La fundación de la cátedra, entonces, no obedece a un objetivo puramente intelectual, sino que, más bien, tiene su raíces en el beneficio moral que está llamado a hacer prosperar. Con esta impronta a la vista, los subsiguientes intentos vendrían a complementar el de 1592.

En 1605, vemos a Juan de Ortiz Gobantes (también registrado con las grafías "Obantes" u "Hobantes") cumpliendo las mismas funciones que Arteaga y en su misma plaza citadina. Ya antes había enseñado en el Nuevo Reino de Granada, en la provincia de Río Hacha y en algunas ciudades bañadas por las aguas del Magdalena. Previo a su periplo caraqueño, había instalado, además, cátedras de gramática en Nuestra Señora de la Paz y en Nueva Segovia, por espacio de cuatro años. El Cabildo de Caracas, el primero de agosto del citado año, lo encarga de la cátedra de gramática invocando el mandato real de 1592 y, según se infiere en los documentos, por ausencia de otro preceptor (es posible que para este momento ya Arteaga se encontrara fuera de Caracas). De nuevo, la disposición del Cabildo acentúa el interés de que se haga la enseñanza de la lengua junto a la de las buenas costumbres (Parra León 1954: 75).

El escritor Enrique Bernardo Núñez ha dejado una narración sobre esta primera cátedra de gramática y sus momentos iniciales de funcionamiento: "A Pedro Arteaga, profesor de gramática, se le mandó pagar su salario de treinta pesos oro, el que le había fijado el Ayuntamiento, de lo que pagarían las botijas de vino traídas por el navío a cargo del capitán Manuel Romano. Más tarde, el Rey dispuso que del tributo de los indios se pagase el salario del preceptor. Los vecinos de las ciudades de Venezuela habían acudido al Rey para solicitar el establecimiento de esa cátedra de gramática, a fin de que sus hijos pudiesen ser enseñados en letras. Entre otros beneficios, exponían, habría de seguirse el del enseñamiento de los indios y la predicación evangélica. En 1605 aparece Juan Ortiz Obantes. Había enseñado gramática en el Nuevo Reyno, en Río Hacha, Trujillo de N. S. De

la Paz y Nueva Segovia de Barquisimeto. Obantes recuerda la disposición del Rey acerca de que haya un preceptor de gramática con 200 pesos anuales pagaderos de su real hacienda, «y pues en esta ciudad no hay ningún preceptor de gramática, ni hasta ahora se ha cumplido el tenor de la real cédula», suplica lo admitan por tal. Le ofrecen acudir en primera ocasión al Gobernador para que se cumpla la real cédula. Mientras tanto, se le pagarán 50 ps. de oro, de los propios. Se le encarga la enseñanza y buenas costumbres de los discípulos que tuviere. También para los propios se dispuso que por cada «pieza» de esclavo o esclava, de España o África, o de las Indias, se pague un peso de oro fino” (Núñez 1963: 43-44). También nos informa que, un año antes, en 1591, ya se “encuentran en las calles de Caracas dos maestros de primera enseñanza: Luis de Cárdenas Saavedra y Simón Basauri”. El primero se compromete a “enseñar de balde” a niños huérfanos de padre y madre; mientras que el segundo, “abre escuela para enseñar a leer, escribir y contar” (Núñez 1963: 44).

En Coro, para ese momento capital de la diócesis de Venezuela, el obispo fray Antonio de Álcega estableció la cátedra de gramática en 1608, invocando la Cédula antes citada y promoviendo otra en la que se pedía asignar a la cátedra su pago con dineros de la caja real y no con tributos de indios. Han quedado registrados, para esta cátedra que no prosperó por mucho tiempo, los nombres de dos de sus preceptores: Andrés López Carballo (entre 1609 y 1610) y Antonio Sanz Escudero (entre 1610 y 1611). Caracciolo Parra León, en *La Instrucción en Caracas (1567-1725)* (1954), nos provee de algunos pocos datos sobre estos dos preceptores. Para el primero sólo un par de señalamientos: “hijo legítimo de Juan López Carballo y de Inés González, comenzó a ganar sueldo de la caja real por razón del preceptorado en 17 de julio de 1609. Durante el lapso de su magisterio [...] obtuvo subdiaconado *ad titulum doctrinae indorum*, y en los primeros meses de 1610, pues el obispo murió en 12 de mayo, fué hecho sucesivamente diácono y presbítero, ya que como tal le hallamos en asiento auténtico del siguiente septiembre. Tuvo la cátedra hasta 30 de junio del mismo 1610 en que, terminada la carrera eclesiástica, pasó probablemente a ejercerla en la conversión de los naturales” (Parra León 1954: 80). Sobre Sanz Escudero se tienen unos cuantos datos más que de su antecesor y de los que, nuevamente, Parra León nos hace fidedigno acopio: “Natural en España del arzobispado de Calahorra, tuvo por

padres a Pedro Sanz Escudero y a Gracia García. Pasó de la Península al Nuevo Mundo en servicio del ilustrísimo señor don fray Antonio de Álcega cuando este ilustre prelado vino a ocupar la diócesis de Venezuela. Emprendida la penosa visita pastoral, Sanz Escudero acompañó y sirvió fielmente a su señor durante toda ella, e hizo a la vez los estudios teológicos necesarios para la prosecución de la carrera eclesiástica. En Coro, después de riguroso examen ante el deán don Bartolomé Gómez y el franciscano Antonio de Gama, le fueron concedidos el exorcistado y el acolitado por septiembre de 1607; un año más tarde, después de recorrer, ya minorista, a Maracaibo y Trujillo, ganó subdiaconado en Carora *ad titulum sachristiae*; anduvo por el Tocuyo [...], Barquisimeto [...] y Orachiche [...], y en este mismo mes de junio, en la parroquia de Santa Catalina de Quara [...] recibió la orden diaconal. Vuelto a Caracas con el señor Álcega después de la visita de Valencia (julio de 1609), presenció el segundo Sínodo Diocesano de Venezuela. Alguna circunstancia especial (quizá la falta de edad) debió impedirle la coronación de la carrera antes de la muerte de su mitrado protector. Acaecida ésta, el deán y Cabildo Sede Vacante le hizo, según hemos dicho, preceptor de Gramática; en este ejercicio estuvo hasta el 30 de junio de 1611” (Parra León 1954: 80-81). Parra León cree que después de este momento regresaría a España en vista de la desaparición de su nombre en los documentos del siglo XVII (Parra León 1954: 81).

Los Jesuitas, por su parte, fundaron y dirigieron cátedras afines a partir del año 1628 y hasta el momento de su expulsión de los territorios españoles, en 1767. Asimismo, recibimos noticias del presbítero Gaspar Gutiérrez de Sotomayor como preceptor en Valencia para 1640 y de los frailes franciscanos Benito de Sobremontes y Marcos Montano como preceptores de gramática y moral en Trujillo, en las sucesivas fechas de 1647 y 1665. La Guaira ostentó su cátedra de gramática por fundación del obispo González de Acuña para 1674. Estudios de corte similar se instalaron en otros centros poblados coloniales: en Barquisimeto, en 1678, a cargo de fray Bartolomé de la Rosa; en Cumaná, a mediados del siglo XVIII; en Maracaibo, los Jesuitas dictaron cátedras desde 1755 y los Franciscanos desde 1760; en Nueva Barcelona, hacia 1780, fray Diego González, cumplió similares cometidos; y, en El Tocuyo es posible documentar una cátedra de lengua y cultura latinas

en el histórico 1789 (Morón 1971: IV, 350-384; Rey Fajardo 1979 y 2003; Gil Fortoul 1977: I, 150; García Chuecos 1963: 223-241; Pérez Hernández 1988: 17-18).

Una síntesis ilustradora de la actividad de estos primeros tiempos la encontramos en *Tapices de historia patria* (1934), de Mario Briceño-Iragorry. Interesa insistir en la difusión territorial de los estudios: “Junto a la obra cultural de las escuelas públicas de primeras letras y de la Cátedra caraqueña de Gramática, los conventos y hospicios tenían abiertos sus claustros para la educación general. En Caracas las casas de Franciscanos, Dominicos y Mercedarios mantenían estudios de Teología, Moral y Filosofía, «con diez Cátedras de calidad Universitaria a cargo de venezolanos en su mayor parte», más cuatro de Latinidad divididas en sus correspondientes cursos de Retórica y Gramática y de manera indefectible, escuelas de Primeras Letras. Y al igual de las casas conventuales de Caracas, las de Valencia, Coro, Barquisimeto, El Tocuyo, Guanare, Carora, Trujillo, Maracaybo, Mérida, Cumaná, Margarita y Barcelona, abrían sus aulas a la enseñanza general de los criollos” (Briceño-Iragorry 1982: 143). En torno a la participación de la Compañía de Jesús, reafirma los aportes fundacionales y su influencia en plazas no jesuíticas: “En Maracaybo por el año de 1682 dirigía un curso secular de Gramática el Preceptor trujillano Lcdo. Juan Díaz de Benavides. Y con el establecimiento en dicha ciudad de la Compañía de Jesús, por 1731, se dieron pasos para la instalación de estudios secundarios fuera de los conventos. En 1753 ya funcionaba a cargo de los Padres Jesuitas una Cátedra de Gramática, y más tarde el Rey concedió Cédula a favor de dicha Orden para la fundación de un colegio en aquella ciudad, igual al que la ilustre Compañía tuvo en Mérida desde 1628 hasta su extinción en 1767. El Ayuntamiento caraqueño, compenetrado de la falta que constituía para el porvenir de la juventud la no consolidación del comenzado Colegio de Jesuitas en esta ciudad, pidió al Rey la erección, con las rentas de aquél, de un Colegio de Nobles” (Briceño-Iragorry 1982: 144).

En este recuento, una referencia que tiene que privilegiarse es la de la creación, en 1673, en la Universidad de Caracas, de la cátedra de gramática y su funcionamiento en el Colegio Seminario de Santa Rosa de Lima. Su regularidad institucional venía a ser muy remarcada en relación con la periodicidad y el sistema de los cursos: “Por lo demás, la cátedra de

Gramática siguió funcionando con absoluta y admirable, si no en el propio edificio del Seminario por no permitirlo la fábrica, a lo que parece en una tienda cercana” (Parra León 1954: 149). Algunos nombres se salvan, también, del cruel anonimato impuesto por estos tiempos: Juan de Heredia Carballo (1673-1676), Juan Gómez Manso (1676-1677), Bernabé de Acuña (1677-1681) y Juan Fernández Algarín (1681-1687), Francisco Barrasa (1697-1700), Juan Rodríguez de Mendoza (1700-1705), Juan Francisco Castellón (a partir de 1705), Juan Jacinto Ondarra (a partir de 1715) y Francisco de la Vega (hasta 1726) (Parra León 1954: 149-152 y 222).

La enseñanza conventual de la gramática ocupa, también capítulo destacado. Para el convento de San Francisco en Caracas es susceptible de ser reconstruida una auténtica nómina de frailes preceptores y el detalle cronológico de los cursos que impartieron: Francisco González (1643-1645), Juan de Torres (1645-1647), Francisco de Lugo (1647-1650), Jerónimo de la Parra (1650-1656), Agustín de Boría y Fuentes (1656-1659), Manuel de San Agustín (1659-1662), Miguel de Ponte (1667-1668), Juan Vivas (1668-1670), José de la Vega (1670-1672), Manuel de Silva (1672-1673), Juan de Vivas (1673-1675), Esteban de la Cueva (1675-1678), Juan Gutiérrez (1678-1681), Pedro de Acuña (1681-1686), José de Oñate (1686-1690), Alvaro Suárez (1690-1691), Manuel de Mendoza (1691-1696), Melchor Fernández de la Riva (1696-1699) y, entre los años 1699 y 1725, se establecen las designaciones *ad libitum Provincialis* (Parra León: 119-121 y 237). Lamentablemente, no se disponen de similares registros para la enseñanza de gramática en los conventos caraqueños de San Jacinto y Las Mercedes.

La minucia de la investigación sobre la enseñanza colonial aporta, para cursos de variada naturaleza, otros nombres que ingresan en los pocos registros de nuestros primeros lingüistas: Juan Francisco Seco de Quevedo y Villegas (1691), Juan Francisco de la Parra (1692-1696) y Juan Dámaso Dávalos y Chirinos (1696-1697), todos en los cursos de “Gramática de menores” del Seminario de Caracas.

Toda esta actividad de creciente profusión debe ser comprendida en su consideración histórica como el mejor argumento frente a las postulaciones sobre la falta de interés del

mundo colonial hacia los estudios del lenguaje. En abierto contraste, parecen estas escuetas informaciones querer sostener a la distancia de hoy que, más allá de los inconvenientes para su reconstrucción, estamos en presencia de una vocación singular por el estudio lingüístico, desde los tiempos más iniciales. Esta vocación, de la que sólo disponemos de unos cuantas nóminas de archivo y de un registro muy sucinto o inexistente sobre la significación de cada una de estas figuras, hace inclinarnos a pensar que son reveladoras de argumentos que nos expliquen la vocación venezolana por el estudio del lenguaje. Nación de notables gramáticos y lexicógrafos, puede afirmarse que es en estos tiempos iniciales donde toma su residencia esta inclinación especial por comprendernos a través de la lengua y su estudio.

En el espacio de estas inquietudes, tiene que llamar la atención que se ordenaran, especialmente, sobre la base de los principios y métodos establecidos por las obras de Antonio de Nebrija (1444-1522)¹, el gramático sevillano del siglo XV, padre de la primera gramática castellana y autor de diversas obras clave para el estudio de la gramática del latín. Serían los textos latinos de Nebrija, más que los dedicados a la gramática castellana, los que se difundirían y utilizarían con más ahínco durante los días coloniales venezolanos. El influjo, o la sombra, de este autor cubriría la actividad gramatical y sus concepciones hasta bien entrado el siglo XIX. Las aulas académicas de mediados del siglo XIX debatirían, todavía, en torno a la vigencia de los métodos de Nebrija y a su efectividad educativa. En este sentido, una de las polémicas más sonoras de ese momento daría vueltas en torno a la pertinencia de enseñar latín con los Nebrija, en donde también se daba cabida a textos de otros autores de línea similar o cercana a la del maestro andaluz, o con modernos textos, siendo el más invocado el de Jean Louis Burnouf. Rozaría esta discusión a gramáticos tan notables del siglo XIX como José Luis Ramos, Juan Vicente González y Cecilio Acosta.

Son muchas las referencias que podrían invocarse en refuerzo de la presencia de Nebrija en los estudios coloniales venezolanos. Una de las más significativas la consigna el artículo “Gramáticas”, en el repertorio de Juan Antonio Navarrete: *Arca de Letras y Teatro*

¹ Los principales títulos de su obra gramatical serían: *Institutiones de gramática latina*, *Diccionario latino-español y español-latino*, *Ortografía castellana*, *Arte de la lengua castellana* y *Vocabulario de romance en latín*.

Universal, en 1783. Apunta el estudioso franciscano en su libro-glosario: “Gramáticas. El Nebrija o Lebrija como otros dicen. El Iriarte es famoso. Pero hablo solamente para la lengua Latina y Española. La obra anónima Gramática de la Lengua Latina y Castellana, tres cuadernos en un Volumen es especial; pero no para principiantes. Otras muchas obritas corren con que cada Maestro se acomodará sin ser preciso decirle aquí más nada” (Navarrete 1962: 82; Navarrete 1993).

Fue tan poderosa la influencia del magisterio de Nebrija en la lingüística colonial que hasta se deja sentir en numerosas gramáticas elaboradas para estudiar las lenguas indígenas del país. A falta de otros modelos descriptivos, los autores coloniales, casi en su mayoría religiosos con una muy solvente formación en gramática latina, emplearon los principios estructurales y conceptuales nebrijanos para ordenar los enredos gramaticales de las lenguas indígenas venezolanas. Una referencia, a estos fines, por demás muy significativa, la que declaran Alonso de Neira y Juan Ribero, en 1762, en el “Prólogo” a los “Rudimentos de la lengua achagua”, en los preliminares de su notable *Arte y vocabulario de la lengua achagua*. La hermandad entre latín y lengua indígena, entre gramática latina y gramática achagua y entre modelo descriptivo latino y modelo descriptivo achagua, parecen obligar el seguimiento al gramático sevillano: “Aunque es verdad que esta lengua no imita en todo a la Latina; pero si se advierte atentamente la imita en mucho, como se puede ver en la colocación y modo de hablar, y en la derivación de varias partes de la oración de una misma Raiz. Por esta misma causa y para mayor facilidad en quien tiene noticia de la lengua Latina, iremos imitando sino en todo, a lo menos en parte, el arte de Antonio Nebrija, con la brevedad que pide este pequeño resumen de lo principal del Idioma” (Neira y Ribero 1971: II, 27).

El estudio colonial de la gramática no puede dejar pasar que no sólo su sentido radicaba en la descripción de tópicos relativos a morfología y sintaxis, sino que, en la generalidad de los casos, la gramática asumía tonalidades totalizadoras del saber, al estilo de la concepción humanista, y se definía en sus acercamientos iniciales a un conjunto muy variado de disciplinas. Literatura, historia, aritmética, geografía, retórica, dialéctica, moral y urbanidad parecían constituir los intereses didácticos que debían recalcarse gracias a una concepción de la lengua que la entendía como vehículo de tan múltiples conocimientos.

Comprender el sentido de la lengua a través del estudio de su sistema, pura ocupación de la gramática, adquiriría una dimensión plural al servir de campo fértil para el conocimiento todo. Quizá, más una necesidad de las primeras cátedras por abarcar una multiplicidad de conocimientos bajo el dignísimo rótulo de *gramática*, desconocer este rasgo sería como desvirtuar el carácter palmario que anima a los estudios coloniales sobre el lenguaje: “Si queremos investigar cuáles fueron el carácter y la extensión de la enseñanza gramatical durante aquel período, habremos de recurrir en primer término a lo dicho atrás acerca del estado y evolución universal de la instrucción pública; y luego, y principalmente, a la limitación del medio, a los fines que con la cátedra se pretendían y a la necesidad que le daba nacimiento y era segura y sólida prenda de su permanencia. Si abrevamos en tan fidedignas fuentes, habremos de concluir que dentro de la Gramática, primera de las antiguas siete artes liberales, se estudiaba no sólo la ‘parte técnica o metódica, que trataba del idioma’, sino también la exegética o histórica, relacionada con el comentario de las obras literarias, fuente principal del curso; amén, naturalmente, de la aritmética y cuentas necesarias para la vida social, algo de geografía, un poco de historia profana y un mucho de historia sagrada y religión. Y no sería aventurado sostener que no existiendo más que una cátedra global de Gramática, la cual se repetía por cursos indefinidamente, sin distinción de mayores y menores, la enseñanza debió invadir, y no muy por encima, los dominios de la Retórica, y hasta llegar a las primeras nociones de Dialéctica, según el programa que era universalmente admitido por entonces” (Parra León 1954: 93).

Estas cátedras, concebidas de esta manera y frecuentemente denominadas como de *gramática* o *latinidad*, se ocuparían, en la mejor tradición de la *paideia* humanista, en entenderse como conocimiento del mundo a través del ejercicio de la lengua latina: “Evidentemente, lo principal sería el ejercicio del latín, que no había perdido todavía en Europa el dominio del mundo científico” (Parra León 1954: 93).

Es, quizá, este fuerte acento latinista en la concepción de la gramática y su apego a las fuentes del humanismo renacentista, una de las claves para justificar, más allá de sus méritos intrínsecos, la presencia repetida de los textos nebrijanos, en especial los dedicados al latín. En este sentido, los inventarios de las bibliotecas coloniales nos aportan algunos

valiosos rastros editoriales de estos trabajos y, ya para el siglo XIX, las sucesivas ediciones que se hicieron de los Nebrija resultan pruebas más que clara del insistente influjo de sus concepciones.

Otra visión sobre las primeras vocaciones de nuestra lingüística nos llevaría, justamente, a su descalificación como trabajo lingüístico mismo y procuraría hacernos ver que se trata más que de estudio de las lenguas o de su dedicación por ellas, de materia ligada a la educación y de terreno de la enseñanza lingüística. En este sentido, sin pretender que estos primeros momentos centrados en esta actividad no pertenezcan a la historia de la disciplina lingüística, debe reconocerse que se enmarcan con más soltura en los de una historia de la educación en Venezuela.

La razón de este interés por la consignación de un repertorio de cátedras de gramática y de los textos más frecuentados para su estudio se debe, y nuevamente estamos en el terreno de las limitaciones de la investigación, al desconocimiento de las obras, por pequeñas o fragmentarias que éstas hayan podido ser, que nos permitan comprender los procesos descriptivos o sistemáticos por encima de los divulgativos o de enseñanza. Habría que esperar a 1627 cuando hace su aparición la que, hoy, se toma por la primera piedra de la producción lingüística en la historia de estas materias en Venezuela: la “Tabla para la inteligencia de algunos vocablos desta historia” que fray Pedro Simón anexa a sus celebérrimas *Noticias Historiales*, para la comprensión de las voces americanas con las que el lector europeo de su obra habría de toparse para la exacta comprensión de lo contado en este viejo libro.

El último tópico en la reflexión histórica sobre los momentos iniciales de la lingüística en Venezuela y de los problemas que suscita en la investigación sería, quizá también por la falta de refuerzos documentales, el de la primacía de la actividad lexicográfica por sobre las demás subdisciplinas lingüísticas. El estudio del léxico y la producción de diccionarios - tendrá que concluirse-, se entenderán como las primeras tareas en la historia de la lingüística venezolana y la lexicografía como el primero de los géneros lingüísticos

ensayados en Venezuela o, al menos, aquél sobre el que es posible documentar el momento más remoto conocido; su datación más distante, si no la primera.

La producción de gramáticas y el abordaje de otras modalidades genéricas sería cosa futura y, en muchos casos, bastante ajena en estos tiempos perpetuamente inaugurales. Teniendo en cuenta estas marcas de la investigación histórica, se propone, ahora, un recuento de la producción, en primer término, de los diccionarios venezolanos más antiguos y, en último, de las más viejas, que no envejecidas, gramáticas.

Los primeros diccionarios

Casi podría decirse que tanto los unos como las otras, diccionarios y gramáticas corren, con distancias cronológicas muy breves, parejas en el origen de nuestra producción lingüística. En su mayoría, la elaboración de unos suponía la obligatoria confección de las otras. “Arte” y “vocabulario”, gramática y diccionario, vendrían, en la concepción del trabajo lingüístico colonial, a constituirse en las dos caras de una misma moneda, en el predestinado anverso y reverso de un mismo proceso de comprensión y descripción de la lengua y de las lenguas en el que el léxico y su funcionamiento orgánico y natural no podían entenderse sueltos o por separado. En otras palabras, que la concepción teórica que anima la producción de estas obras es siempre bifronte, es siempre una interconexión entre la descripción léxica y la descripción morfosintáctica y, en menor escala, fonológica.

Los trabajos coloniales en materia de lexicografía constituyen un universo en sí mismo inabarcable si tomamos en cuenta exhaustivamente la totalidad del catálogo inmenso de obras y textos conocidos o registrados. Sin embargo, para el historiador cobra sentido, más que la totalidad entendida como registro pormenorizado, la selección en sí de los textos que pueden ser representativos de la evolución histórica. Se privilegian, de esta manera, determinadas producciones sobre otras, considerando sólo las que pueden ofrecer evidencias sobre el desarrollo y progreso de la técnica lexicográfica y del ascenso en las preocupaciones científicas en este difuso período histórico.

Las últimas décadas que han sido tan productivas para la investigación cultural de la Venezuela colonial, afectuosa por el estudio de la vida cotidiana, las instituciones, las artes, el pensamiento y las ciencias, lo han sido, también, para la investigación lingüística y lexicográfica. Fundamentalmente, el trabajo ha requerido reconstruir los aportes filológicos de las distintas órdenes religiosas coloniales. En este sentido, sobre la impronta de los numerosos y ricamente documentados trabajos de José del Rey Fajardo, dedicados a la contribución jesuítica, se han podido repertoriar los aportes franciscanos, capuchinos y agustinos, fundamentalmente (Rey Fajardo 1971, Campo del Pozo 1979, Carrocera 1981, Gómez Parente 1979, Arellano 1986). Algunos estudios, también, han enfocado la mirada hacia algunos textos y hacia algunas figuras claves (Pérez 1988 y 1997a: 15-68; Olza 1989; Bruni Celli 1998b). Es en estos estudios, por los momentos, en donde tenemos que realizar las exploraciones para el conocimiento de la materia lexicográfica de los primeros tiempos en la historia de la lingüística venezolana.

La profusión de las obras que debe el historiador considerar para cerrar los límites de esta compleja y rica cartografía lingüística y el desconocimiento de una reflexión sistemática sobre la actividad desplegada por los estudiosos del lenguaje y las lenguas durante la Colonia, han hecho imposible que, aún hoy, podamos hacernos una idea, aunque sea aproximada, de lo que significó la Venezuela lingüística de los siglos XVI, XVII y XVIII. En materia de lexicografía no deja de ser este panorama menos desalentador. Sin embargo, es posible presentar un bosquejo, sin duda parcial y hasta arbitrario, de lo que fue la actividad lexicográfica en el país durante los mencionados siglos.

Centenares de misioneros, cronistas, historiadores y hombres de letras visitaron el país y dejaron constancia descriptiva de lo que vieron, conocieron y oyeron a su paso por tierras venezolanas. Muchos tuvieron intuiciones y un especial y refinado talento lingüístico que les permitió asociar y diferenciar, entender las semejanzas y sopesar las diferencias. El paradigma siempre fue el español de la península; expresión imperial, sólida y prototípica. Los primeros vocabularios y léxicos recogidos en América iban a servir de trasvase de la lengua americana a la lengua de la Europa hispánica. Había nacido una nueva perspectiva

lingüística que sabía de intercambios y de préstamos. La lengua del Imperio triunfaría, pero los sustratos indígenas persistirían como un fluido latente. Esta nueva criatura lingüística, el *español de América*, crecería y se desarrollaría con independencia propia sobre una base de múltiples contactos.

También aquí Nebrija vendría a cumplir un papel más que determinante al incorporar por primera vez en un diccionario español una voz americana. No es otra que la representativa voz *canoas*, uno de los paradigmas de las culturas indígenas americanas, que aparece registrada y explicada en su *Vocabulario de romance en latín*, elaborado en 1495 y publicado en 1516, y que es, por otra parte, uno de los registros más antiguos de la lexicografía en lengua española. La explicación de Nebrija, sin saberlo, se entenderá como de carácter inaugural para la comprensión, siempre contrastiva, del español americano frente al español peninsular:

Canoa nave de un madero *monoxyllum* –i
(Nebrija 1973: 43)

Tenía, así, el léxico americano entrada natural por primera vez en los diccionarios españoles, adquiriendo jerarquía de tópico de descripción y carta de ciudadanía dentro de la lengua hasta el día de hoy. En el texto de Nebrija no son propias las marcas regionales, en cuenta de que esta manera dialectal no había sido ni considerada en momentos tan previos. Esto, también sin saberlo, hace que la primera incorporación léxica americana en la lexicografía del español nazca sin el rótulo de voz rara o exótica con el que comenzaron a marcarse, un poco después, muchas de las voces americanas en diccionarios españoles.

Al mismo tiempo que Nebrija, el *Diario del Primer Viaje*, fechado en 1492, de Cristóbal Colón consigna e incorpora en la narración de su odisea las primeras voces americanas, en su mayoría asignables al taíno de las antillas. En este sentido, el texto de Colón permite una rectificación sobre la consabida asignación a la voz *canoas* como primera palabra americana, en vista de que la primera consignación recae sobre el topónimo *Cuba*, que Colón escribe con la grafía *Colba*, el día 21 de octubre, y que después él mismo

sustituye por la forma actual en el texto del día 23 de octubre. Colón describe los objetos *canoa* y *canalete*, aunque sin consignar su nombre, ya el día 13 de octubre: “Ellos vinieron a la nao con almadías, que son hechas del pie de un árbol como un barco luengo y todo de un pedaço y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes, en que en algunas venían 40 y 45 hombres, y otras más pequeñas, hasta aver d’ellas en que venía un solo hombre. Remavan con una pala como de fornero, y anda a maravilla, y si les trastorna, luego se echan todos a nadar y la endereçan y vazían con calabazas que traen ellos” (Colón 1982). El 26 de octubre, trece días después, ya Colón puede darnos el nombre de estas embarcaciones: “Dixieron los indios que llevaba que avía d’ellas a Cuba andadura de día y medio con sus almadías, que son navetas de un madero adonde no llevan vela. (Estas son las canoas)” (Colón 1982: 45).

Este nacimiento del léxico americano en los espacios de la cultura occidental vino acompañado con la relación de otras voces que pasaron a considerarse materia medular del haber patrimonial más enfático de lo americano lingüístico: *aje*, *bohío*, *cacique* (y sus variantes *caniba* y *canima*), *cazabe*, *hamaca* y *ñame*. Realidades americanas descritas en la obra de Colón, pero nunca denominadas por los nombres con los que después comenzaron a consignarse, en la medida en que los primeros españoles refinaron su oído lingüístico, muy pronto se erigieron en los primeros monumentos lingüísticos del continente nuevo: *cacao*, *canalete*, *hutía*, *iguana*, *jaiba*, *manatí*, *maní*, *tabaco* y *yuca*.

En cuenta de la importancia de la reflexión sobre la lengua, Colón da cabida a algunas de las más pertinentes, ya desde tiempos tan remotos. Llama la atención sobre la riqueza diferencial de la fauna y la flora americanas, como sabemos, tópico obligado de descripción. De mayor interés, aún, sus observaciones sobre la semejanza lingüística de las zonas recorridas como aproximación a la idea de un fondo lingüístico común frente a la pasmosa diversidad y complejidad de la lingüística americana, muy subrayada en esos tiempos. Habría que esperar a Fray Pedro Simón, en el siglo XVII, y, aún más tarde, a Felipe Salvador Gilij, en el XVIII, para entender el alcance de estos asuntos. Oír el tratamiento de Colón no deja de ser encantador por el carácter enternecedor de su ingenuidad de observador de la fuerza de los sustratos taínos: “Toda la lengua también es

una y todos amigos [...] su lengua, la cual es toda una en todas estas islas de la India, y todos se entienden y todas las andas con sus almadías, lo que no han en Guinea, adonde es mil maneras de lenguas que la una no entiende la otra” (Colón 1982: 49 y 56).

Estas primeras preocupaciones léxicas se traducirían en la confección de los primeros repertorios generales americanos. Lugar de privilegio para el “Vocabula Barbara” elaborado en latín por Pedro Mártir de Anglería para sus afamadas *De Orbe Novo Decades*, dadas a la luz pública en 1516. En 1608, Pedro Fernández Castro de Andrade redactaría, ahora en español por vez primera, un pequeño glosario contentivo de dieciocho voces americanas al que se le atribuye la autoría del primer registro lexicográfico americano escrito en castellano.

Los intentos de investigación paleolexicográfica nos han permitido, al menos, y en cuenta siempre de los vacíos que la investigación tiene que sortear y de los silencios que se impone ocupar con los tímidos sonidos de un escueto grupo de producciones, ordenar una visión de lo que fue la producción colonial de diccionarios, los intereses descriptivos en los que se ocuparon estos primeros lexicógrafos, las técnicas iniciales que se ensayaron, a semejanza del infante que da sus primeros y tambaleantes pasos, y los logros más rutilantes en un panorama signado por la oscuridad.

La propuesta de una cronología de la lexicografía antigua de Venezuela se afianza en el estudio de un grupo de textos de significación variable y de intereses diversos, pero, en su totalidad, representativos de lo que fue una actividad de estudio léxico, tanto del español como de las lenguas indígenas, de la que estos textos deben entenderse como las cabezas más visibles. No es otra cosa, entonces, que el registro con los primeros intentos por recorrer el confuso panorama de las lenguas indígenas y por comprender los contactos interlingüísticos suscitados durante los primeros siglos venezolanos entre el español y las lenguas indígenas, intentos que prestaron una privilegiada atención a la materia léxica.

1539-1553: Galeotto Cey (1513-1579): "De las semillas, raíces y hierbas que tenían los indios en dicha isla y las hay en todas las Indias, con mención de los ganados y otras

cosas"; "De las maneras de vivir, vestir, costumbres, religión y otras particularidades de los indios"; "De los árboles, arbustos, hierbas, semillas y raíces de Tierra Firme"; "De los animales"; en *Viaje y descripción de las Indias, 1539-1553*². Se trata de los capítulos III, IX, X y XI de esta relación de viaje a Venezuela. Si bien no constituyen repertorios expresamente lexicográficos, estos capítulos del libro de Cey revelan una clara intención descriptiva de naturaleza lexicográfica. Exhibe, además, una enorme importancia el hecho de que la recolección léxica y la descripción lexicográfica en esta obra permitan algunas de las documentaciones más antiguas que conozcamos para voces venezolanas. Así, los acápites de cada uno de estos capítulos y algunos párrafos del texto parecen funcionar como auténticos artículos diccionariológicos³.

1627: Pedro Simón (1574 ó 1581-1623 ó 1630): "Tabla para la inteligencia de algunos vocablos desta historia", en las *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Vocabulario que recoge un total de 156 voces americanas, en su mayoría usuales, casi hasta el presente, en el habla de Venezuela y Colombia y que sirve de compendio mínimo del léxico americano de origen. Revela muy pronto una técnica de redacción lexicográfica sistemática, para los estándares de su tiempo. Ensayó nueve procedimientos de definición (descripción semántica, sinonimia peninsular, definición mixta, uso pragmático, metalengua de signo, sinonimia americana, explicación enciclopédica, remisión simple y remisión por lema registro). Sobre la base de una microestructura esencial, que se compone siempre de un lema y de una definición, se consignan especificaciones sobre la extensión de uso americano de las unidades, la sinonimia americana para los casos en que pueda establecerse, las reflexiones etimológicas (en su mayoría de carácter popular), los usos figurados y las corrupciones fonéticas.

² La obra se conservó manuscrita hasta 1992, cuando se publica la edición italiana a cargo del Consiglio Nazionale delle Ricerche (Roma: Bulzoni Editore). En 1995, formando parte de la Colección V Centenario del Encuentro entre Dos Mundos (1492-1992; 1498-1998), se publica la edición española, en Caracas, bajo el auspicio de la Fundación Banco Venezolano de Crédito.

³ Bibliografía lingüística: José Rafael Lovera: "Estudio Preliminar", en Galeotto Cey: *Viaje y descripción de las Indias, 1539-1553*. Caracas: Fundación Banco Venezolano de Crédito/ Colección V Centenario del Encuentro entre Dos Mundos (1492-1992; 1498-1998), 1995, pp. XV-LVIII. Luciana De Stefano: "El viaje de Galeotto Cei. La relación de un viajero italiano en la Venezuela del siglo XVI", en *Montalbán*, Caracas, N° 30 (1997), pp. 131-156.

También, es capaz de ofrecer un manejo de un sistema de remisiones bastante efectivo y funcional⁴.

1648: Jacinto de Carvajal (n. ca. 1567): *Relación del Descubrimiento del río Apure hasta su ingreso en el Orinoco*. Incorporadas al texto histórico se ofrecen dos muestras de clara raíz lexicográfica, en una obra cuyo interés central no es la descripción léxica. Se trata de una “lista explicada de aves” que se consigna en la *Jornada quinta decima* y de otra “lista explicada de frutos” en la *Jornada veinte y dos y náutica*, y que se mezclan en el texto sin ningún rótulo que las separe de la propia narración en donde están insertas. La sencillez científica de las muestras no hace imposible que se destaquen algunos logros más allá del mérito que la propia recolección tiene en sí misma. Serían, la organización regular de los elementos de descripción en los artículos: lema, en mayúsculas y separado por una coma, más la definición, que procede siempre por descripción semántica y enumeración de rasgos distintivos y, en algunos casos, la consignación de sinónimos⁵.

1655: Pierre Pelleprat (1606-1667): “Términos más necesarios en la conversación de los Galibis”, en *Introducción a la lengua de los Galibis, salvajes de Tierra Firme de América Meridional*. Vocabulario bilingüe español-galibi compuesto por 292 unidades léxicas, discriminadas en acápites titulados. En este caso, su sentido está en la ordenación temática del material léxico y su capacidad para entenderse como representativo de los intereses culturales más determinantes de los hablantes de esta lengua de parentela caribe. Así, nos ilustra sobre: Los elementos; Los metales; Los miembros de una familia; Los miembros o

⁴ Bibliografía lingüística: *Fray Pedro Simón y su Vocabulario de Americanismos* (edición facsimilar de la “Tabla para la inteligencia de algunos vocablos” de las *Noticias Historiales*). Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1986. Edición a cargo de Luis Carlos Mantilla Ruiz. Günther Schütz: “Fray Pedro Simón y su Vocabulario de Americanismos” (reseña del libro de 1986), en *Hispanorama*, Nürnberg, N° 46 (1987), pp. 167-169. Francisco Javier Pérez: “Cinco siglos de lexicografía del español en Venezuela”, en *Montalbán*, Caracas, N° 24 (1992), pp. 124-129. Günther Haensch: “Dos siglos de lexicografía del español de América: Lo que se ha hecho y lo que queda por hacer”, en Gerd Wotjak y Klaus Zimmermann (eds.): *Unidad y variación léxicas del español de América*. Frankfurt am Main: Vervuert Verlag, 1994, p. 42. Francisco Javier Pérez: *Estudios de lexicografía venezolana*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1997, pp. 17, 23-37, 41. Bruno Manara: “Sr. Pedro Simón: Su época y su lenguaje”, en *Boletín del Centro de Historia Regional de Petare*, Caracas, N° 5 (1997), pp. 115-127. Francisco Javier Pérez: “Técnica lexicográfica en el Vocabulario de Americanismos de Fray Pedro Simón”, en *Actual*, Mérida-Venezuela, N°41 (1999), pp. 201-221.

⁵ Bibliografía lingüística: Francisco Javier Pérez: “Cinco siglos de lexicografía del español en Venezuela”, en *Montalbán*, Caracas, N° 24 (1992), pp. 130-131. Francisco Javier Pérez: *Estudios de lexicografía venezolana*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1997, pp. 17-18, 42.

partes del cuerpo humano; Pájaros, peces, animales; Los insectos y las serpientes; Los muebles de una choza; Los artículos necesarios a los salvajes; Embarcaciones para navegar; Las armas; Frutos; Dolor, enfermedad; Colores; Trajes; Sus cumplimientos; Víveres; Palabras que significan alguna cualidad; Los espíritus; Algunas palabras que no han podido ser catalogadas bajo ningún título; Algunos verbos y maneras de hablar bastante comunes⁶.

1680: Francisco de Tauste (1626-1685): *Arte, y Bocabulario de la lengua de los indios Chaymas, Cumanagotos, Cores, Parias, y otros diversos de la Provincia de Cumaná o Nueva Andalucía*. Extenso vocabulario bilingüe español-cumanagoto organizado alfabéticamente e integrado con la descripción gramatical, especialmente en cuanto al verbo, al final del texto lingüístico, antes de dar paso al Catecismo y a la Doctrina Cristiana, partes con las que la obra toda queda culminada⁷.

1683: Matías Ruiz Blanco (1643-1705): “Diccionario de la Lengua de los Indios Cumanagotos, y Palenques”, en Manuel de Yangües: *Principios, y reglas de la lengua Cumanagota*. Extenso vocabulario bilingüe español-cumanagoto organizado

⁶ Bibliografía lingüística: José del Rey Fajardo: “Estudio Preliminar”, en Pierre Pelleprat: *Relato de las misiones de los Padres de la Compañía de Jesús en las islas y en Tierra Firme de América Meridional*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1965, pp. IX-LXI. José del Rey Fajardo: *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/ Ministerio de Educación, 1971, t.II, pp. 14-22. José del Rey Fajardo: *Bio-bibliografía de los Jesuitas en la Venezuela Colonial*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1974, pp. 436-438. José del Rey Fajardo: “Los Jesuitas y las lenguas indígenas venezolanas”, en *Montalbán*, Caracas, N° 9 (1979), pp. 357-478. José del Ray Fajardo: “Fuentes para el estudio de las misiones jesuíticas en la Orinoquia”, en *Misiones jesuíticas en la Orinoquia (1625-1767)*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1992, t.I, pp. 267-281. Francisco Javier Pérez: *Estudios de lexicografía venezolana*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1997, pp. 18 y 42.

⁷ Bibliografía lingüística: Julio Platzmann: *Algunas obras raras sobre la lengua cumanagota*. Leipzig: B.G. Teubner, 1888, vol. I, pp. 5-43. Aristides Rojas: “Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela”, en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*. Caracas: Imprenta Nacional, 1878, pp. 155-188. J.A. Ramos Martínez y Cayetano de Carrocera: *Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía* (1927). Cumaná: Universidad de Oriente, 1980, t. II, pp. 367-390. Buenaventura de Carrocera: *Lingüística indígena venezolana y los Misioneros Capuchinos*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello. Francisco Javier Pérez: *Estudios de lexicografía venezolana*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1997, pp. 18 y 43. Blas Bruni Celli: *Esfuerzo lingüístico: Las misiones franciscanas de la Nueva Andalucía y la plenitud del encuentro*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua, 1998, pp. 16-19 (Discurso de incorporación como Individuo de Número). Blas Bruni Celli: *Venezuela en cinco siglos de imprenta*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1998, pp. 1.378-1.380.

alfabéticamente y de acuerdo a las combinaciones silábicas en cada una de las alfabetizaciones por grafemas (A, ante B; A, ante C; etc.)⁸.

1690: Matías Ruiz Blanco (1643-1705): “Tesoro de Nombres, y verbos, y verbos de esta lengua, con algunas frases, y modos de hablar particulares”, en *Arte y tesoro de la Lengua Cumanagota*. Extenso vocabulario bilingüe cumanagoto-español organizado alfabéticamente según el español como lengua de llegada y no de acuerdo a la muy usual desde la lengua de partida. Como en el *Diccionario* de 1683, se procede a la discriminación por combinaciones silábicas⁹.

1738: Francisco de Catarroja (1692-1752): *Vozes de la Lengua de los Indios Motilones que avitan en los Montes de las Provincias de Sta. Marta y Maracayo* (sic), con su explicación en nuestro Ydioma Castellano. Obra inédita hasta 1978, cuando se utilizaron sus materiales como base de antigüedad más considerable sobre la lengua Barí, de filiación chibcha, en la elaboración del *Vocabulario barí comparado*, del misionero Adolfo de Villamañán. En este sentido, el conocimiento de estos materiales es sólo la única posibilidad que se nos brinda y no, en cambio, el de su estructura o el de su alcance técnico (Villamañán 1978). Aristides Rojas la consigna en su célebre estudio sobre “Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela”: “Cartarroja (Fray Francisco de).- Vocabulario de

⁸ Bibliografía lingüística: Julio Platzmann: *Algunas obras raras sobre la lengua cumanagota*. Leipzig: B.G. Teubner, 1888, vol. II, pp. 73-220. Aristides Rojas: “Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela”, en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*. Caracas: Imprenta Nacional, 1878, pp. 155-188. J.A. Ramos Martínez y Cayetano de Carrocera: *Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía* (1927). Cumaná: Universidad de Oriente, 1980, t. II, pp. 367-390. Odilo Gómez Parente: *Labor Franciscana en Venezuela: I. Promoción indígena*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1979, pp. 429-440. Francisco Javier Pérez: *Estudios de lexicografía venezolana*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1997, pp. 18 y 43. Blas Bruni Celli: *Esfuerzo lingüístico: Las misiones franciscanas de la Nueva Andalucía y la plenitud del encuentro*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua, 1998, pp. 23-28. Blas Bruni Celli: *Venezuela en cinco siglos de imprenta*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1998, pp. 1.263-1.267.

⁹ Bibliografía lingüística: Julio Platzmann: *Algunas obras raras sobre la lengua cumanagota*. Leipzig: B.G. Teubner, 1888, vol. III, pp. 47-250. Aristides Rojas: “Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela”, en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*. Caracas: Imprenta Nacional, 1878, pp. 155-188. J.A. Ramos Martínez y Cayetano de Carrocera: *Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía* (1927). Cumaná: Universidad de Oriente, 1980, t. II, pp. 367-390. Odilo Gómez Parente: *Labor Franciscana en Venezuela: I. Promoción indígena*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1979, pp. 441-443. Francisco Javier Pérez: *Estudios de lexicografía venezolana*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1997, pp. 18 y 43. Blas Bruni Celli: *Esfuerzo lingüístico: Las misiones franciscanas de la Nueva Andalucía y la plenitud del encuentro*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua, 1998, pp. 23-28. Blas Bruni Celli: *Venezuela en cinco siglos de imprenta*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1998, pp. 1.263-1.267.

algunas voces de la lengua de los Indios motilones que habitaron los montes de las Provincias de Santa Marta y Maracaibo, con su explicación en nuestro idioma castellano, 1738.- Un cuaderno, 15 páginas. El Padre Cartarroja fué uno de los misioneros de Navarra que se establecieron en las costas de Maracaibo en el siglo pasado” (Rojas 1944: 191)¹⁰.

1762: Alonso de Neira (1635-1706) y Juan Ribero (ó Rivero) (1681-1736): “Vocabulario de la lengua achagua”, en *Arte y vocabulario de la lengua achagua*. Extenso vocabulario alfabético castellano-achagua que constituye la descripción más acabada de esta lengua. Significa uno de los intentos más claros de incorporación de una técnica lexicográfica compleja y sistemática en los espacios de la lexicografía premoderna venezolana¹¹.

1764: José Luis de Cisneros: *Descripción exacta de la Provincia de Venezuela*. Sin tratarse una obra de naturaleza lexicográfica, la enorme profusión de contribuciones léxicas recogidas y explicadas la convierte en fuente de primera importancia para estos estudios. A lo largo de la descripción de las ciudades que visita Cisneros (Santiago de León de Caracas, San Sebastián de los Reyes, San Luis de Cura, Valencia, San Juan Bautista del Pao, Nirgua, San Carlos, San Jaime, San Felipe el Fuerte, Nueva Segovia de Barquisimeto, El Tocuyo,

¹⁰ Bibliografía lingüística: Aristides Rojas: “Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela”, en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*. Caracas: Imprenta Nacional, 1878, pp. 155-188. Adolfo de Villamañán: *Vocabulario barí comparado. Comparación de los vocabularios de Fr. Francisco de Catarroja (1730) y Fr. Francisco Javier Alfaro (1788) con el barí actual*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1978. Buenaventura de Carrocera: *Lingüística indígena venezolana y los misioneros Capuchinos*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1981, pp. 326-328. Francisco Javier Pérez: *Estudios de lexicografía venezolana*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1997, pp. 18-19 y 43-44.

¹¹ Bibliografía lingüística: José Alemany y Bolufer: “Gramática de la lengua achagua por el P. Alonso de Neira, comentada y expuesta con plan metódico por...”, en *Boletín de la Universidad de Madrid*, Madrid, t. I (1929), pp. 389-426. José del Rey Fajardo: *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/ Ministerio de Educación, 1971, t. I, pp. 303 y ss.; t. II, pp. 25-182. José del Rey Fajardo: *Bio-bibliografía de los Jesuitas en la Venezuela Colonial*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1974, pp. 397-401; 462-465. José del Rey Fajardo: “Los Jesuitas y las lenguas indígenas venezolanas”, en *Montalbán*, Caracas, N° 9 (1979). José del Rey Fajardo: “Fuentes para el estudio de las misiones jesuíticas en Venezuela (1625-1767)”, en *Paramillo*, San Cristóbal, N° 7 (1988), pp. 280-289. José del Rey Fajardo: “Introducción al estudio de la historia de las misiones jesuíticas en la Orinoquia”, en *Misiones jesuíticas en la Orinoquia (1625-1767)*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1992, t. I, pp. 315-324. Francisco Javier Pérez: “Elementos de paleolexicografía en el Vocabulario Achagua de Neira y Ribero”, en *Misiones jesuíticas en la Orinoquia (1625-1767)*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1992, t. II, pp. 615-629. Francisco Javier Pérez: “Técnica lexicográfica antigua en el Vocabulario Achagua de Neira y Rivero”, en *Paramillo*, San Cristóbal, N° 15 (1996), pp. 617-647. Francisco Javier Pérez: *Estudios de lexicografía venezolana*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1997, pp. 19 y 39-68.

Carora, Coro, Trujillo, Guanare, San Fernando y Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza y Araure), se ofrecen numerosos registros léxicos de fauna y flora venezolanas (por ejemplo, leemos este fragmento en las páginas 15 y 16 de la edición de 1950: "Las infinitas Raíces que en todo el año produce este Terreno de ñamez, Mapueyes, Ocumos, Layrenes, Batatas, Patatas, Apios, Papas; y frutas, como son Plántano, Dominicos, Cambures, Aguacates, Piñas, Chirimoyas, Guayabas, Papayas, Mameyes, Nísperos, Membrillos, Manzanas, Higos, Cocos, Hicacos, Sapotes, Anones y otras muchas, aunque agrestes, son de grande utilidad para las familias que lo cultiban [...]"). En este sentido, una sección del libro se organiza, a este respecto, en forma enumerativa, produciendo una lista horizontal de voces. Lleva por título: "Frutos que produce la Provincia de Venezuela"¹².

1779: Antonio Caulín (1719-1802): *Historia de la Nueva Andalucía*. Aunque no se han conservado los trabajos lexicográficos y gramaticales que según las fuentes antiguas elaboró el fraile franciscano ("Escribió el P. Caulín además otras obras, como *Doctrina Cristiana, traducida del Castellano al Cumanagoto*, cuaderno de 16 págs.; *Diccionario y Catecismo Cumanagotos* etc. [...]", Ramos Martínez y Carrocera 1980: II, 387), la narración de su más importante libro histórico se presenta muy permeada por una singular conciencia lexicográfica. Recoge muchos indigenismos léxicos y voces de lenguas indígenas y los ordena y describe con procedimientos claramente lexicográficos. Evidencias de esto pueden rastrearse en los capítulos III ("Árboles silvestres, frutales, raíces comestibles, y otras cosas singulares, que producen estos Montes"), IV ("Árboles, y Plantas, que se cultivan; sus frutos, y raíces comestibles, que con el beneficio de la labor, producen estos Montes"), V ("Árboles, y Plantas menores medicinales, que la Divina Providencia cria en estos montes para beneficio de los hombres"), VI ("De las Raíces, Gomas, y Balsamos medicinales, que se crían en estos montes"), VII ("De los Animales, y Fieras silvestres gresibles, que se crían en estos Países, y sus propiedades") y VIII

¹² Bibliografía lingüística: Enrique Bernardo Núñez: "La Descripción de Venezuela por Cisneros", en José Luis de Cisneros: *Descripción de la Provincia de Venezuela*. Caracas: Editorial Ávila Gráfica, 1950, pp. VII-XV. Pedro Grases: "Estudio preliminar", en José Luis de Cisneros: *Descripción exacta de la Provincia de Venezuela*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1981, pp. 11-56. Edgar Colmenares del Valle: *Lexicología y lexicografía en Venezuela (Fuentes para su estudio)*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1995, p. 99. Idefonso Leal: "Prólogo", en José Luis de Cisneros: *Descripción exacta de la Provincia de Venezuela*. Caracas: Italgráfica, 1996, pp. XIII-XXIV. Valentín Moreno: "Introducción", en José Luis de Cisneros: *Descripción exacta de la Provincia de Venezuela*. Madrid-Caracas: BBVA/ Fundación Provincial, pp. XI-XXIV.

(“Prosigue la Materia del antecedente sobre reptiles, anfibios, y en general de las Aves”). Adolfo Ernst, presumiblemente obra de Caulín, ha consignado un “Glosario latino-cumanagoto”: “Caulín, Fray Antonio, *Historia corográfica natural y evangélica de la Nueva Andalucía, Provincias de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y vertientes del río Orinoco*. Edición original, Madrid 1779. Nueva impresión (sin la Carta) Caracas 1841. 8°. 448 páginas. Contiene muchas palabras cumanagotas” (Ernst 1987: VI, 529)¹³.

1782: Felipe Salvador Gilij (1721-1789): “Vocabulario taíno”, en *Ensayo de Historia Americana*, t. III, apéndice II, parte I, Cap. I: De la lengua haitiana. Lista alfabética con 122 unidades en el corpus inicial, seguido de nueve “nombres propios” y cuatro nombres de “deidades”. Una breve introducción lo antecede para referir algunas peculiaridades de índole histórica sobre la lengua originaria de Haití y sobre la importancia de su estudio y conservación. Culmina con una conclusión en la que se anotan nueve voces más y se consignan observaciones mínimas de sintaxis. El texto lexicográfico queda coronado por tres notas: una histórica, otra bibliográfica y, la última, etimológica, con reflexiones sobre el origen de la voz *manatí*.

1782: Felipe Salvador Gilij (1721-1789): “Catálogo de algunas lenguas americanas para hacer la comparación de ellas entre sí y con las de nuestro hemisferio”, en *Ensayo de Historia Americana*, t. III, apéndice II, parte II, Cap. XVI. Está compuesto por nueve catálogos comparados, de relativa extensión, dedicados a contrastar distintas lenguas indígenas venezolanas y continentales, ordenados a partir del italiano como lengua de partida, sin definiciones, y consignándose las equivalencias en dos lenguas indígenas, en

¹³ Bibliografía lingüística: Adolfo Ernst: “Acercas de la lengua de los cumanagotos” (1872), en *Obras completas*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1987, t. VI, pp. 527-543. Arístides Rojas: “Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela”, en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*. Caracas: Imprenta Nacional, 1878, pp. 155-188. Odilo Gómez Parente: *Labor Franciscana en Venezuela: I. Promoción indígena*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1979, pp. 470-483. J.A. Ramos Martínez y Cayetano de Carrocera: *Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía*. Cumaná: Universidad de Oriente, 1980, t. II, pp. 367-390. Pablo Ojer: “Estudio Preliminar”, en Fray Antonio Caulín: *Historia de la Nueva Andalucía*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1966, t. I. Buenaventura de Carrocera: *Lingüística indígena venezolana y los Misioneros Capuchinos*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1981. José María Navarro: “Léxico venezolano en la Historia de la Nueva Andalucía de Fray Antonio Caulín (1779)”, en *Memoria del Encuentro de Academias de la Lengua, realizado en Caracas, con motivo del Centenario de la Academia Venezolana, correspondiente de la Española, entre el 26 y el 28 de julio de 1983, Año Bicentenario del Nacimiento de Simón Bolívar, El Libertador*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, 1985, pp. 261-263.

todos los casos, exceptuando el catálogo nueve que a partir del español aporta equivalencias en tamanaco. Culmina con un conjunto de notas con observaciones diversas sobre los catálogos y sus materiales. La lista de los nueve catálogos y de las lenguas que pone a dialogar, sería ésta: I. “Lenguas regias americanas” (lengua de los incas y lengua mejicana); II. “Lenguas salvajes americanas no inferiores a las regias” (lengua chiquita y lengua guaraní); III. Sin título (lengua lule y lengua vilela, de la región del Chaco); IV. Sin título (lengua mbayá y lengua moja, respectivamente del Paraguay y de Bolivia); V. Sin título (lengua guaraní y lengua omagua, dialecto guaraní hablado en la parte septentrional del río Marañón); VI. Sin título (lengua tamanaca y lengua maipure, habladas en el río Orinoco); VII. Sin título (lengua sáliva y lengua araucana, respectivamente del Orinoco y de Chile); VIII. “Sacado del tomo III de las Memorias del Barón La Hontán” (lengua hurona y lengua algonquina, habladas en América del Norte); y IX. “Hombre y sus partes” (sólo en lengua tamanaca). Estos catálogos funcionan como refuerzos léxicos a los tratamientos gramaticales alcanzados en la Parte I del Apéndice II, dedicado al análisis de “las más famosas lenguas americanas”¹⁴.

1783: Juan Antonio Navarrete (1749-1814): “Diccionario de algunos términos y frases usados de Filósofos, Astrólogos, Políticos, Médicos, Cirujanos, Geógrafos, Históricos, Teólogos, Juristas, Artistas, Cortesanos y Cristianos Modernos, de nuestro tiempo y algunos Regulares y Ceremoniales”, en *Arca de Letras y Teatro Universal*, t. II. Consiste en un singular trabajo de terminologías muy heterogéneas, estructurado alfabéticamente y

¹⁴ Bibliografía lingüística: José del Rey Fajardo: *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/ Ministerio de Educación, 1971, t. I, pp. 178-182. José del Rey Fajardo: *Bio-bibliografía de los Jesuitas en la Venezuela Colonial*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1974, pp. 228-234. José del Rey Fajardo: “Los Jesuitas y las lenguas indígenas venezolanas”, en *Montalbán*, Caracas, Nº 9 (1979), pp. 357-478. Antonio Tovar: “Estudio Preliminar”, en F.S. Gilij: *Ensayo de Historia Americana*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1965. Fernando Arellano: *Historia de la lingüística*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1979, t. I. Carmen Ortega Ricaurte: *Los estudios sobre lenguas indígenas de Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1978. Francisco Javier Pérez: *Historia de la lingüística en Venezuela (Desde 1782 hasta 1929)*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1988, pp. 127-137. Jesús Olza: *El Padre Felipe Salvador Gilij en la historia de la lingüística venezolana*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1989. Marie-Claude Mattéi Muller: “Gilij, pionero de la etnolingüística venezolana: sus métodos y logros”, en *Montalbán*, Caracas, Nº 21 (1989), pp. 91-101. Francisco Javier Pérez: “Testimonios venezolanos sobre la obra lingüística de Felipe Salvador Gilij”, en *Montalbán*, Caracas, Nº 21 (1989), pp. 179-201. Marie-Claude Mattéi Muller: “Los Tamanaku en la lingüística caribe. Algunas propuestas para la clasificación de las lenguas caribes en Venezuela”, en *Paramillo*, San Cristóbal, Nº 8 (1989), pp. 451-603. Francisco Javier Pérez: “Cinco siglos de lexicografía del español en Venezuela”, en *Montalbán*, Caracas, Nº 24 (1992), pp. 132-135. Francisco Javier Pérez: *Estudios de lexicografía venezolana*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1997, pp. 19, 44-45 y 85-88.

que reúne el saber enciclopédico de su tiempo. Resulta una pieza rara en la lexicografía técnica venezolana, cuyos intentos serán más bien programados para el siglo XX¹⁵.

1788: Francisco Javier de Alfaro (17??-17??): *Voces castellanas de la lista núm. 2 traducidas en lengua motilona*. Valen las mismas anotaciones que para la obra de Catarroja, del año 1738, al correr idéntica suerte y mantenerse inédita hasta el estudio moderno sobre el barí (Villamañán 1978)¹⁶.

1789: Antonio de Alcedo y Bejarano (1735-1812): “Vocabulario de las voces provinciales de la América usadas en el Diccionario Geográfico-Histórico de ella; y de los nombres propios de plantas, aves y animales”, en *Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales o América*, t. V. Extenso apéndice lexicográfico que recoge un caudal muy significativo de indigenismos y provincialismos americanos de uso muy extendido en Venezuela y que se considera el primer diccionario de regionalismos en la historia de la lexicografía del español americano¹⁷.

Estas obras son, pues, el resultado de un interés intelectual por lo lingüístico, caracterizadas por una nada común pasión de decodificación y por un noble objetivo

¹⁵ Bibliografía lingüística: José Antonio Calcaño: “Estudio Preliminar”, en Juan Antonio Navarrete: *Arca de Letras y Teatro Universal*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1962, pp. IX-XXIV. José Antonio Calcaño: “Sobre el Padre Navarrete”, en *El atalaya. Nuevos estudios antiguos*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1977, pp. 121-132. Francisco Javier Pérez: *Estudios de lexicografía venezolana*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1997, pp. 19 y 45. Blas Bruni Celli: “Estudio Preliminar”, en Juan Antonio Navarrete: *Arca de Letras y Teatro Universal*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1993, t. I, pp. 13-75.

¹⁶ Bibliografía lingüística: Adolfo de Villamañán: *Vocabulario barí comparado. Comparación de los vocabularios de Fr. Francisco de Catarroja (1730) y Fr. Francisco Javier Alfaro (1788) con el barí actual*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1978. Buenaventura de Carrocera: *Lingüística indígena venezolana y los misioneros Capuchinos*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1981, pp. 328-330. Francisco Javier Pérez: *Estudios de lexicografía venezolana*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1997, pp. 19 y 45.

¹⁷ Bibliografía lingüística: Manuel Alvar Ezquerro: “Los regionalismos en los diccionarios y vocabularios regionales”, en *Lenguas peninsulares y proyección hispánica*. Madrid: Fundación Friedrich Ebert/ Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1986, p. 183. Günther Haensch: “Dos siglos de lexicografía del español de América: Lo que se ha hecho y lo que queda por hacer”, en Gerd Wotjak y Klaus Zimmermann (eds.): *Unidad y variación léxicas del español de América*. Frankfurt am Main: Vervuert Verlag, 1994, pp. 39 y 43. Francisco Javier Pérez: “Cinco siglos de lexicografía del español en Venezuela”, en *Montalbán*, Caracas, Nº 24 (1992), pp. 135-137. Francisco Javier Pérez: *Estudios de lexicografía venezolana*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1997, pp. 89-90.

pedagógico y hasta catequístico. Permiten, en otra consideración, fijar la diversidad lingüística venezolana y el particular desarrollo del español de Venezuela.

Técnicamente, estos textos están marcando un momento fundador en nuestra lexicografía al anunciar tópicos temáticos y al ensayar, por primera vez, modelos descriptivos que serían, a la larga, muy fecundos. Acercarse a estos repertorios iniciales ofrece, por otra parte, el placer especial que proviene de lo germinal. En el mismo sentido, ofrece al investigador moderno el encanto inusual de constatar la antigüedad de sus procedimientos y la tradición artesanal de los recursos del oficio que, hoy, cataloga como rigurosos y sistemáticos.

La lexicografía antigua de Venezuela constituye, así, el ámbito más productivo en la historia de nuestra lexicografía, de la que el repertorio anotado es sólo la porción minúscula de un universo insondable.

Las primeras gramáticas

También como una porción minúscula de ese universo, tienen que entenderse las muestras gramaticales más antiguas. En cierta medida, éstas vienen de la mano de la propia producción lexicográfica, ya que, como ha quedado dicho, no se concebía la una sin la otra y, en muchos casos, se elaboraron en simultaneidad diccionarios y gramáticas. Esta feliz simbiosis disciplinaria, a más de una necesidad en momentos tan desprotegidos de estudios sobre las lenguas indígenas del país, hizo que nuestros lexicógrafos se impusieran el trabajo gramatical y que nuestros gramáticos se impusieran el lexicográfico. El recuento que se propone, sobre estas ideas, reinsiste en muchos de los nombres ya presentados por su actividad diccionariológica.

Se desconoce para estos tiempos remotos la existencia de algún texto elaborado sobre gramática del español. No es difícil suponer que, en cuenta de la existencia de notables obras elaboradas en España, se utilizaran para la enseñanza las gramáticas más difundidas en todo el mundo hispánico. Además del citado texto de Nebrija, la primera gramática de la

lengua, fechada en el promisorio año 1492, las referencias documentales dan cuenta de la presencia, hasta bien entrado el siglo XIX, de los trabajos de Tomás de Iriarte, Luis de Mata y Araujo y José Gómez Hermosilla, principalmente.

Esta tradición de estudios, sin embargo, tendría que esperar, justamente, hasta el siglo XIX cuando la lingüística venezolana irrumpe en el firmamento de la gramática castellana con un sólido grupo de obras que transformaron la visión de la descripción gramatical y la hicieron prodigiosamente actual en la figura inalcanzable de Andrés Bello, entre otros.

Las anteriores reflexiones nos obligan a rastrear el origen de la producción gramatical en Venezuela en las primeras descripciones sobre las lenguas indígenas. En su mayoría, estas producciones son hoy meros nombres de autores y atractivos títulos de obras. Corrieron durante los siglos coloniales en versiones manuscritas, perdidas muchas de ellas o aún enterradas en archivos históricos y bibliotecas antiguas, que eran utilizadas por los misioneros y maestros para enseñar español a los indígenas y, a la inversa, para hacerlo con las lenguas indígenas a los misioneros y colonizadores. Aunque no podemos conocer estas obras y aunque las figuras de sus autores luzcan hoy desdibujadas, no puede dejarse de entender que significaron el esfuerzo lingüístico más vasto de los que se hayan emprendido en nuestra historia de la lingüística. Más aún, la que hoy consideramos ausencia de métodos científicos no puede dejar de comprender la solvencia de muchas de estas producciones y los valiosos refinamientos ensayados para inmiscuirse en los resquicios más impenetrables de estas lenguas, siempre llenas de enigmas para estos lingüistas, no por vocacionales menos visitados por la intuición y el tino certero.

El conjunto de referencias es tan inmenso que no podemos sino remitir a los estudiosos a las obras de los que en detalle han profundizado en los aportes de las distintas filologías misioneras y que nos han provisto de ingentes materiales para comprender el denso entramado de los estudios coloniales en materia de lenguaje. Reconstruyen el desarrollo protagonizado por cada una de las Órdenes filológicas misioneras, establecen la erudición bio-bibliográfica de sus actores y trazan el mapa filológico por el que estos actores transitaron el territorio físico o político de Venezuela para comprenderla a través de sus

lenguas. Los resultados no hacen sino abismarnos en asombro y desbordarnos en posibilidad investigativa. Hasta el presente, las obras modernas a las que debe recurrirse para poblar nuestra comprensión del universo lingüístico indígena colonial responden a un creciente orden de desarrollo y, a su vez, historiográfico. En primer lugar, el texto fundador y que da paso a subsiguientes investigaciones, *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*, obra de José del Rey Fajardo (1971). En sucesión, las revisiones sobre *Los Agustinos y las lenguas indígenas de Venezuela*, de Fernando Campo del Pozo (1979) y sobre la *Labor Franciscana: I. Promoción indígena*, de Odilo Gómez Parente (1979), primera parte de un estudio que, según nuestro conocimiento, no llegó a completarse. Buenaventura de Carrocera (1981) sigue similar propuesta de estudio al ocuparse de la *Lingüística indígena venezolana y los misioneros Capuchinos*. Una visión de conjunto muy valiosa como reflexión que hace énfasis en las líneas sustantivas, la encontramos en el voluminoso estudio *Una Introducción a la Venezuela Prehispánica*, de Fernando Arellano (1986). Acompañan a estos trabajos matrices otros muchos de menor aliento que pusieron atención sobre puntos concretos, descuidados por las investigaciones generales. En esta dirección, debe tenerse en cuenta el trabajo de Cesáreo de Armellada, *Las lenguas indígenas venezolanas y el castellano* (1978), pues abre una de las vías más fecundas de la investigación lingüística colonial: la que considera los permanentes trasvases e interinfluencias entre estos dos sectores de la evolución de las lenguas en Venezuela. Muy rico en referencias, también, hace aparición y aporte la monumental obra bibliológica: *Venezuela en cinco siglos de imprenta* (1998), de Blas Bruni Celli.

Cubiertas todas estas precisiones y hechas estas salvedades que deberían justificar el eximio repertorio sobre el que pasaremos a ocuparnos, se impone, por último, señalar que debe tomarse como una selección significativa y que puede dar cuenta de lo alcanzado por estos primeros estudios gramaticales.

1655: Pierre Pelleprat (1606-1667): *Introducción a la lengua de los galibis, salvajes de Tierra Firme de América meridional*. Aunque el centro de esta obra lo constituye el trabajo lexicográfico, el autor ofrece como introducción un sucinto cuerpo de principios gramaticales que observa en esta lengua de filiación caribe: notas sobre pronunciación,

partes de la oración, el verbo, el nombre, el adjetivo, la conjunción (con énfasis en la disyunción), la abundancia preposicional, el adverbio, las partículas, la flexión nominal, la elipsis, la composición de palabras, los préstamos lingüísticos, la riqueza lingüística y la gestualidad comunicativa¹⁸.

1680: Francisco de Tauste (1626-1685): *Arte, y Bocabulario de la lengua de los indios Chaymas, Cumanagotos, Cores, Parias, y otros diversos de la Provincia de Cumaná o Nueva Andalucía*. Descripción gramatical que se entremezcla con el extenso vocabulario bilingüe español-cumanagoto a lo largo de la obra. El capítulo dedicado al verbo corta momentáneamente el repertorio léxico al ofrecer, además del funcionamiento verbal, un dilatado “Compendio de los verbos” con el que prácticamente se cierra el cuerpo lingüístico de la obra¹⁹.

1683: Manuel de Yangües (1630-1676): *Principios, y reglas de la lengua Cumanagota*. La sumatoria de sus contenidos aporta la mejor imagen de los intereses de estudio en que se empeña esta obra: Tratado Primero. Del nombre, primera parte de la Oracion. Tratado II. Del pronombre, segunda parte de la Oracion. Tratado III. De el verbo, tercera parte de la Oracion. Tratado IV. Del Participio, quarta parte de la oracion. Tratado V. De las preposiciones, ó posposiciones; quinta parte de la oracion. Tratado VI. Del adverbio. Tratado Vltimo de la interjección, y conjunción, vltimas partes de la oracion. El autor hace expresas las referencias al esquema de la gramática latina de Nebrija, en confirmación de su seguimiento (Bruni Celli 1998b: 20). El último párrafo asienta la resistencia de la lengua cumanagota para acoplarse a un sistema descriptivo que, naturalmente, le es ajeno: “Lo dicho y explicado hafta aqui, es lo que fe ha podido raftrear para la inteligencia de ehta Lengua, cuya variedad de principios, y modos irregulares, tengo por imposible reducir à Arte” (Yangües en Platzmann 1888: II, 70)²⁰. En otro sentido,

¹⁸ Vid. Supra, la Bibliografía lingüística.

¹⁹ Vid. Supra, la Bibliografía lingüística.

²⁰ Bibliografía lingüística: Julio Platzmann: *Algunas obras raras sobre la lengua cumanagota*. Leipzig: B.G. Teubner, 1888, vol. II, pp. 1-70. Arístides Rojas: “Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela”, en *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*. Caracas: Imprenta Nacional, 1878, pp. 155-188. J.A. Ramos Martínez y Cayetano de Carrocera: *Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía* (1927). Cumaná: Universidad de Oriente, 1980, t. II, pp. 367-390. Odilo Gómez Parente: *Labor Franciscana en Venezuela: I. Promoción indígena*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1979, pp.

parece remitirnos a las inmensas dificultades que conllevaba la primera descripción de una lengua ágrafa como el cumanagoto, ya en los tiempos iniciales de nuestra historia lingüística (Biord 1992: 6).

1690: Matías Ruiz Blanco (1643-1705): “Reglas para la inteligencia de la lengua de los Indios de Píritu”, en *Arte y tesoro de la Lengua Cumanagota*. Acompañando al extenso Tesoro cumanagoto-español, el autor compuso esta gramática cumanagota. Claramente deudora de la gramática del padre Yangües, mantiene su esquema analítico y estructural, aunque con una presentación más limpia y ordenada: Prólogo. Tratado Primero Del Nombre, primera parte de la oracion. Tratado Segundo Del Pronombre, segunda parte de la oracion. Tratado Tercero Del Verbo, tercera parte de la oracion. Tratado Cuarto Del Participio, cuarta parte de la oracion. Tratado Quinto De las Preposiciones, quinta parte de la oracion. Tratado Sexto Del Adverbio, sexta parte de la oracion. Tratado Séptimo, Último de la Intersección y conjunción, últimas partes de la oración²¹.

1762: Alonso de Neira (1635-1706) y Juan Ribero (ó Rivero) (1681-1736): “Rudimentos de la lengua achagua”, en *Arte y vocabulario de la lengua achagua*. Se trata de un complejo cuerpo, ya muy distante en estructura y alcance al de las primeras propuestas de descripción gramatical, en donde se da cuenta de los tópicos descriptivos fundamentales sobre la lengua achagua. Se despliega esta materia en los siguientes apartados que, simultáneamente, nos informan sobre las materias a las que el texto se aboca. Estos apartados responden a una jerarquía estructural. Para hacerla más explícita deben distinguirse los macro-apartados, escritos en letras mayúsculas, que conducen las grandes líneas de la descripción o que funcionan como requeridos énfasis en la estructura; y, junto a ellos, los micro-apartados, escritos en letras redondas, que se ocupan de la afinación de los pormenores. Una reproducción, aquí, de los diálogos que estos niveles establecen, daría el siguiente resultado: **PRÓLOGO. PRONUNCIACIÓN. Tractatus**

415-418. Francisco Javier Pérez: *Historia de la lingüística en Venezuela*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1988, p. 140. Blas Bruni Celli: *Esfuerzo lingüístico: Las misiones franciscanas de la Nueva Andalucía y la plenitud del encuentro*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua, 1998, pp. 20-23. Horacio Biord: “Reseña histórica de *Principios y Reglas de la lengua cumanagota* [1683] de Manuel de Yangües”, en *El Investigador Venezolano*. Caracas: Biblioteca Nacional, N° 11 (1992), p. 6. Blas Bruni Celli: *Venezuela en cinco siglos de imprenta*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1998, pp. 1.527-1.529.

²¹ Vid. Supra, la Bibliografía lingüística.

Primus: Declinaciones de los nombres. Pronombres absolutos. Pronombres iniciales. Nombres adjetivos. Nombres relativos. Pretérito perfecto. Futuro imperfecto. Relativos en erri. De los plurales. PRÁCTICA Y RESUMEN DE TODO LO DICHO. Prim. Declinación. Segd^a. Declinac. Tercera Declinación. Cuarta Declinación. Declinación 5 de Adjetivos. Sexta de Relativos o Participios de Pretérito, que aquí es lo mismo. Vel. Vel. Séptima de Relativos en erri, o Participios de Presente. Pretérito. Futuro. Pretérito. **Tratado Sed.º de las conjugaciones** (Viuní, Viují, Yerrica &). Pretérito Perfecto. Futuro Imperfecto. Imperativo, y se supe el Pres.te. Subjuntivo Tpo Pres.te. Pretérito imperfecto. Pretr. Plusquamperf.to. Infinitivo Pres.te. Seg.da Conjugación. Indicat. Tpo. Presente. Pret. Perf.to. Fut. Imperf.to. Imperat. Subjuntivo Prest.te. Pretérito Imperf.to. Pret. Plusq. Perf.to. Infinitivo. Particip. De Pret. equiv. A Relativo. Particip. de Presente. Gerundios. Tercera Conjugac.n. Prest.te. de Indicat. Pret. Perf.to. Fut. Imperf.to. Imperativo. Subjuntivo. Pret. Imperf.to. Pret. Pluq. Perf.to. Infinitivo. Pret. Perf.to. Particip. de Pretérito. Partic. De Presente. Gerundios. Nota 1. Cuarta Conjugac.n. Nota 2^a. Pasiva de los Verbos. Modos Reflexivos. Reflexión recíproca. Prtérito de todos. Futuro. VERBOS IRREGULARES. **Tratado 3. De Generibus. Tratado 4 de Praeteritis.** Prim.^a Conjugac.n. (Viuna, Vyuji &). Seg.da Conjugación (Nucabau, Jicabau, Nucabaca &c.). Tercera Conjugac.n (Nuenarícu, Jenarícu, Nuenaricuca, Jenaricunimíu). Cuarta Conjugac.n (Numayu, Jimayu, Numaca, Jimanimíu). **Tratado 5. de la Sintaxis &** (considera ocho reglas). De Constructione Verborum (considera diez reglas). Adverbios de lugar (considera seis reglas). COLOCACIÓN DE LOS NOMBRES. Cap.º 1º Incisión y composic.n. Cap.º 2. Incisión y composición. NOTICIAS NECESARIAS P.^a LA PERFECTA INTELIG.^a DE LA LENGUA ACHAGUA. Cap.º 1º Particulas á los nombres y verbos de este Idioma ordine Alfabético. Cap. 2. Del verbo substantivo Vyuna, y de su notable variedad. Cap. 3. De algunos equivococ de esta lengua. Modos de decir uno²².

1782: Felipe Salvador Gilij (1721-1789): “Ensayo de la lengua tamanaca”, en *Ensayo de Historia Americana*, t. III, lib. III, cap. IX. Descripción de las particularidades de la gramática de la lengua tamanaca, de filiación caribe, entendiéndola como estudio de las partes de la oración: Del Nombre. Del pronombre. De los verbos. De los participios. De las

²² Vid. Supra, la Bibliografía lingüística.

postposiciones. De los adverbios y de las partículas. De las interjecciones y de las conjunciones. Aunque estructuralmente la propuesta de Gilij sea acorde con la de la gramática latina clásica, el autor manifiesta un notable empeño por reinterpretar los principios teóricos en función de los usos lingüísticos y de las realizaciones morfosintácticas particulares.

1782: Felipe Salvador Gilij (1721-1789): “Ensayo de la lengua maipure”, en *Ensayo de Historia Americana*, t. III, lib. III, cap. X. Descripción de las particularidades de la gramática de la lengua maipure, de filiación Arauca, entendiéndola como estudio de las partes de la oración: Del nombre. De los pronombres. Del verbo. De las postposiciones. De los adverbios, de las interjecciones y de las conjunciones. Aquí, manteniéndose los principios de la gramática latina clásica, tal y como ocurre en el texto sobre el tamanaco, se ha logrado un resultado más sintético, en vista de que la descripción comparativa que el autor ha puesto en práctica a lo largo de todo el tomo III, ha abundado ya suficientemente en las peculiaridades gramaticales de esta lengua²³.

1783?: Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809): *Elementi grammaticali della lingua Tamanaca*. Obra manuscrita conservada en el Archivum Romanum Societatis Iesu (ARSI), Opp. NN. 342; fols. 183r.-190v.; y, aún, inédita.

1783?: Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809): *Elementi grammaticali della lingua Maipure*. Obra manuscrita conservada en el Archivum Romanum Societatis Iesu (ARSI), Opp. NN. 342; fols. 191r.-192v.; y publicada, modernamente, en 1971 (Rey Fajardo 1971: II, 311-316). Notas breves y un tanto dispersas sobre algunos tópicos de estudio de la gramática del maipure.

1783?: Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809): *Elementi grammaticali della lingua Betoï*. Obra manuscrita conservada en el Archivum Romanum Societatis Iesu (ARSI), Opp. NN. 342; fols. 193r.-201v.; y publicada, modernamente, en 1971 (Rey Fajardo 1971: II, 261-276). El ensayo sobre el betoï resulta más orgánico y de mayor proyección. Ha sido

²³ Vid. Supra, la Bibliografía lingüística.

ordenado a partir de unos materiales escritos por el padre José Padilla, quien había residido en las misiones jesuíticas del Casanare, sucediendo en funciones al padre José Gumilla, conocedor, también de esta lengua matriz. El texto se ocupa de los siguientes temas, dispuestos sin división por capítulos: Falta de consonantes. Nombres, adjetivos y pronombres. Verbo. Conjugación verbal. Partículas: preposiciones. Numerales. Conjugaciones. Interjecciones.

1783?: Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809): *Elementi grammaticali della lingua Yarura*. Obra manuscrita conservada en el Archivum Romanum Societatis Iesu (ARSI), Opp. NN. 342; fols. 202r.-209v.; y publicada, modernamente, en 1971 (Rey Fajardo 1971: II, 277-288). El ensayo sobre esta lengua independiente y sin filiación establecida, ha sido ordenado a partir de los materiales escritos del padre José María Forneri. En cierta forma, reinsiste en el sistema de descripción ensayado para el betoi, aunque con mayor organicidad: Falta de algunas consonantes. Ausencia de declinación en sustantivos y adjetivos y su reconocimiento de funciones y de número por colocación y por la uso de partículas morfológicas. Género de los nombres. Género de los pronombres personales. Nombres adjetivos. Pronombres. Numerales cardinales y ordinales. Verbo. Conjugación verbal. Partículas: posposiciones. Adverbios. Interjecciones. Conjunciones. Acotaciones comparativas entre el yaruro y el latín en cuanto a la colocación de las palabras y a la expresión²⁴.

La fábrica de la tradición

²⁴ Bibliografía lingüística: : José del Rey Fajardo: *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/ Ministerio de Educación, 1971, t. I, pp. 190-193; t. II, pp. 239-316. José del Rey Fajardo: *Bio-bibliografía de los Jesuitas en la Venezuela Colonial*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1974, pp. 273-276. José del Rey Fajardo: “Los Jesuitas y las lenguas indígenas venezolanas”, en *Montalbán*, Caracas, Nº 9 (1979), pp. 357-478. Fernando Arellano: *Historia de la lingüística*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1979, t. I. Francisco Javier Pérez: *Historia de la lingüística en Venezuela (Desde 1782 hasta 1929)*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1988, pp. 89, 133, 134, 140, 143, 154, 155, 158 y 159. Jesús Olza: *El Padre Felipe Salvador Gilij en la historia de la lingüística venezolana*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, 1989.

Los recorridos por los estudios lexicográficos y gramaticales durante los siglos XVI, XVII y XVIII nos permiten, además de sensibilizarnos por los intereses de estudio y de fraternizar con un modo peculiar de hacer lingüística, comprender cómo las fuerzas de la disciplina lingüística estaban activándose y avanzando en direcciones cuyo sentido histórico se solventaría en coherencia con el devenir de la propia ciencia lingüística. Habría que esperar al siglo XIX y, en muchos casos, hasta el siglo XX para comprender cómo la génesis de muchos fenómenos y la puesta en práctica de métodos de trabajo debían buscarse en estos tiempos indiscutiblemente inaugurales.

Más allá de los rigores en los que las modernas investigaciones centran los cometidos de las ciencias del lenguaje, debe afirmarse que el mérito histórico de estos primeros sustentos de la historia de la lingüística venezolana es la fundación de la tradición científica, es decir, la consolidación de las rutas que se transitarían y, en más de una ocasión, de los procedimientos que tendrían que ensayarse para obtener los resultados deseados. Nacía la fábrica de la tradición en los estudios lingüísticos coloniales. Ésta no era otra cosa que la idea motriz que animaría y daría firmeza al principio rector de toda la historia de la lingüística: el origen mismo de los fenómenos a estudiarse y la construcción de los edificios metodológicos y estructurales para hacer posible comprender el sentido de lo edificado y de las necesidades que se tenían para armar esos andamiajes de estructuras de lenguaje. Por encima de filosofías que expliquen la evolución y progreso de la propia historia lingüística, a la par con el progreso y evolución de la historia de la lengua, el concepto de fábrica de la tradición sobre el que queremos dar asiento a la lingüística de los siglos posteriores a la Colonia y, también, entender el sentido de las primeras voluntades lingüísticas, nos está reafirmando en la idea de que nuestra historia de la lingüística ha significado un partir de las tradiciones y un volver permanente hacia ellas.

¿Cuáles serían, entonces, los indicadores históricos que podrían sostener la tradicionalidad de la lingüística venezolana? ¿Cuáles las fuerzas que una y otra vez estarían funcionando? ¿Cuántos los principios rectores que la lingüística colonial aportaría a la fecundación de la tradición? Preguntas de respuesta nada fácil que sólo pueden irse generando en la medida en que la comprensión de los fenómenos, el estudio de los autores,

la interpretación de las obras, el conocimiento de las tipologías científicas, la depuración de las metodologías de investigación y, definitivamente, la descripción plena de los procesos que desarrollaron el quehacer de la lengua en Venezuela, pues, serían los que nos podrían facilitar algunas certezas sobre el ayer y, también, sobre el destino de esta disciplina.

Sin embargo, es posible, como reflexión de conjunto, insistir en que el universo colonial de nuestra lingüística abre sólidamente alguno de los enclaves sobre los que se iluminarán las reflexiones y descripciones por venir. Si alguna claridad es posible aportar, sería la que nos ofrecen como saldo, obligadamente provisional, de este determinante momento histórico, los seis puntos siguientes: 1) la necesidad de conocer la lengua por medio de su comprensión gramatical y de su comprensión léxica; 2) el estudio de la lingüística venezolana como descripción y reflexión, desde los tiempos más antiguos, como diálogo entre los estudios sobre la lengua española y sobre las lenguas indígenas; 3) la insistencia en el modelo gramatical de la gramática de Nebrija, en especial la de su texto latino, como base estructural de las gramáticas venezolanas; 4) el interés por los métodos comparativos y por el estudio clasificatorio de las lenguas indígenas; 5) la práctica de técnicas descriptivas, en especial, las lexicográficas, que ya ofrecen algunos refinamientos asignados a la modernidad de la disciplina; y 6) la siempre repetida dificultad de la investigación histórica sobre la lingüística venezolana, ante la desaparición de muchas de las obras producidas.

II

Las rutas al Parnaso **El siglo XIX**

Por lo general, el trabajo historiográfico centra su interés sobre la cercanía temporal a la que considera sólo como génesis de su propio esplendor y como punto de partida de sus logros más rutilantes. Engreída y petulante, la ciencia moderna voltea hacia el pasado inmediato para ver su propio rostro luminoso en las obras más firmes y en los atisbos más nimios de lo que será –o creará-, más tarde, manifestación poderosa de conocimiento y saldo indestronable de la investigación. Con razón o sin ella, la historiografía lingüística entendió que el siglo XIX anunciaba la llegada de la ciencia del lenguaje frente a las épocas previas, aunque seductoras y fascinantes, carentes de rigor y método (dioses a los que la modernidad científica rinde la más prolongada y patológica veneración). Para algunos estudiosos, nada debe ir a buscarse más allá de la barrera cronológica (= ideológica) levantada en la transición del siglo XVIII hacia el XIX, como si la modernidad quisiera defenderse –qué paradoja- de la oscuridad ilustrada de los siglos que cataloga de “precientíficos”. Para otros, en cambio, la historia de la lingüística debe y tiene que rastrearse desde los momentos más remotos posibles para tratar de seguir la pista que han ido dejando en la reflexión sobre el lenguaje y las lenguas y sobre la propia actividad descriptiva ensayada para entenderlo y entenderlas, los autores y las obras más distantes del momento que otros consideran como el arranque de las concepciones actuales. Modernidad frente a tradición son, aquí, los cascos polares de una discusión que no parece zanjarse con facilidad. En cualquier caso, lo que está claro es cómo el siglo XIX ha sido entendido como el primer momento indiscutible para explicar lo que hoy es la lingüística, en una muy difusa creencia en que el conocimiento de nuestro pasado inmediato nos ofrecerá pistas para vernos en la situación privilegiada del presente. Además, no sabemos, en definitiva, cuáles de nuestros trabajos considerarán las futuras investigaciones historiográficas como auténticas contribuciones a la ciencia lingüística, quizá menos de las que hoy nos sentimos orgullosos a perpetuidad.

El entorno venezolano de estas consideraciones resulta peculiar no sólo por desconocer lo que los siglos coloniales pudieron aportar, sino, en extrema lectura historiográfica, lo que el propio siglo XIX hizo por su parte (para algunos la modernidad lingüística nos llega con Ángel Rosenblat, es decir, con el análisis bellista de Amado Alonso que, desde Argentina, difundió el maestro español y que heredamos nosotros de su más brillante discípulo). De nuevo, recae sobre la falta de investigaciones historiográficas exhaustivas sobre el siglo XIX la responsabilidad de afirmaciones que poco corresponden a la realidad de nuestros movimientos de estudio lingüístico. Tan enigmático por inadvertido como los siglos coloniales, nos resulta todavía hoy el siglo XIX en materia de lenguaje. Salvar los abismos documentales y resucitar las realizaciones perdidas o ignoradas, son algunas de las tareas más urgentes para hacernos idea clara de lo que fue ese portentoso momento de nuestra lingüística. Junto a los grandes textos y a los míticos autores, se deben comenzar a estudiar los nombres y obras menos transitados, sólo menores en apariencia. Grandes y pequeños dominios lingüísticos tendrán que congeniarse para poder oír la polifónica naturaleza de nuestra lingüística decimonónica, que algunos, aún, siguen creyendo monocorde y monótona.

Como herencia de la época colonial, la actividad lingüística durante las primeras décadas del siglo XIX se ocupará de hacer sólidos algunos temas de gramática general, de lenguas clásicas y del español. Era muy pronto todavía para pretender que nuestros lingüistas volvieran a preocuparse por otros renglones de estudio –como vimos, ya inaugurados en los tres siglos anteriores por la lingüística misionera–, tales como el de las gramáticas de lenguas indígenas o el de los diccionarios sobre el español americano y venezolano. Aquí, es necesario, llamar la atención sobre el hecho de que durante casi la primera mitad del siglo XIX la producción lexicográfica venezolana entra en un receso inexplicable, después del auge arrollador de las postreras muestras coloniales (las de Navarrete y Alcedo, entre otras). Apenas, nos es permitido invocar, para este tiempo, la curiosa *Farmacopea militar o catálogo de medicamentos con respectivas fórmulas para uso del ejército de S.M.C. pacificador de Costa Firme del que es general en jefe el Excmo. Sr. D. Pablo Morillo*, de Juan Nieto Samaniego, publicada en Caracas en 1819; y la

singular obra: *Espíritu de los estatutos y reglamentos del orden francmasónico y Diccionario de todos los términos y expresiones que están en uso para los trabajos de las Logias*, firmado con las enigmática iniciales M.J.R. (correspondientes a Manuel José Ribas), que se publica en 1823, en Cumaná (Colmenares del Valle 1995: 15).

Podríamos, a la luz de las investigaciones modernas (Pérez 2000a), desarticular el aparente vacío lexicográfico de este período inicial del siglo XIX, al entender el enorme aporte que supusieron, aunque fuera sin duda recibido y asimilado mucho después, las recolecciones, descripciones, reflexiones y difusiones léxicas y lexicográficas en la obra del viajero naturalista Alejandro de Humboldt. Ciertamente, en su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, publicada en París en 1814, se han aislado ingentes materiales léxicos, comentados pulcramente por este explorador en su rol de lingüista, y, aún más, presentándose en su obra más de un texto abiertamente lexicográfico. Serían claras evidencia del espíritu lexicográfico en la obra de Humboldt las cuatro muestras formalizadas que nos ofrece: 1) “Vocabulario comparativo chaima-tamanaco” (cap. IX, lib. III); 2) “Vocabulario de la lengua de los chaimas en las misiones de Caripe” (Nota b del lib. III); 3) “Vocabulario maco” (cap. XXI, lib. VII); y 4) “Vocabulario comparado parene-maipure” (cap. XXI, lib. VII).

Sin embargo, más allá de la importancia que estas referencias establecen, es indiscutible que fue la actividad gramatical la que ocupó con mayor ahínco el pensamiento lingüístico venezolano del tiempo independentista, tan difícil para el fomento de actividades espirituales o científicas (en materia de teoría lingüística, tendría, aquí, que destacarse el atractivo cuerpo de ideas conducidas por Simón Rodríguez en el “Pródromo” de su tratado *Sociedades americanas*, de 1828). Por una parte, se mantiene vivo el gusto por las lenguas clásicas y en menor medida por las lenguas orientales. Será el humanista José Luis Ramos (1785-1849), a este respecto, el ejemplo rey. Autor de una *Gramática griega* y de varios trabajos sobre el latín, que se creían perdidos hasta que la acuciosidad del doctor Blas Bruni Celli, Individuo de Número de nuestra corporación, los descubriera en los ricos y olvidados fondos de la Biblioteca de la Academia Venezolana de la Lengua. La sola aparición de estos materiales permite comprender la densidad del trabajo de Ramos por sus obras

mayores y no, como había sido estudiado hasta el presente, por el *Silabario de la lengua castellana* (1829), la más editada y celebrada de sus obras durante el siglo XIX, que, aún privilegiando sus méritos estructurales, no pasa de ser una pieza instrumental sobre el conocimiento de la lengua. Ramos, además, debe ser visto como un auténtico filósofo del lenguaje y de la gramática. Para confirmarlo, tenemos ahí su notable “Carta del 28 de diciembre de 1838 al Señor J.A. Freire”, que Juan Vicente González publica póstuma en su *Revista Literaria*, del año 1865. Bellista antes que Bello, Ramos, aún entendiendo el peso de la gramática general y sin arribar a una concepción de la gramática particular, propugnará el estudio de una gramática de la lengua española deslastrada de toda metafísica y de toda abstracción, conceptos supervivientes de la gramática latina ajenos a la modernidad gramatical (particular o comparativa) por la que se pugnaba durante el siglo XIX. Inadvertida para el sabio, que moriría apenas dos años después, se publica en Santiago de Chile la obra capital de nuestra lingüística decimonónica y, se quiera reconocer o no, de toda la lingüística hispánica de su tiempo: la insuperada *Gramática de la lengua castellana*, de Andrés Bello (1781-1865).

Con esta obra se abre uno de los capítulos más luminosos en la lingüística venezolana del siglo XIX, ése que, historiográficamente, podría vincularse, números más o números menos, alrededor de una marca cronológica pautada por el año 1850. Los años que se desgastan entre esta fecha y 1860 son de una trascendencia muy grande. Durante este período se publicarán algunos de los trabajos más representativos de los estudios lingüísticos nacionales y se dará difusión a modernas ideas en materia de teoría gramatical y de reflexión metagramatical.

Bello, en su papel de creador de la reflexión gramatical moderna, padre de la gramática sincrónica en Hispanoamérica (prediseñada antes por el gramático y lexicógrafo español Vicente Salvá, del que Bello se entiende deudor), publicaría, en 1847, a sólo tres años del corte diacrónico que hemos trazado, su importante gramática. Obra sólida y seria, divide la historia de la gramática española, marca para nuestra lingüística el comienzo sistemático del estudio gramatical (inteligentemente anticipado por Ramos –como se dijo-, al comienzo del siglo, y –como se verá-, por Juan Vicente González, precursor de Bello y el más notable

de sus epígonos) y representa el punto de partida de una tradición gramatical científica, descriptiva y de claro repudio normativo, muy acorde con el desarrollo de la modernidad en los estudios lingüísticos europeos de su tiempo. La condición universalista, mentalista, filosófica y general que caracteriza su labor gramatical no crea impedimento a su *Gramática de la lengua castellana* para sostener una teoría cercana a la creencia en una doctrina particular que se proponga como meta la explicación del “espíritu” de cada lengua. Falta aún una investigación en profundidad sobre los asideros comparatistas en Bello. La gramática comparada -suele creerse-, no despertó en Bello entusiasmos muy evidentes. Sin embargo, son muy notables las referencias que destina a algunos comparatistas de primera generación (Jones, Bopp y los Schegel), con los que parece llegar a más de un acuerdo, en obras como el *Compendio de historia de la literatura* (1850). Quizá, su antiindigenismo motivó, también, el supuesto desinterés por el comparatismo lingüístico, que entraría rotundamente en nuestra ciencia de la mano de las culturas aborígenes (en especial, a finales del XIX y comienzos del XX), si es que no queremos descuidar los aportes en esta dirección y las filiaciones en autores como José Luis Ramos, Rafael María Baralt y Félix E. Bigotte (sobre los que volveremos después) (Pérez 2004).

El influjo bellista se hará sentir muy pronto. Juan Vicente González (1810-1866) será, entre todos, el más entusiasta y apasionado seguidor de las ideas del sabio gramático. A pesar de los logros indiscutibles que la primera edición de su *Compendio de gramática castellana*, que circuló en Caracas a partir de 1841, en la ruta de la gramática sincrónica, de la que Bello será abanderado hispanoamericano, González incorpora los tópicos fundamentales del pensamiento de Bello a dos años de la edición chilena de la paradigmática obra. En efecto, en 1849, la cuarta edición del *Compendio*, publicada en Bogotá, se impondrá la revisión de su doctrina y, enfáticamente, la divulgación continental de la del maestro, de la que él mismo es adelantado y continuador, bellista antes de Bello (como Ramos) y bellista después de él (como tantos otros hasta el más inmediato presente). González, además, editará para su célebre colegio “El Salvador del Mundo”, acompañada de un valioso cuerpo de notas, la primera de las obras maestras del Bello gramático: *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana* (1841), en 1850. Esta temprana realización de Bello, por otra parte, respondía al área de influencia del sensismo

filosófico (una suerte de empirismo a la francesa) que el abate de Condillac había divulgado durante el siglo anterior, y del que Bello estaba muy implicado en sus años iniciales. Una evidencia de estas vinculaciones podría descansar en la versión que Bello hiciera de su *Arte de escribir* y que se divulgaría en 1824, impresa por Tomás Antero, para establecerse, como ha demostrado el maestro Pedro Grases, como la primera obra de filología publicada en Caracas.

Años éstos muy prolíficos para la lingüística venezolana, presenciarán la participación de otro de los nombres mayores en nuestra tradición de estudiosos del lenguaje: un astro llamado Rafael María Baralt (1801-1860). Legendario historiador y escritor, prosista excepcional en ambos renglones, hará época en la lingüística española, hispanoamericana y venezolana. Una obra proyectada, una culminada y una distinción histórica serán, entre otros, los logros más rutilantes de su meteórica dedicación lingüística, extendida apenas no más de diez años. Publicará en 1850, en Madrid, el “Prospecto” de su *Diccionario matriz de la lengua castellana*. Inconclusa, alcanza a presentar una muestra correspondiente a las primeras combinaciones silábicas de la letra A, significa un estadio de primera importancia en la confección de diccionarios históricos y etimológicos del español. Para nuestra lingüística, este primer trabajo lexicográfico de Baralt representa, en especial por la concepción sobre la etimología comparada y por la profusión de referencias utilizadas, un eslabón en la estirpe venezolana del comparatismo lingüístico. Cinco años más tarde, en 1855, publicará su *Diccionario de galicismos*, el primero en su especie en la lexicografía de lengua española, que le granjea, al mismo tiempo, fama y cuestionamiento. Prescriptivo y purista, confeccionará un repertorio de unidades neológicas y de extranjerismos de origen francés de uso impropio en el español de su tiempo. Obra polémica en esencia, Bello y Fermín Toro se adelantan con algunas precisiones que, casi un siglo más tarde, no evitan el mesurado reconocimiento de Ramón Menéndez Pidal. En ella, hace alarde de erudición, con el registro de los clásicos castellanos, y de maestría lingüística, al ordenar un archivo sobre el uso del español hablado a mediados del siglo XIX. La fama lingüística comenzará a tocarlo cuando la Real Academia Española lo elija, en 1853, como uno de sus Individuos de Número, alcanzando por esta distinción, la dignidad de haber sido el primer hispanoamericano, y por descontado el primer venezolano, en recibirla.

Así pues, la lingüística de aquellos años se organizaba, en manos venezolanas, en torno a tres proyectos doctrinales que fueron desarrollados al unísono desde tres capitales hispánicas: 1) Bello, desde Santiago de Chile, inauguraba la reflexión gramatical moderna para toda la ciencia lingüística hispanoamericana y española; 2) Baralt, desde Madrid, ofrecía uno de los desarrollos lexicográficos de mayor envergadura y solidez científica en la España del momento; y 3) Juan Vicente González, desde Caracas, emprendía con los trabajos y principios de los autores anteriores, la difusión y defensa de la gramática española como parte de un programa educativo de miras muy ambiciosas y complejas. Pedro Grases ha querido ver acrisolados en la figura del lingüista colombiano Rufino José Cuervo, la conjunción de estas tres glorias venezolanas de la lingüística, en una lectura orgánica de la historia de la lingüística hispánica en América (Grases 1945).

Estos años cincuenta serán, también, espectadores de la discusión más aguda de todo el siglo en los estudios gramaticales. Se trata de una polémica referida a la enseñanza del latín, en donde los motivos de conflicto se polarizan entre los que defienden que debe hacerse a partir de un texto escrito en la propia lengua que se pretende enseñar y aprender y los que piensan que debe ese texto estar escrito en la lengua materna del hablante que estudia una segunda lengua. Se escribieron y elaboraron, entre otras, tres obras de notable alcance: el “Informe sobre texto latino” (1850), escrito por Cecilio Acosta; el artículo bibliográfico “Gramática latina de J.L. Burnouf” (1854), redactado por Felipe Larrazábal; y los *Elementos de gramática latina, extractados del Método para estudiar la lengua latina, por Jean Louis Burnouf* (1855), compuestos por Juan Vicente González. Entraban también en juego, sin quererlo, claro está, obras y autores antiguos como Nebrija (en una suerte de rehechura de la polémica renacentista llevada a cabo por el propio Nebrija y por el gramático Francisco Sánchez de las Brozas, conocido como el Brocense) y más modernos como el latinista francés Jean-Louis Burnouf, padre de los dos célebres orientalistas y sanscritistas Eugène y Émil. En cuanto al Nebrija (en realidad se entendía por tal cualquier obra que tuviera como base la antiquísima del gramático sevillano, al que se le añadían sucesivas addendas y contribuciones ajenas), se sostenía que describía y enseñaba la lengua con explicaciones en latín, en un claro aval de los dogmas de la gramática particular; en

cuanto al Burnouf, que enseñaba el latín sin el auxilio de prácticas y ejercicios, pero en cambio, con un aparato metafísico e ideológico muy complejo que no hacía sino invocar los principios de la gramática general. Acosta se declararía partidario del Nebrija, mientras que Larrazábal, González y los traductores y latinistas Manuel Antonio Carreño y Manuel María Urbaneja, lo serían del Burnouf. Tras agotadores y bizantinos debates, terminaría la discusión zanjándose a favor del manual francés, que se establecería como texto oficial en la Universidad de Caracas y en los colegios más prestigiosos de la república.

Sobre el derrotado en la polémica, el escritor y pensador Cecilio Acosta (1818-1881) y su obra lingüística, habría que decir que ella representa el último eslabón de la estirpe de grandes maestros venezolanos del idioma, que tuvo su origen con José Luis Ramos y Andrés Bello. Produce, en este sentido, además del notable estudio sobre el texto latino para la enseñanza, dos obras lexicográficas, aún de interés. Se trata de un par de contribuciones que realiza para la Real Academia Española, institución que lo ha distinguido, en 1869, al nombrarlo Miembro Correspondiente Extranjero, con la intención de enriquecer con nuevas voces el diccionario académico y de expurgarlo de errores e imprecisiones. Estos aportes a la corporación española tendrán por títulos: *Observaciones al diccionario que someto humildemente a la Academia Española*, la primera de ellas, y la segunda, *Observaciones que pueden servir para la nueva edición del Diccionario vulgar y de autoridades*, elaboradas y enviadas a Madrid, respectivamente, en 1874 y 1876. A mitad de camino entre las dos cimas lingüísticas que fueron Bello, a quien Acosta caracterizó como de “el que lo supo todo”, y Lisandro Alvarado, el primero de nuestros lexicógrafos modernos, Acosta produciría un cuerpo doctrinario muy sólido y se ocuparía de los asuntos disciplinarios más pertinentes. Entre otros: el establecimiento de una lingüística del uso, la diferenciación entre gramática general y gramática particular, el seguimiento de la gramática particular como forma de descripción, la ruptura con el purismo lingüístico en medio del debate entre prescriptivismo y descripción, la comprensión de la ilogicidad en los comportamientos lingüísticos, la asimilación a los procesos de evolución lingüística en el marco de la gramática histórica y, para no abundar demasiado, la necesidad de una descripción léxica rigurosa ajustada a la realidad cambiante de la lengua (Pérez 2002e).

Bajo la mirada de los grandes maestros, florecieron las obras de otros autores de inusuales talentos, ocupados en alcanzar mejores descripciones gramaticales del español, así como de las lenguas clásicas y europeas. Tuvieron, además, el acierto de ensayar nuevas tipologías en la idea de hacer más denso el panorama de inspección lingüística. En otras palabras, gracias a ellos, la lingüística venezolana comenzó a ser una disciplina de más amplio espectro (además de gramáticas y diccionarios generales, se elaboraron obras sobre morfología, métrica, ortografía, ortología e historia de la lengua). Son estos los nombres de los privilegiados cultores y los títulos de sus obras centrales: **Demetrio E. Aguerrevere** (*Breve explicación de las oraciones latinas para empezar a traducir*, 1835), **José María Rodríguez** (*Construcción de nombres y verbos latinos*, 1835), **José Ramón Villasmil** (*Copia de nombres latinos, reformada y dedicada a la juventud venezolana*, 1839; *Novísima explicación del modo de hacer oraciones en latín, fundadas en las observaciones selectas del maestro Tomás García Olarte*, 1846; *Compendio de gramática castellana*, s.f.), **José Silverio González** (*Lexigrafía*, 1840; *Métrica castellana*, 1849), **Juan Vicente González** (*Elementos de ortología castellana*, 1843), **José Ignacio Paz Castillo** (*Arte de escribir*, 1843; *Método sencillo para aprender a escribir y leer a tiempo*, 1883), **Pedro José Hernández** (*Tratado de ortología*, 1844), **Manuel Antonio Carreño y Manuel María Urbaneja** (*Introducción al Método para estudiar la lengua latina por J.L. Bournouf*, 1847), **José María Núñez de Cáceres** (*Gramática de Alemán*, 1850; *Sistema para el estudio práctico del latín clásico*, 1880), **Gerónimo Eusebio Blanco** (*Gramática castellana elemental para niños*, 1852; *Arte métrica*, 1853; *Gramática de la lengua castellana*, 1856; *Resumen histórico de la lengua castellana*, 1856; *Acentuación ortográfica según las doctrinas de la Real Academia Española*, 1884), **Rafael Domínguez** (*Método simplificado para aprender a leer bien el francés*, 1852), **Felipe Larrazábal** (*Filología. Estudios sobre la lengua castellana. Diminutivos*, 1854), **Olegario Meneses** (*Gramática castellana*, 1854), **José Manuel Carrera** (*Breve tratado de ortología*, 1855), **Bartolomé Milá de la Roca** (*Conocimiento de los tiempos de la conjugación castellana*, 1856), **Benito Herrera** (*El primer libro para aprender a deletrear con propiedad y según los principios de la Ortografía castellana*, 1857), **Juan Bautista Calcaño y Paniza** (*Gramática completa por el sistema de Ollendorff, para aprender en seis meses a leer, escribir, hablar y traducir el alemán los españoles*, 1858; *Tratado de pronunciación*

francesa, 1871; *Los verbos castellanos que rigen preposición*, 1887), **Adolfo Ernst** (*Nuevo Método práctico y fácil del idioma francés, escrito según el sistema de Ahn*, 1864; *Primer curso de alemán, según el método de Ahn*, 1874; *Libro primario de lengua inglesa*, 1880), **Jorge González Rodil** (*Gramática para niños*, 1865), **Rafael Julián Castillo** (*Compendio de gramática castellana*, 1866), **José Tomás González** (*Gramática elemental de la lengua castellana*, 1866), **Juan José Mendoza** (*Lecciones elementales de la lengua inglesa según el método de Ollendorff*, 1866), **Ricardo Ovidio Limardo** (*Cuestiones gramaticales*, 1867; *Gramática castellana según la Real Academia Española*, 1880; *Compendio de gramática castellana de la Real Academia Española*, 1884), **Lucas del Ciervo** (*Compendio sintético de gramática castellana, para niños de 7 a 8 años*, 1868), **Mariano Cosme Izaba y Delfina Izaba** (*Muestras de escritura*, 1869), **Juan de Dios Bustamante** (*Compendio de gramática castellana*, 1870), **Juan Andrés Domínguez** (*Compendio de gramática castellana*, 1870), **Isidro Montes y José Ramón Camejo** (*Compendio de gramática castellana para escuelas primarias, según D. Andrés Bello i otros autores*, 1870; *Arte de hablar y escribir correctamente la lengua castellana*, 1880), **Amenodoro Urdaneta** (*Guía gramatical*, 1870; *Principios de gramática castellana*, 1873; *Silabario castellano*, 1874; *Guía para el estudio de los elementos gramaticales y pruebas prácticas para conocer con exactitud las partes de la oración*, 1875; *Análisis gramatical*, 1876; *Manual de ortografía castellana*, 1876; *Catálogo de los verbos irregulares*, 1877; *Epítome de gramática castellana, según las últimas explicaciones de la Academia y las gramáticas más autorizadas y simplificadas*, 1883; *¡Eureka! La verdadera acentuación castellana según el uso, la razón gramatical y sanción de los maestros del idioma*, 1894; *Suplemento a la ortografía*, s.f.), **Egidio Montesinos** (*Reglas de ortografía*, 1872; *Tratado sintético de las oraciones latinas*, 1891), **Baldomero Rivodó** (*Prontuario de acentuación castellana*, 1872; *Nociones de ortología castellana*, 1874; *Tratado de los compuestos castellanos*, 1878; *Entretenimientos gramaticales*, 1890), **Pedro Castillo** (*Gramática elemental de la lengua castellana según Bello i otros autores*, 1875), **Mariano Blanco y Julio Castro** (*Métodos de enseñanza*, 1877), **Dolores González de Ibarra** (*Silabario castellano*, 1877), **Pedro José Montesinos** (*Nociones de pronunciación y ortografía*, 1878), **Jesús Muñoz Tébar** (*Lecciones de ortografía castellana*, 1878), **Pedro José Bestard** (*Breves nociones de ortografía*, 1880), **Jesús María Portillo** (*Nociones prácticas de gramática castellana*,

1880; *Cuestiones gramaticales*, s.f.; *Estudios gramaticales*, s.f.; *Necesidad y plan para una nueva gramática*, s.f.), **José Miguel Torres y Antonio Briceño Briceño** (*Lecciones simultáneas de gramática castellana y aritmética*, 1880), **Rafael María Leal** (*Breve tratado de ortografía castellana para el uso de las escuelas primarias*, 1881), **Ananías Cote** (*Libro de lectura*, 1882), **Julio Calcaño** (*Tratado de ortografía castellana*, 1884), **Manuel Fombona Palacio** (*Tratado de sintaxis castellana*, 1884), **José Domingo Medrano** (*Tratado de ortografía castellana*, 1884), **Guillermo Tell Villegas** (*Gramática castellana*, 1884; *Homófonos de la lengua castellana*, 1887), **Julio Castro** (*Método práctico para aprender la ortografía castellana*, 1886), **José Octaviano González** (*Nociones de retórica*, 1886), **José Antonio Infante** (*Tratado de oraciones castellanas*, 1886), **Julián Ramírez** (*Gramática castellana para principiantes*, 1886), **Clodomiro F. Hermoso** (*Nuevo libro primario*, 1887), **Antonio María Soteldo** (*Gramática española para los ingleses*, 1889; *Gramática inglesa para los españoles*, 1889), **Felipe Tejera** (*Ortología*, 1889), **Félix E. Bigotte** (*Gramática latina comparada con diez idiomas*, inédita), **Antonio I. Picón** (*Apuntaciones gramaticales*, 1899), **Miguel María Caudales** (*Lecciones de gramática latina*, s.f.), **Juan M. Escalona** (*Elementos de gramática de la lengua indostana*, s.f.), **Alejandro Ibarra** (*Método práctico para aprender el inglés*, s.f.), **Pedro Manrique** (*Gramática italiana*, s.f.), **Juan José Mendoza** (*Nociones elementales de la lengua francesa*, s.f.), **Toribio Urdaneta** (*Prosodia y ortografía castellanas*, s.f.) y **José Ziri** (*Compendio de gramática castellana*, s.f.).

La lingüística indígena hizo también por este tiempo su contribución. La continuidad de los estudios coloniales había quedado interrumpida hasta este momento, o por lo menos eso nos lleva a pensar la ausencia de obras y de noticias claras sobre el desarrollo de esta parcela del quehacer lingüístico. Desde los trabajos de finales del siglo XVIII y de comienzos del nuevo siglo (incluyendo los de Humboldt, un poco más tardíos, pero cuyo impacto se sentiría aún mucho después) hasta los de mediados de la centuria, la lingüística sobre lenguas indígenas venezolanas estuvo aparentemente inactiva. Así todo, este período de reaparición resultará confuso y de difícil reconstrucción por la desaparición de los textos, en su mayoría inéditos y ni siquiera conservados en sus versiones manuscritas. Al tanto de esto, la historiografía lingüística ha tratado de rescatar hasta los más pequeños

aportes. Valdría la pena, en esta idea, mencionar dos de los estudios perdidos o nunca publicados en vida por sus autores. El primero de ellos, el “Vocabulario caribe”, de J.A. Freyre Mayobre, recogido en 1847 y publicado un siglo después por Julio Febres Cordero en el número 57 de la *Revista Nacional de Cultura*; el otro, nada menos que el mítico *Vocabulario guajiro* (conocido también con los títulos: *Vocabulario y materiales para una gramática guajira* o *Ensayo gramatical sobre el idioma goajiro*, con el que lo bautizara Arístides Rojas), obra del escritor Fermín Toro. Esta joya de nuestra lingüística indígena, explotada por la inmensa mayoría de los guajiristas, logró que sus materiales corrieran de estudio en estudio, convirtiéndose en la obra de mayor influencia para el conocimiento de esta lengua aruaca en el final del siglo XIX y hasta bien entrado el siguiente. Fuente imprescindible e invaluable, así queda calibrada en el cuerpo referencial de los primeros estudiosos venezolanos del guajiro: Arístides Rojas, Adolfo Ernst, Pedro Manuel Arcaya, Alfredo Jahn y Luis Ramón Oramas. El texto manuscrito de Toro corrió de autor en autor, desde Ernst (que lo cuidó por expreso mandato de Julio Toro, hijo del sabio) hasta Oramas (que utilizó el manuscrito existente en el archivo de Ernst), el último de sus curadores. Hoy perdido, ha sido recientemente reconstruido a partir de los aportes referenciales de los beneficiarios directos del trabajo del estudioso (Pérez 2000b: 11-39). Toro, paralelamente a la preparación de este texto sobre el guajiro, había recogido otros vocabularios de lenguas indígenas habladas en la región del Meta y del Alto Orinoco, también en posesión de Ernst, quien los difunde y utiliza para sus propias investigaciones. Completan así, los materiales léxicos sobre estas otras lenguas (achagua, amarizama, pamigua, churruye, guahiba, tama, sebondoy y almaguera), el aporte del inadvertido lingüista que fuera Fermín Toro y le asignan un lugar en la historia de nuestra ciencia del lenguaje.

El panorama de la década central (y crucial) en la lingüística del siglo XIX, tan rico en novedades y en producción de obras sustantivas, culmina con la contribución enorme del *Diccionario Indo-Hispano o venezolano español*, de Miguel Carmona (1819-1874). Publicado por entregas en el diario caraqueño *El Monitor Industrial*, del que Carmona era redactor principal, entre el 19 de diciembre de 1858 y el 19 de noviembre de 1859, va a constituirse en el primer diccionario de venezolanismos y, por su propuesta descriptiva, en el primer repertorio purista del siglo. Contrastivo y normativo serán, entonces, los dos

sellos con los que esta obra nos exhibe sus méritos. Un acuerdo entre los lexicógrafos y estudiosos del lenguaje criollo coloca a Carmona, hasta hoy, entre las fuentes básicas para el conocimiento del español venezolano. Ha fundado para Venezuela, quizá sin pretenderlo o sin saberlo, el diccionario diferencial (siempre con el ingrediente prescriptivo) al contrastar las que considera voces “corrompidas”, trajinadas en el habla venezolana, con las voces “castizas”, aceptadas en el uso general del español. Aún discrepando de sus interpretaciones y de la rigidez de sus concepción descriptiva, Carmona ofrece a los estudios venideros la posibilidad de entender los rasgos que particularizan el léxico del español venezolano frente al de otras variedades dialectales hispanoamericanas.

Las rutas abiertas por Ramos, Bello, Baralt, González y Acosta para el conocimiento de la lengua española (fundamentalmente en cuanto a la gramática y al diccionario); por Toro para el de las lenguas indígenas; y, finalmente, por Carmona para el del español venezolano, serían recorridas por los cultores de estas tres disciplinas generales durante las décadas siguientes con las que la lingüística venezolana del siglo XIX desgastará sus días. Sin embargo, serían, de estas dedicaciones disciplinarias, las dos últimas (los estudios sobre lenguas indígenas y sobre el español criollo), las que despertarán mayores ecos entre los autores en los años finales del período. Tanto las lenguas indígenas y su diálogo con el español, aferradas en el punto de encuentro que suponía la presencia de voces indígenas en la variedad venezolana del español, parecían crear una corriente única de investigación ramificada en dos vertientes.

Antes de establecerse estos acuerdos, se daría curso a uno de los movimientos investigativos más prodigiosos que recuerde la lingüística venezolana. Funcionando como una verdadera escuela, la lingüística indígena producirá un cuerpo doctrinario y descriptivo sólo comparable por su desarrollo con la antigua lingüística misionera durante los siglos coloniales. Edificando un nuevo Panteón cuyas luminarias precursoras serían, ahora, Arístides Rojas, Adolfo Ernst, Rafael Villavicencio y Gaspar Marcano se echarían las bases para el estudio científico de las lenguas y culturas del país. Se intentaría reconstruir el origen remoto de las culturas aborígenes teniendo a las lenguas como los instrumentos más preciosos para arribar a tal fin. Por una parte, la idea de los viejos Mitrídates, esos

gigantescos repertorios políglotas, volverían a imponerse; por otra, los estudios parciales y por pequeños dominios parecían, también, conquistar el ánimo y la pasión de los estudiosos. En este cuadro de ricas floraciones, los clasificadores lingüísticos no perderían el lugar que bien habían ganado por sus valiosas aportaciones para el conocimiento de lo indígena lingüístico. El país quedaría dividido, ya no geográfica o políticamente, sino desde la impronta de las lenguas indígenas, tanto del tiempo prehispánico como del tiempo contemporáneo. Como repartiéndose el territorio nacional, a efectos del estudio lingüístico, haría su aparición la más brillante generación de científicos de la lengua que podamos recordar con este sello grupal, en la historia de nuestras pasiones por los lenguajes aborígenes: José Ignacio Lares, Rafael María Urrecheaga, Tulio Febres Cordero, Pedro Antonio Carrascosa, Bartolomé Tavera-Acosta, Lisandro Alvarado, Rafael Fréitez Pineda, Abelardo Gorrochotegui, Pedro Manuel Arcaya, Julio César Salas, Américo Briceño Valero, Amílcar Fonseca, Elías Toro, Samuel Darío Maldonado, Mario Briceño-Iragorry, Luis Ramón Oramas y Alfredo Jahn, entre otros, harían mayores o menores contribuciones a la fascinante y loable labor de entendernos venezolanos en lenguas tan diversas y distantes y en culturas tan cercanas y tan ajenas, al mismo tiempo. Algunas de las obras culminadas siguen pareciéndonos y siendo hoy bastiones inalcanzables de la sabiduría venezolana y herramientas canónicas para la comprensión de lo que hemos sido y somos en la lengua. Están para confirmarlo, entonces, la impostergable bibliografía que compone el catálogo de las obras de los maestros y de los discípulos de esta escuela de celebridades lingüísticas: *Estudios indígenas* (1878), de **Rojas**; “La afinidad etnográfica de los indios guajiros”, de **Ernst**; *Etnografía precolombina de Venezuela* (1889-1891), de **Marcano**; “El estudio del lenguaje y su importancia en las ciencias naturales y en las históricas” (1899), de **Villavicencio**; *Etnografía del Estado Mérida* (1883), de **Lares**; *Procedencia y lengua de los aborígenes de los Andes venezolanos* (1921), de **Febres Cordero**; *Orígenes americanos* (1909), de **Carrascosa**; *Venezuela Precoloniana* (1930), de **Tavera-Acosta**; *Datos etnográficos de Venezuela* (1945), de **Alvarado**; *Vocabulario ayamán* (1906), de **Fréitez Pineda**; *Aramare* (1895) y *Viaje al Amacuro* (1897), de **Gorrochotegui**; “Lenguas indígenas que se hablaron en Venezuela” (1918), de **Arcaya**; *Orígenes americanos. Gran diccionario comparado* (1924), de **Salas**; *Factores étnicos de la raza Hispano-americana* (1905); *Orígenes trujillanos* (1955), de **Fonseca**; *Antropología general y de Venezuela*

precolombina (1906), de **Toro**; *Defensa de la antropología general y de Venezuela* (1906), de **Maldonado**; *Contribución al estudio de la lengua guajira* (1912), de **Oramas**; *Procedencia y cultura de los timoto-cuycas* (1929), de **Briceño-Iragorry**; y, finalmente, *Los aborígenes del occidente de Venezuela* (1927), de **Jahn**, con la que, de alguna manera, se amarran las propuestas fundamentales de esta época virtuosa y brillante de nuestra lingüística indígena²⁵.

Brillante y virtuosa, justamente, va a ser, además, la contribución que muchos de estos autores harán al estudio de las raíces indígenas en el español de Venezuela. Con ellas, darán origen, para mayor aporte, a la última de las vocaciones de nuestros estudiosos del

²⁵ No sería justo dejar de mencionar en este momento, los numerosos y sustantivos aportes de americanistas europeos y norteamericanos. Al contrario, de la mano con nuestros estudiosos de lenguas indígenas, consolidaron los espacios modernos de la investigación: William Hilhouse: *Indian motives: or sketches on the habits, characters, languages, superstitions, soil and climate of the several nations* (1825); Adrien Balbi: *Atlas ethnographique du Globe ou classification des peuples anciens et modernes d'après leurs langues* (1826); Carl Friedrich Phil. Von Martius: *Beiträge zur Ethnographie und Sprachkunde Amerikas, zumal Brasiliens* (1867); Louis Plassard: *Les Guaraunos et le Delta de l'Orénoque* (1868); Carlos Hernán Berendt: *On a Grammar and Dictionary of the Carib or Karif language with some account of the people by whom it is spoken* (1874); L. Adam y Ch. Lecler: edición facsimilar de la *Grammaire caraïbe* (1667), de Raymond Breton (1877); Everard Im Thurn: *Tables of Indian Languages of British Guiana* (1878); Friedrich Müller: *Grundriss der Sprachwissenschaft* (1882); Schumann: *Arawakisch-Deutsches Wörterbuch* (1882); Crevaux, Sagot y Adam: *Grammaires et vocabulaires Roucouyenne, Arrouague, Piapoco et d'autres langues de la région des Guyanes* (1882); A.A. Simons: *An Exploration of the Goagira Peninsula* (1885); Karl von Den Steinen: *Durch Zentral-Brasilien* (1886) y *Unter den Naturvölkern Zentral-Brasiliens* (1897); J.S. Hartman: *Indianerstämme von Venezuela* (1886); Julius Platzmann: *Algunas obras raras sobre la lengua cumana-gota* (1888); Conde de la Viñaza: *Bibliografía española de lenguas indígenas de América* (1892); Henry Anatole Coudreau: *Vocabulaires methodiques des langues ouayana, aparai, oyampi, emerillon* (1892); Raoul de la Grasserie: *Esquisse d'une grammaire et d'un vocabulaire Banive* (1892); Alfred Russel Wallace: *A narrative of travels on the Amazon and Rio Negro* (1892); Lucien Adam: *Matériaux pour servir à l'établissement d'une grammaire comparée des dialectes de la famille Caribe* (1893) y *Matériaux pour servir à l'établissement d'une grammaire comparée des dialectes de la famille Tupi* (1896); H. Candelier: *Rio-Hacha et Les Indiens Goajires* (1893); A. Biet: *Les Galibis* (1896); J. De Brettes: *Six ans d'exploration chez les Indiens du Nord de la Colombie* (1898); Christlieb Quandt: *Des herrnhuter glaubensboten Christlieb Quandt nachricht von der arawachischen sprache, besonder und unverändert herausgegeben von J. Platzmann* (1900); Willian Henry Brett: *A short grammar of the Languages of the Arawakan indians, British Guiana* (1900-1902); Daniel Brinton: *The American Race* (1901); C.H. de Goeje: *Etudes linguistiques Caraïbes* (1909); Rudolf Schuller: *Las lenguas indígenas de la cuenca del Amazonas y del Orinoco* (1911); E. Nordenskiöld: *Indianerleben* (1912); Alexander Francis Chamberlain: *Linguistic stocks of South American Indians, with distribution map* (1913); Gustaf Bolinder: *Einiges über die Motilon-Indianer der Sierra de Perijá (Kolumbien)* (1917) y *Die Indianer der tropischen Schneeberge* (1925); Max Schmidt: *Die Aruaken* (1917); Ehrenreich: *Die Ethnographie Sudamerikas im Beginn des 20*; W.C. Farabee: *The Central Arawak* (1918); Pedro Fabo: *Etnografía y lingüística de Casanare* (1919-1920); James Williams: *The Arawakan indians and their languages* (1924); Carrol L. Riley: *La langue Tunebo* (1924) y *La familia lingüística Timote* (1927); Wilhelm Schmidt: *Die Sprachfamilien und sprachkreise der Erde* (1926); Bonifacio María de Olea: *Ensayo gramatical del dialecto de los Indios Guaraunos* (1928); Johannes Williams: *The Warau indians of Guiana and vocabulay of their languages* (1928-1929); José Alemany y Bolufer: *Acerca de una particularidad de la lengua Achagua* (1929); T. De Booy: *The Language of the Macoas (Motilonos)* (1929) (Pérez 1988: 148-149).

lenguaje: el retrato lexicográfico de Venezuela. Arístides Rojas (1826-1894) no pierde ocasión para publicar los primeros esbozos y logros de las dos obras más hermosas que dedicara al lenguaje: *Ensayo de un diccionario de voces indígenas de uso frecuente en Venezuela* (1881) y *Cien vocablos indígenas de sitios, ríos, alturas, vecindarios, pueblos, ciudades y naciones, en los Valles de Caracas, del Tui y de la costa venezolana* (1882). En esta última, da en la diana descriptiva al privilegiar, por encima de otros asuntos, el análisis de los topónimos para la reconstrucción de los orígenes lingüísticos nacionales. Son, sin duda, los nombres de lugar los primeros nombres en vivir y los últimos en desaparecer.

Un acontecimiento singular inunda de entusiasmo los años venideros y sacude las certezas de la actividad lingüística en la Venezuela del siglo XIX: la fundación de la Academia Venezolana, en 1883. Obra de Antonio Guzmán Blanco (1829-1899), Presidente de la República, ante la insistente e interesada gestión del escritor y filólogo Julio Calcaño, la decana de nuestras corporaciones académicas vendrá a cumplir misiones muy destacadas en los años finales de la centuria. Entre otras, las que quedan recogidas en sus dos primeras publicaciones: entregas sucesivas de los resúmenes con la minuta de las gestiones y las cuentas de los primeros años de ejercicio de la institución. Así, con el título de *Resumen de las Actas de la Academia Venezolana* se presentarán, en 1884 y 1886, los aportes al diccionario académico español, como parte del compromiso exigido por la corporación matriz, la Real Academia Española, de la que la venezolana resulta correspondiente, en torno al léxico criollo y a la gestión de las lenguas indígenas. El primer *Resumen* se ocupa, en consecuencia, en ofrecer un repertorio de venezolanismos como contribución al DRAE. Por su parte, el segundo *Resumen* reunirá un conjunto de vocabularios de lenguas indígenas venezolanas, como parte de un proyecto de recolección y de exploración lingüística de la geografía nacional que, irrenunciablemente, hace historia.

Hará historia, también, la polémica pieza oratoria con la que queda instalada la corporación académica, obra de su fundador Guzmán Blanco y cuya lectura agotadora se desarrolla en dos interminables sesiones, llevadas a cabo en dos días sucesivos de asamblea inaugural (26 y 27 de julio de 1883). Entre otros propósitos de estudio y previa declaración de los aciertos impuestos por el destino al ilustre mandatario para encaminar, finalmente,

sus vocaciones intelectuales y de escritor, intenta, con la más negra de las fortunas, convencer a su auditorio sobre el origen vascuence de la lengua española, en flagrante desatino académico y en notorio desconocimiento de los alcances de la ciencia romanística moderna. Lloverán las críticas desde los flancos de ataque más inesperados y desde latitudes de interés nunca imaginadas. Habría que referir, entonces, los cruentos y obstinados señalamientos que recibe el académico Guzmán Blanco de una nómina de celebridades entre las que destacan el hosco marqués de Rojas (José María, hermano de Arístides Rojas), Víctor Antonio Zerpa (desde su exilio curazoleño) y Andrés Jorge Vigas, al momento mismo de la presentación del discurso; las de Manuel Segundo Sánchez, en tiempo más contemporáneo; y, muy especialmente, las que recibe la pieza en Europa, más allá de España, en la voz del afamado romanista austríaco Hugo Schuchardt, quien no puede dejar de subrayar que las desentonadas ideas de Guzmán Blanco pertenecen más al siglo XVII que al XIX.

Muy a pesar de estos comienzos, cumpliría la corporación y cumplirían algunos de sus académicos²⁶ notables tareas de investigación para la comprensión del español venezolano, su descripción y su divulgación, siempre con la meta final de enriquecer la sección venezolana del diccionario académico, el máspreciado de todos los proyectos lexicográficos en el mundo hispánico desde el siglo XVIII y hasta el presente. El peso exigido por estos empeños recaería nada menos que en Julio Calcaño (1840-1918), el primer Secretario Perpetuo de la Academia Venezolana, y la figura más prestigiosa de la lingüística de su tiempo. Admirado y proscrito a la vez, centro de todas las miradas intelectuales y científicas de su tiempo, temido crítico literario y lingüístico, blanco de las invectivas más agudas y dolorosas que recuerden nuestros estudios sobre el lenguaje

²⁶ Además del discurso de Guzmán Blanco, habría que destacar, en este sentido, otros textos de incorporación a la Academia Venezolana sobre temáticas lingüísticas, pronunciados durante el siglo XIX: *Las lenguas latina y griega en la formación del castellano* (1890), de Daniel Vizcaya; y *El estudio del lenguaje y su importancia en las ciencias naturales y las históricas* (1899), de Rafael Villavicencio. Ambos casos se traducen en significativos aportes a la lingüística de este período. El del Presbítero Vizcaya, principalmente, por la revisión de la bibliografía comparativa y orientalista, en donde se destaca la participación del sanscritista caraqueño Félix E. Bigotte; mientras que el de Villavicencio, por la revisión de la lingüística como ciencia natural o como ciencia histórica a partir de la filiación a los principios del indogermanista August Schleicher, como se sabe, uno de los tópicos más centrales en toda la lingüística decimonónica europea. En otro sentido, estos trabajos restablecerían, frente a los desatinos guzmancistas en materia de lenguaje, el sentido de la ciencia lingüística venezolana.

coloquial o estético, Calcaño sobrevivirá a todas estas tormentas en una larguísima vida (motivo también de providencial recriminación), rígida y disciplinada, firme desde sus primeros tiempos y hasta sus últimos momentos en la misión de ordenar el desarticulado espectro de nuestras actividades de lenguaje y literatura, será conducida por una sordera fisiológica y espiritual –rectilínea, en suma-, hacia destinos tan loables como ingratos. Producirá el texto más notable de nuestra ciencia decimonónica del lenguaje, después de Bello, Baralt y González: el prodigioso tratado sobre *El castellano en Venezuela*, biblia de nuestra comprensión de este tiempo sobre lo que Venezuela significaba como lengua española general y regional. Se publicará en 1897, grabándose así una nueva fecha en los anales de la lingüística nacional. El escalofriante subtítulo de la obra: “Estudio crítico”, hará temblar de ira a más de una inteligencia y de satisfacción a más de un preceptor. Calcaño establecerá con esta obra el norte de todas las concepciones del purismo lingüístico en Venezuela. Entenderá a medias la solvencia de los usos léxicos diferenciales venezolanos frente a los peninsulares o panhispánicos, cuestionará la presencia de indigenismos léxicos en nuestro español y les buscará orígenes más nobles en las lenguas antiguas más exóticas y de más distante cultura (sánscrito, hebreo, árabe, japonés, turco y malayo), inclinará sus dotes al cultivo de un hispanismo sumiso y acrítico, nunca reconociendo la nobleza de las realizaciones de una literatura nacional que se esforzaba por crecer entre el desgaste de la insistencia caudillista de su siglo; en definitiva, creará que cualquier desvío a la norma regular de la lengua debe entenderse como producto bárbaro de necesaria fulminación. Por otra parte, su lectura del habla de Venezuela considerará no sólo lo distintivo frente a otras variantes del español, sino que, al contrario, vislumbrará adelantadamente la posición descriptiva de los repertorios léxicos modernos que implican lo común con lo regional contrastivo, lengua general española con lengua española particular como hoy quieren muchos lexicógrafos notables (en nuestros espacios de investigación, el profesor Hugo Obregón, del Instituto Pedagógico de Caracas hizo breve intento en esta dirección que para la lexicografía hispanoamericana ha llevado con éxito el estudioso mexicano Luis Fernando Lara). Se quiera o no, Calcaño y su obra condicionaron la actividad lingüística de los años finales del siglo XIX y de los primeros del XX, le dieron una forma, generaron productivas reacciones y, sobretodo, hicieron que la lengua y la

lingüística no dejaran de ser tema sustantivo y definitorio del pensamiento científico y estético en la cultura venezolana.

De una u otra forma, los estudios sobre el español venezolano se verían tocados tanto por una consideración purista como, ya en ruta de modernidad, por un sentido descriptivo de los rasgos léxicos y morfológicos que marcaban diferencias significativas con otras variedades dialectales del español americano y, especialmente, con la variedad dialectal que suponía, aunque no se entendiera así en este momento, el propio español de España. Se elaboraron algunas obras notables, a la espera de los trabajos de Lisandro Alvarado: *Colección de medicamentos indígenas y sus aplicaciones, extraídos de los reinos vegetal, mineral y animal* (18??), de Gerónimo Pompá; *Vocabulario acribológico* (1871), de Manuel María Ponte; *Apuntaciones para la crítica sobre el lenguaje maracaibero* (1883), de José Domingo Medrano; *Voces nuevas de la lengua castellana* (1889), de Baldomero Rivodó; *Diccionario de barbarismos cotidianos* (1890), de Juan Seijas; "Etimologías zulianas" (1890), de Adlfo Ernst; "Voces" (1890-1891), de José Martí (el escritor cubano, en el transcurso de sus viajes americanos, recogió y explicó un conjunto muy sustantivo de voces del continente. Las determinantes y significativas unidades relativas a Venezuela, como producto de su rica estadía en el país y de su asimilación profunda a la cultura venezolana, motivaron, en 1953, a Ángel Rosenblat, a elaborar uno de los estudios más importantes de la lexicografía del siguiente siglo: "Los venezolanismos de Martí"); "Diccionario de galicismos y de voces superfluas" (en *Manual de literatura*) (1891), de Felipe Tejera; "Términos de esgrima equivalentes en castellano, francés, italiano e inglés" (en *La esgrima moderna*) (1891), de José Gil Fortoul (una curiosa y adelantada muestra de lexicografía tecnolectal, obra de este renombrado historiador y escritor); *Diccionario Patrio. Colección de palabras, giros, refranes y otras particularidades del lenguaje venezolano* (s.f.), de J.M. Núñez de Cáceres; "Idiotismos y barbarismos de los venezolanos" (s.f.), de José María Rojas; *De mi cartera* (s.f.), de Pedro Fortoul Hurtado; entre muchos otros estudios menores y artículos en periódicos y revistas.

Esta dotación, además, será muy productiva en otras manos y en otras concepciones del trabajo lingüístico en el rico final del siglo. Junto a lo que la lingüística indígena construyó

en función de una próspera posteridad de estudio, tendríamos que evaluar lo que autores como el citado José Domingo Medrano (1842-1889), para el conocimiento del español regional, y el curioso estudioso Félix E. Bigotte (1833-1907), para el conocimiento general de las lenguas, representaron.

Desde el Zulia, Medrano, el mismo año en que se crea la Academia Venezolana (1883), publicará una obra que no puede calificarse menos que de imprescindible y fundadora: *Apuntaciones para la crítica sobre el lenguaje maracaibero*. Se ha propuesto, siguiendo el ejemplo trabajado por el colombiano Rufino José Cuervo en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, del que las de Medrano son declarado resultado inspirador, reunir y explicar un conjunto de voces características del habla de Maracaibo y del Zulia. Quiere, así como en el estudio del español criollo se hace frente al español peninsular o general, establecer contraste entre lo maracaibero y lo general venezolano como método de investigación lexicográfica. El producto, así las cosas, no será sino el primer diccionario regional y de marcación diatópica en nuestra ciencia lexicográfica (Pérez 1996a).

A otra concepción del trabajo lingüístico se destina la producción de Bigotte. Comparatista y mitridático, este lingüista caraqueño, nacido en 1833, político y polémico por su célebre e infausto *Libro de Oro* (1868), escrito contra Guzmán Blanco y Falcón, músico y escritor literario e histórico, se retirará de la vida pública para dedicar las últimas tres décadas de su existencia a la confección de una prodigiosa *Gramática latina comparada con diez idiomas*, en donde cinco lenguas muertas y cinco vivas entran en fructífero diálogo para la determinación de orígenes comunes o diversos. Brillante orientalista, Bigotte, discípulo del renombrado Émile Bournuf, alimentará la ciencia venezolana con referencias sánscritas, en los albores del siglo de la lingüística sánscrita, y ofrecerá nuevas aplicaciones al método comparativo, en el final del siglo de la lingüística comparada. Con Bigotte, finalmente, nuestra lingüística se pone a tono con la ciencia del lenguaje, esa portentosa *Sprachwissenschaft* con que la ciencia alemana anuncia el nacimiento de la modernidad lingüística. Los diez inmensos tomos que componían esta *Gramática latina comparada*, nunca publicada y hoy desaparecida, hacen de este prodigio materia utópica y mítica de lo inadvertido venezolano. Responden, tanto la obra culminada

y su situación inédita, a la amplificación de las metas de una lingüística que quiere zafarse de los cauces, ya estrechos, trazados por los estudios venezolanos, ocupados, en un territorio multilingüe, solamente de la lengua española²⁷.

Este aliento y este espíritu de amplitud, desapercibido hasta para sus propios creadores, será el que propicie el nacimiento de una lingüística que se entienda en la diversidad dialectal de la lengua española en Venezuela y, especialmente, que entienda la diversidad lingüística de Venezuela, tierra de lenguas. En definitiva, además de los avances en las tareas de recolección y descripción del español y de las lenguas indígenas en gramáticas y diccionarios, será éste el saldo cultural que dejará abierto el siglo XIX para las siguientes generaciones de lingüistas. Rutas que se inauguraron para alcanzar el Parnaso de la lengua, que serían otros los llamados a alcanzar. La fábrica de tradiciones que desde su origen significó la lingüística venezolana fecundaría tanto en caminos ensayados o intransitados en ese tiempo de Parnasos que fue nuestra centuria diecinueve. Consolidados esos paraísos científicos, muy pronto el rico laboratorio de los hitos haría su aparición para caracterizar la lingüística venezolana del siglo XX, a la que, irremisiblemente, pertenecemos en formación y corazón. Quizá, entonces, sea éste el momento de alcanzar el Parnaso que otros abrieron por nosotros y de abrir los nuevos que otros alcanzarán, irrenunciablemente también, por nosotros mismos.

²⁷ Con el título de: "Las ruinas de Akâra. Lingüística sánscrita y orientalismo en Félix E. Bigotte", ha sido evaluada, en el marco del orientalismo lingüístico venezolano del siglo XIX, en la Tesis Doctoral de Francisco Javier Pérez (Universidad Católica Andrés Bello, 2003), la vida, obra y significación de este curioso y exótico sanscritista. También, un primer resultado de esta investigación ya ha sido publicado: *Orientalismo en Venezuela. Historia de la lingüística sánscrita* (Pérez 2004).

III

El laboratorio de los hitos

El siglo XX y la actualidad

Historia en la lingüística y en la lengua

Desde los primeros años del siglo XX, la reflexión lingüística quedó signada por la evolución sociocultural del país. Susceptible a los avatares de la vida política y a los progresos de la economía y la industria, el acercamiento que estudiosos y hombres de intelecto, curiosos por comprender las relaciones entre nuestros modos de hablar y los procesos que se estaban desarrollando, así como la producción de textos lingüísticos, fundamentalmente gramáticas, diccionarios y ensayos sobre problemáticas relativas al lenguaje criollo, comienzan a retratar el tono de la vida del país y a manifestar afecto y repudio por algunos de los cambios que se comenzaban a generar.

La descripción que la lingüística hizo de la lengua de Venezuela ofrece una de las visiones más auténticas de cómo la idea del progreso, la transformación nacional, la aparición de riquezas, el éxodo campesino, la modernización lenta de las capitales nacionales, la agudización de las diferencias socioeconómicas, las luchas ideológicas, el afianzamiento de los credos, la sofisticación de la cultura y el mejoramiento del quehacer cotidiano gracias a una lentísima adaptación a la tecnología; en definitiva, la construcción de un nuevo país, ajeno al agrarismo y esperanzado en su porvenir, junto al ascenso de un nuevo hombre, poblado de ilusiones y sueños por lo grande, van a condicionar nuestra comprensión de la historia en la lengua y en la lingüística y de éstas en la historia de un país, todo promesas de grandeza.

Esta convulsión del hombre y de la sociedad en la Venezuela de los primeros treinta años del siglo puede ser rastreada, también, por la aparición de un nuevo lenguaje y de una forma nueva de explicarlo. Palabras, giros y expresiones que nos hablan de cosas nuevas, de nuevas interpretaciones y acercamientos a las materias que conforman el pensamiento y la realidad de este ciudadano en transformación y cuyo rasgo más definitorio es su fe en la libertad. Mientras los últimos regímenes caudillistas hablan del estertor del siglo XIX, el lenguaje va siendo habitado por especies nuevas y la lingüística venezolana sustentada por los principios de una ciencia que comenzó por apellidarse *positiva* y que ahora es, simplemente, ciencia.

Efectivamente, la ciencia positivista generó una actividad muy prolífica en el campo de la reflexión lingüística. Hijos de la Neogramática de estirpe alemana, los lingüistas positivos construirán la descripción más asombrosa desde los tiempos de Andrés Bello en materia de lenguas -las lenguas indígenas de Venezuela- y de lenguaje, el lenguaje coloquial venezolano.

Estudiosos de entresiglo, historiadores y etnógrafos de lo venezolano, como Alfredo Jahn, Pedro Manuel Arcaya, Tulio Febres Cordero, Julio César Salas, Amílcar Fonseca, Bartolomé Tavera Acosta, Samuel Darío Maldonado, José Gil Fortoul y Lisandro Alvarado, dedicarán los esfuerzos más sistemáticos a entender la esencia de lo venezolano a través del estudio del pasado más remoto conocido y a tratar de difundirlo. Pasado salvaje y primitivo que ofrecía explicaciones para un presente progresista y evolucionado que postulaban y defendían como norte y logro de la ciencia, estudian las lenguas indígenas pasadas o las presentes entendidas como vestigios de lo pretérito y la lengua actual, viva y seductora, el fuerte idioma de Castilla en suelo venezolano, suavizado por un decir dulce y poblado de aromas. De toda esta escuela de sabios y estudiosos del lenguaje será Lisandro Alvarado (1859-1929) el más notable como dedicación coherente a la comprensión lingüística del país.

Ajeno a todo preceptismo, Alvarado construye una descripción extensa y sistemática del léxico venezolano. Sus dos obras mayores, el *Glosario de voces indígenas de Venezuela* (1921) y los *Glosarios del bajo español de Venezuela* (1929) están definiendo un interesante perfil de ese país extenuado de siglo XIX y urgido de XX verdadero. Hay que recorrer a Alvarado, porque hacerlo es transitar la esencia más regia de la Venezuela del primer cuarto del siglo XIX a través de su lengua.

El primero de sus glosarios sella, como repensamiento de la cultura venezolana, la participación indígena impresa en la lengua. Clásicos del léxico de sangre indígena: tainismos, caribismos y aruaquismos son, una y otra vez, descritos e invocados en sus repercusiones ancestrales: *ají, arepa, budare, caraota, chicha, chiripa, danta, guamazo, jojoto, macaco, mango, naiboa, petaca, sabana, titiaro, ture, urao, yare, yuca, zamuro*, entre muchos otras. Estas palabras dejan una constancia sobre los esfuerzos de la generación positivista por reconstruir los orígenes venezolanos y, al mismo tiempo, en el proyecto de Alvarado, ahondan en el rastreo de un sector determinante de nuestra nacionalidad lingüística: “Hémonos dado a la tarea de catalogar y definir las recogidas en nuestra patria con el doble objeto, y ello cuando fuere posible, de establecer su antigüedad y abolengo y de señalar su uso apropiado en el país, bien entre el vulgo, bien entre literatos” (Alvarado 1953: 3).

El mismo año en que se publica el trabajo de Alvarado, 1921, aparece, también, un texto narrativo de importancia sustantiva. Se trata de la novela *Tierra Nuestra (Por el río Caura)* de Samuel Darío Maldonado. No por casualidad este libro hace un uso muy notable del léxico indígena de raíz venezolana. Llega su autor, incluso, a elaborar un “Vocabulario” como apéndice al texto novelístico, por demás muy sustantivo como incorporación del léxico indígena al repertorio general del español venezolano. Las mismas palabras que Alvarado ha descrito con ciencia, aquí están registradas con simplicidad para

decodificar el universo indígena en el pensamiento del lector. Revelan las necesidades de nuevos receptores deshabitados a la comprensión de un mundo que el lenguaje muestra como diferente. Una de las claves la ofrece hasta la primera frase del texto: “Pero ¡qué cambiado le parecía todo aquello!” (Maldonado 1921: 5).

Sin embargo, los *Glosarios del bajo español de Venezuela* ofrecerán los insumos fundamentales para entender el pensamiento etnolingüístico de Alvarado y de todo este momento. En su doctrina tendrá un fuerte arraigo la búsqueda de un hablante distanciado de los purismos y de los formalismos técnicos, aquél usuario común del diccionario que se acerca al texto para privilegiarlo como conocimiento auténtico del mundo y de sus realidades: “Los académicos, los filólogos, los literatos, no sacarán por de contado gran provecho de este estudio, que ha sido arreglado tan sólo para aquéllos que no tienen espacio u holgura que les permita observar con esmero las causas y elementos que han modificado el castellano en Venezuela. Es el caso en que están muchos de nuestros agricultores y criadores, cuyas atenciones y energías se absorben en la vida campestre, y los extranjeros y viajeros que exploran y estudian nuestra patria y sobre todo nuestro lenguaje con limitados recursos bibliográficos” (Alvarado 1954: I, 19).

En un texto temprano, “Ideas sobre la evolución del español en Venezuela” (1904), Alvarado había consignado los postulados teóricos sobre los que descansarán, muchos años después, sus prestigiosos glosarios. Siguiendo a Bello, sale, en repudio a la norma rígida, en defensa de aquellas voces y acepciones que designan lo propio de la realidad y naturaleza venezolanas, así como acepta la legitimidad de neologismos formados a partir de raíces castellanas, siempre en la idea de que estas palabras nuevas están, sencillamente, respondiendo a nuevas necesidades expresivas de una cultura material, también nueva: “Tales voces están de ordinario formadas con toda regularidad, y o no son superfluas o se hallan ser de todo punto necesarias para expresar nuevas

ideas u objetos” (Alvarado 1954: I, 5). Los arcaísmos, asimismo, son vistos en una dimensión enriquecedora de la lengua: “El frecuente empleo de locuciones tales como *arfil*, *coluna*, *costitución*, *dotor*, *nacencia*, *otubre*, *parasismo*, *soberado*, *tiricia*, *ensotarse*, *guayar*, *agora*, *ainas*, *aposta*, *arreo* (adv.), *asina*, *cuantimás*, *cuasi*, *endenantes*, al que esté prevenido le persuadirá de que quien las profiere debe de ser gente zafia y mal educada. Sin embargo, eso es castellano y del mejor que se halla (sic) hablado” (Alvarado 1954: I, 6).

Reconocido muy pronto por sus contemporáneos como centro de la actividad lingüística del momento, el pensamiento y la obra de Alvarado se convertirán en paradigmas de lo que en Venezuela significa hacer lexicografía moderna. Mientras tanto, los estudios gramaticales, aletargados desde los tiempos del avasallante Andrés Bello, no ofrecerán ninguna producción que deba hoy robarse al olvido.

Años de silencio y de tanteos fallidos seguirían después de Alvarado. Y este silencio de la lengua y de su reflexión era correspondido por el silencio de un país que se despedía, finalmente, de sus arraigos decimonónicos. Muchos adioses se estaban generando: el adiós al agrarismo exánime y al caudillismo incontrolado, el adiós a la vida pequeño burguesa y pueblerina, el adiós a una cotidianidad conformista y a un pensamiento resignado que desconocía la libertad y, en materia de lenguaje, el adiós a los afanes controladores del purismo y de los puristas que aún no entendían la riqueza expresiva de nuestro hablar venezolano. Venezuela aspiraba, a la caída de la dictadura del Juan Vicente Gómez, a ser nueva, moderna y libre. La lengua de Venezuela se va llenando de voces inéditas provenientes de las industrias nacientes, de los nuevos órdenes políticos en el paso hacia formas novedosas de ideología y de conducción y, también, de la angustiosa fiebre por el progreso y la modernización que agita en el país a todas las inteligencias y que mueve todas las producciones materiales y espirituales. Ante este país, la reflexión lingüística, después del año 1936, hará silencio. Llenaría la obra de Alvarado durante este

tiempo de paréntesis en la producción de diccionarios y de obras de descripción y comprensión de nuestro léxico todo el campo de nuestra actividad lingüística. Años de formación para muchos maestros y estudiosos que, con el correr del tiempo, renovarían nuestra lingüística para darle, entonces, un sentido moderno.

Sin embargo, estos años de formación científica en nuestra lingüística producirían algunos frutos no del todo desestimables. Fundamentalmente, obra de “afición” más que de “profesión”, estos trabajos, pequeños léxicos y piezas de gramática pensadas para la educación, mantendrán vivo el pensamiento lingüístico en un país de cambios muy sustantivos. Proponían un sentido del orden ante el caos de las posibilidades nacionales, una nueva ciudadanía política y cultural.

Los campos de interés ensayados en estos trabajos abrieron, por otra parte, nuevas posibilidades de investigación. Desde estudios que recogían voces venezolanas hasta repertorios terminológicos, el entusiasmo que producen estas piezas, dispares en sus logros, constituyen los pequeños dominios sobre los que descansan los textos estelares de la especialidad. Por otra parte, la lengua de Venezuela descrita en ellos es pura expresión de nacionalidad, criollismo y presencia de la tierra y de su gente.

Manuel María Villalobos (*Humoradas filológicas*, 1906), Víctor Manuel Ovalles (en *El llanero*, 1906: “Vocabulario de los provincialismos que figuran en esta obra”), Gonzalo Picón-Febres (*Libro raro: voces, locuciones y otras cosas de uso frecuente en Venezuela*, 1912), Emilio Constantino Guerrero (*Diccionario filológico*, 1915), Pedro Montesinos (*Venezolanismos y americanismos*, 1916-1918), Francisco Pimentel (Job Pin) (*Enciclopedia Sigüí. Recopilación de las voces más usadas del argot venezolano, escogidas y aumentadas*, 1916; *Enciclopedia espesa, antes Sigüí*, 1931), Andrés Jorge Vigas (*Bromeando. Adefesios de uso entre intelectuales*, 1923), Francisco A. Rísquez (*Al margen del léxico*, 1934), Víctor Manuel Ovalles (*Frases criollas*, 1935;

Más frases criollas, 1935) y, entre otros, Aníbal Lisandro Alvarado (*Vernaculismos*, 1953), hijo del prominente lexicógrafo, se encargaron de elaborar los vocabularios y las observaciones generales sobre el habla del país. Asimismo, escritores como Jesús Semprum propiciaron jugosos comentarios y agudas reflexiones sobre el estudio del castellano nacional (*El estudio del castellano*, 1938).

Una de las figuras más destacadas del período que media entre Alvarado y Rosenblat es la del Pedro Grases. Obra lingüística que transcurre en una zona franca cuyos extremos son la lexicología y la lexicografía, en definitiva, el estudio del léxico venezolano y su armazón filológica hispánica, Grases producirá un sólido y atractivo conjunto de estudios y ensayos históricos y bibliográficos de cautivadoras cualidades. Ha buscado, no sólo reunir y evaluar el haber de las disciplinas léxicas, sino desenredar algunos problemas descriptivos sustantivos de primer orden para el conocimiento del habla nacional: las fórmulas de tratamiento, la semántica del desorden, los nombres de las monedas, la nomenclatura de la diversión, las temáticas filológicas, las contribuciones de autor en la perspectiva de la historia de la lingüística (entre otros: Acosta, Alvarado, Baralt, Bello, Cuervo, González, Rosenblat), la semántica hispanoamericana, la didáctica del español, los estudios de castellano y su tradición. El registro de estos aportes es, además de elocuente, materia de permanente revisión: "El castellano en América" (1939); "Estudios de castellano. Bibliografía" (1940); "Los maestros y el castellano en Venezuela" (1941); "La filología del castellano en Hispanoamérica" (1942); "Acerca del grupo ZC de la conjugación castellana" (1942); "Fórmulas de tratamiento en Venezuela en la época de la Independencia" (1943); "*Semántica americana*, de Augusto Malaret" (1943); "*Apuntes de castellano*, de Octavio Harry" (1943); "*Del porqué no se escribió el Diccionario matriz de la lengua castellana de Rafael María Baralt*" (1943); "Sobre el recto y propio significado de la expresión de *actuales emisiones*" (1944); "Simplificación de la analogía en gramática castellana" (1945); "Don Rufino José Cuervo, conjunción de tres filólogos

venezolanos" (1945); "*Notas al castellano en la Argentina*, por Ricardo Monner y Sans" (1945); "*Galerón en Tierra Firme*" (1947); "*Locha*, nombre de fracción monetaria en Venezuela" (1949); "*Liberal*, voz hispánica" (1950); "La idea de *alboroto* en castellano. Notas sobre dos vocablos *bululú* y *mitote*" (1950); "La obra lexicográfica de Lisandro Alvarado" (1954); "Un texto escolar de castellano y literatura" (1960-1961); "Algo más sobre *Liberal*" (1961); y "*Filibustero* y su nueva definición, abolida su acepción de *Patriota Americano*" (1967). Hasta el final del siglo, Grases ha seguido la actividad lingüística venezolana en estudios filológicos, reseñas, prólogos y textos de talante muy diverso: "Las cédulas lexicográficas de Cecilio Acosta" (1981); "El idioma, vínculo de unidad" (1981); "La edición crítica de la *Gramática* de Bello" (1982); "La edición crítica de la *Gramática* de Andrés Bello, realizada por el Dr. Ramón Trujillo" (1983); "El *Léxico Constitucional Bolivariano*" (1983); "Notas lexicológicas. 1. Guáramo. 2. Restearse, resteadado, resteo. 3. Liqui-liqui (liqui-lique, lique-lique)" (1884-1987); "Crisis, ¿o ahorro forzoso y saludable?" (1986); "Ángel Rosenblat, maestro (1902-1984)" (1987); "*Glosario de términos de transporte terrestre usados en Venezuela*" (1988); "Los tiempos verbales de la conjugación castellana en Andrés Bello y Rasmus Rask, por Josefa Dorta" (1989); "Ensayos filológicos de Jaime Tello" (1992); "*Diccionario del habla actual de Venezuela*" (1994); "Rufino José Cuervo (1844-1911)" (1995); "*Las lenguas romances*, por Fernando Arellano S.J." (1996); "La obra del Padre Fernando Arellano" (1996); y "Juan Coromines, un romanista insigne" (1997).

La perspectiva regional también estuvo presente en textos de este período. Se sucedieron, respondiendo a este espíritu, muchos trabajos que privilegiaban las hablas regionales. El mundo interiorano y campesino pasaba a reclamar su puesto en el ámbito de la lengua. He aquí un grupo de títulos: "Algunas voces usadas en el Estado Trujillo, no incluidas en los Glosarios de Alvarado" (*Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, N° 3, 1934), de Mario Briceño-Iragorry; "Algunas voces usadas en el Estado Trujillo" (*Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, N° 3, 1934), de Manuel María Villalobos;

“Diccionario de Provincialismos” en la *Enciclopedia Larense* (1941-1942), de R.D. Silva Uzcátegui; “Voces recogidas en Zaraza (llanos del Guárico)” (*Archivos Venezolanos de Folklore*, N° 1, 1952), de Francisco G. Chacín; “Lista de nombres familiares y diminutivos usados frecuentemente en la Isla de Margarita” (*Archivos Venezolanos de Folklore*, N° 1, 1952), de Domingo Sánchez. Asimismo, pero con el matiz que imprimía la investigación folklórica, tan activa en este momento, Rafael Olivares Figueroa ofrece unos “Vocabularios” en sus libros *Antología de la nueva poesía venezolana* (1942) y *Folklore venezolano* (1948-1954); y Fernando Calzadilla Valdez sus “Voces de uso corriente en los llanos”, en su libro *Por los llanos de Apure* (1948).

Son frecuentes las contribuciones a otras obras lexicográficas, especialmente las referidas a la participación de la lengua de Venezuela en el diccionario académico. Mario Briceño-Iragorry compondrá un interesante trabajo que busca ahondar en la aportación trujillana en los textos del más notable de nuestros lexicógrafos. Elabora, así, para el *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua* (N° 3 , 1934) un texto que titula “Algunas voces usadas en el Estado Trujillo, no incluidas en los Glosarios de Alvarado”. En la misma publicación de la Academia Venezolana aparecerán otros trabajos en respuesta a similares motivaciones: “Americanismos usados en Venezuela que figuran en la XV edición del *Diccionario de la Real Academia Española*” (N° 33-34, 1942); y “Venezolanismos que no figuran en el *Diccionario de la Real Academia*” (N° 89, 1956), de José Antonio Cova.

Tendría que subrayarse la participación que muy temprano vino a cumplir la Academia Venezolana de la Lengua, como rectora tanto de las motivaciones normativas como del estudio científico del lenguaje en Venezuela. Un buen pulso de estos intereses puede medirse a través de los Discursos leídos por los Académicos en las sesiones de incorporación. Reflejan, tanto avances como retrocesos en la consolidación de la disciplina científica venezolana, y, principalmente, la tradicional vocación lingüística de nuestra cultura: *El idioma*

castellano y su uso en Venezuela (1906), de Pedro Arismendi Brito; *La utilidad de las Academias Correspondientes de la Real Española para el engrandecimiento y conservación del idioma castellano* (1906), de Juan E. Arcia; *Méritos de la lengua española* (1915), de Teófilo Rodríguez; *I. Elogio de Marco Antonio Saluzzo. II. Palabras sobre filología y lingüística* (1915), de Manuel María Villalobos; *Importancia cultural del castellano* (1931), de José Manuel Núñez Ponte (su *Manual de Gramática* sería publicado póstumo por la propia Academia, en 1984, con presentación de René de Sola y estudio de Luis Quiroga Torrealba); *El tecnicismo médico en el lenguaje castellano* (1932), de Francisco Antonio Rísquez; *La evolución del castellano y la influencia de América al enriquecimiento del idioma* (1932), de Eloy G. González; *El idioma castellano, su buen uso y conservación* (1940), de Edgard Sanabria; *Vocablos mal usados en el habla médica y necesidad de preservar las palabras aborígenes* (1942), de Jesús Rafael Rísquez; *Contribución filosófica y filológica que pudieran tener algunas lenguas exóticas en la formación definitiva del idioma castellano* (1943), de Antonio Reyes; *Vocabulario médico y la creación del hombre dentro de su longevidad. Elogio y defensa de la constitución psíquica del Libertador* (1949), de Santos Aníbal Dominici; *Ojeada sobre la formación del castellano. La obra de las Academias* (1952), de Guillermo Trujillo Durán; *Defensa del lenguaje castellano en Venezuela* (1953), de Simón Planas Suárez; *La tarea de conservar el lenguaje en nuestros días* (1955), de Luis Yépez; *El lenguaje como signo de la cultura en todo tiempo* (1955), de Luis Barrios Cruz; *El idioma castellano* (1961), de Julio Horacio Rosales; *Enseñanza y defensa del castellano* (1963), de Roberto Martínez Centeno; *El lenguaje como vínculo social y la integración latinoamericana* (1967), de Rafael Caldera; *El lenguaje erudito, popular y folklórico de los Andes venezolanos* (1970), de Tulio Chiossone; *Las lenguas indígenas venezolanas y el castellano (Sus relaciones y el mutuo enriquecimiento durante 500 años)* (1978), de Cesáreo de Armellada; *Sobre el diccionario dialectal* (1994); *El lenguaje en la formación escolar del niño* (1997), de Luis Quiroga Torrealba; *La nueva nomenclatura del Mundo Sideral, constelaciones y zodíacos de la Venezuela indígena* (1998), de Pedro

Krisólogo Bastard; *Esfuerzo lingüístico: Las Misiones Franciscanas de la Nueva Andalucía y la plenitud del encuentro* (1998), de Blas Bruni Celli; *La utopía de Internet y la paradoja de la comunicación* (2002), de Manuel Bermúdez (Becco 1983; López de Valdivieso 1983; Chiossone 1990). Además, a partir del año 1934, la Academia ha contado con un órgano de difusión de sus aportes: el *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*. En él han quedado recogidas, junto a las intervenciones oratorias de incorporación, las contribuciones de esta institución dedicada al estudio de la lingüística, de la lengua española y del español venezolano (Barceló Sifontes 1983).

Una de las tipologías más representativas de la lexicografía venezolana en el terreno de los pequeños dominios, los apéndices lexicográficos a obras literarias, es practicada con notable profusión. La labor lexicográfica acoplada en calidad de subordinación a los escritos novelísticos, cuentísticos y poéticos, en un período de publicación de importantes textos literarios venezolanos, significa la presencia viva de la lengua de Venezuela en interconexión entre sus producciones intelectuales y la necesidad de decodificación de esa lengua para hablantes que, cada vez más, parecen desconocer los estándares lingüísticos de lo venezolano. A fin de cuentas, uno de los saldos problemáticos de la modernización. Importantes firmas de nuestro mejor acontecer literario son aquí los creadores de pequeños diccionarios. Teresa de la Parra (“Lista de los principales venezolanismos y americanismos que se hallan en este libro”, *Las Memorias de Mamá Blanca*, 1929), Rómulo Gallegos (“Vocabulario de los venezolanismos que no figuran en los últimos diccionarios de la lengua española”, segunda edición de *Doña Bárbara*, 1930), Arturo Uslar Pietri (“Vocabulario de venezolanismos no contenidos en el Diccionario Manual e Ilustrado de la Lengua Española, de la Real Academia [Espasa-Calpe, 1927]”, *Las Lanzas Coloradas*, 1931), Alberto Arvelo Torrealba (“Algunos vocablos de uso regional que aparecen en este libro”, *Cantas*, 1933; “Vocabulario”, segunda edición de las *Glosas al Cancionero*, 1950; “Glosario”, *Poemas infantiles*, 1995), Andrés Eloy Blanco (“Breve vocabulario criollo”, *Angelitos negros y*

otros cantares, 1937; “Explicaciones de algunos vocablos regionales”, *Baedeker* 2000, 1938), Mariano Picón Salas (“Glosario: Algunas palabras criollas empleadas en los relatos”, segunda edición de *Odisea de Tierra Firme*, 1940; “Glosario de algunos venezolanismos”, *Viaje al amanecer*, 1943), Juan Pablo Sojo (“Vocabulario”, *Nochebuena Negra*, 1943), Antonio Arráiz (“Vocabulario”, *Tío Tigre y Tío Conejo*, 1945), Ramón Díaz Sánchez (“Breve vocabulario”, *La virgen no tiene cara*, 1946), Antonia Palacios (“Vocabulario”, *Ana Isabel, una niña decente*, 1949), Mario Briceño-Iragorry (“Glosario”, *Los Riberas*, 1958) y, hasta el novelista español Camilo José Cela (“Vocabulario de venezolanismos usados en esta novela”, *La Catira*, 1955), José León Tapia (“Glosario”, *Maisanta. El último hombre a caballo*, 1976; “Vocabulario” [elaborado por Edgar Colmenares del Valle], *Los vencidos*, 1991), Francisco Herrera Luque (“Glosario”, *Los amos del Valle*, 1979; “Glosario” y “Refranes y locuciones venezolanas”, *Boves, el urogallo*, 1980; “Glosario”, *En la casa del pez que escupe agua*, 1980), Pascual Venegas Filardo (“El lenguaje del venezolano de hoy”, 1980; “El español que hablamos en nuestra América”, 1983; “Perspectivas. Distorsión idiomática en Venezuela”, 1986), Velia Bosch (“Léxico de la novela”, *El recluta* [Virginia Gil de Hermoso], 1980), resultan los difusores más activos de la lengua de Venezuela en aquellos años.

Junto a ellos, las voces de Udón Pérez (“La venganza de Taurepara”, 1904; *Ánfora criolla*, 1913), Ildefonso Vásquez (*La Maracaida*, 1910), José Heriberto López (*Cuentos de Acero*, 1920), Ada Pérez Guevara (*Tierra Talada*, 1939), Agustín García (*Farallón*, 1939), Federico Landaeta (*Rastrillo*, 1939), J. Quintero Quintero (*Muros*, 1942), Eduardo Oxford-López (*Células Nuestras*, 1943), Arturo Briceño (*Balumba*, 1943), Aristyde Calcaño (*Macaurel. Drama folklórico*, 1943), Rafael Díaz Fermín (*Américo América*, 1949), Daniel Uzcátegui Ramírez (*Un palmo de buena tierra bajo el cielo*, 1953), Luis F. Prato (*Mi coronel*, 1953), Tito León (*La Tierra Mía*, 1955), Luis Arturo Domínguez (*El polo coriano y sus variedades*, 1955), Alí Brett Martínez (*Aquella Paraguaná*, 1971; *Paraguaná en otras palabras*, 1974), Leopoldo Camejo H.

(*La venganza de El Zaino*, 1982), José Salazar Domínguez (*Güesped*, s.f.), tienen también importancia ya que responden, casi siempre desde los espacios extracapitalinos, al replanteamiento de lo regional y su aporte a la lengua nacional. El estudio de estos vínculos entre literatura y lexicografía ha sido, además, motivo de trabajos de inspección por parte de estudiosos como Tulio Chiossone (*Léxico y refranero de "Tierra Nuestra" de Samuel Darío Maldonado*, 1972) y Jaime Tello ("*Glosario de Canaima*", 1985). En 1980, la escritora Velia Bosch publicará un *Léxico de la novela*.

En el mismo sentido, hicieron su contribución al estudio y reflexión sobre el lenguaje, especialmente en torno a la preocupación sobre los deterioros lingüísticos y al español nacional o a la inspección lingüística del texto literario, más de un escritor durante el siglo XX. Verdaderos ensayistas de temas lingüísticos, hoy podemos entender estos textos como piezas de una singular filología escrituraria. Firmas estelares de esta estirpe de escritores filólogos, serían las de: José Gil Fortoul ("Las lenguas muertas", 1957 post.), Tulio Febres Cordero ("Liga Protectora del Lenguaje Nacional", 1925; "Sobre lenguaje. Parecemos pobres siendo muy ricos", 1930; "La familia gramatical", 1966; "Lipogramáticos", 1966; "Carta sobre lenguaje", 1966; "Filólogos en pañales", 1966), Santiago Key-Ayala (en *Obras selectas*, 1955: "La descendencia lexicográfica de bolívar" [1944], "La bolsa de las palabras", "Fisiología y patología de vocablos" y "Fisiología y patología de «criollo»"; y, formando capítulo aparte, la singular obra de maestría de lenguaje más que de lingüística, muy a pesar de su académico título: *Monosílabos triláteros de la lengua castellana*, 1952), Mario Briceño-Iragorry ("La fiesta del idioma", 1929; "Gramática social (Limaduras)", 1952; "Hacia una sociedad sin ortografía (Virutas)", 1953; "El español de América", 1954), Mariano Picón-Salas ("Desfiguraciones del idioma", 1951; "Barbarismos y venezolanismos", 1953; "Hablar y escribir", 1961; "La lengua impura", 1961), Juan Liscano ("La palabra viva. Voces de España y América", 1948), Guillermo José Schael ("Los venezolanismos *majunche* y *pepazo*", 1954), Arturo Uslar Pietri ("La lengua

sucia”, 1955), Orlando Araujo (*Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos*, 1955; *Juan de Castellanos o el afán de la expresión*, 1960), Guillermo Meneses (“Lenguaje y delincuencia”, 1956; “Lo que se habla y lo que se escribe”, 1962; “Las buenas palabras”, 1962; “Lo que hablamos y lo que escribimos”, 1966), Luis Beltrán Guerrero (“Le lengua del Rey Sabio”, 1965), Isaac J. Pardo (*Juan de Castellanos. Estudio de las «Elegías de varones ilustres de Indias»*, 1961; en *La ventana de Don Silverio*, 19..: “Nuestros extranjerismos”, “Idioma y personalidad”, “Estímulos expresivos” y “Fabló Mio Cid bien e tan mesurado”), Pedro Díaz Seijas (“Los depredadores del idioma”, 1982), Guillermo Morón (“Sobre el barbarismo indexación”, 1982), Augusto Germán Orihuela (*La identidad por el idioma*, 1982), Velia Bosch (*Lengua viva de Teresa de la Parra. Relectura de la obra de Teresa de la Parra*, 1983), Rafael Cadenas (*En torno al lenguaje*, 1984), Luis Felipe Ramón y Rivera (“Arcaísmos, refranes y otras menudencias habidas en *El Quijote* y en Venezuela”, 1985), María Fernanda Palacios (*Sabor y saber de la lengua*, 1986), Luis Barrera Linares (*El traje narrativo de Trejo*, 1994), Efraín Subero (“El español que se habla en Venezuela”, 1995), José Santos Urriola (“El siglo de las siglas”, 1996; “Ecología verbal”, 1996; “Trabalenguas mentales”, 1996; “El castellano de la corrupción”, 1996), Pálmenes Yarza (“Reflexiones en torno al lenguaje”, 1998), Juan Carlos Santaella (“Contra la lengua”, 1998; y “Contra la lengua”, aunque con idéntico título e intención, un nuevo desarrollo temático, 1999).

Pero el protagonista de la verdadera transformación de nuestra lingüística y de nuestro conocimiento moderno del habla de Venezuela llegaría desde la Argentina en 1947. Se llama Ángel Rosenblat y ha sido discípulo -El Discípulo-, del gran Amado Alonso. Siguiendo los pasos de su maestro, asimismo fundador, concibe la creación de un instituto moderno y científico de estudio del castellano del país: el Instituto de Filología “Andrés Bello” (IFAB) de la Universidad Central de Venezuela. Año 1948. Junto a la creación del instituto, Rosenblat había diseñado un inmenso proyecto de estudio lexicográfico del habla nacional,

que se convertiría en la obra de envergadura de la institución y en el centro de todos sus intereses de investigación.

Con una disciplina nada común y demostrando dotes singulares para este tipo de trabajos, Rosenblat emprende la ingente tarea de elaborar un diccionario de la lengua de Venezuela sobre una base histórica. Labor de paciencia, recogió palabra por palabra y elaboró ficha tras ficha, hasta completar el más asombroso y gigantesco corpus lexicográfico del que nuestra lingüística tenga memoria. Pero, la misma monumentalidad del trabajo hizo que no pudiera terminarlo en los términos en que se lo había trazado. Como reproduciendo un mal augurio impuesto por Baralt, que tampoco pudo poner punto final a su ciclópeo *Diccionario matriz de la lengua castellana* (1850), Rosenblat apenas pudo ver terminado, antes de morir en 1984, el primer tomo de un diccionario de venezolanismos que sólo significaba una parte del que había soñado. Vio crecer, sin embargo, en aumentadas ediciones una obra maestra: *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela* (1955). Ofrece en ella una descripción muy profunda del habla nacional, sustentada en materiales que todavía hoy resultan de utilidad. Se convirtió, gracias a esta obra, en el modelo del conocedor del habla de Venezuela y en la referencia más repetida y manida sobre estas materias. Creó, también, la imagen del investigador moderno en lexicografía.

Bondad y maldad de las palabras implicaban una visión de país. Corren los años de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y el léxico está recalando repudios, encubiertos o visibles, en las jergas, en los lenguajes de los execrados, en los vicios lexicalizados y en las intromisiones de lo extranjero como violación y licencia en una lengua que repudiaba las ataduras de un país sin libertad que, muy pronto, se preparaba para serlo con la llegada de la democracia. Rosenblat definirá a Venezuela en sus palabras, con una serie de seductores y auténticos ensayos en donde los factores de cambio sociohistórico y cultural son entendidos por medio de marcadores léxicos que nos reflejan sus triunfos y fracasos. Escribirá en palpitación de amor y de estudio: “Buenas y malas palabras de la

política”, “El castellano de la radio y la televisión”, “El habla de Caracas en los últimos treinta años (1935-1965)”, “¿Académicos de látigo?” y, entre otros, “Defensa del habla venezolana”.

Estos textos representan las muestras de un emotivo y complejo acercamiento a una epistemología de lo venezolano a través del lenguaje. Uno de ellos, en el que estudió el habla de Caracas, resulta una versión lingüística de los famosos ensayos escritos por Mariano Picón Salas sobre Caracas, capital en transformación de progreso. Rosenblat especifica los rasgos definitivos de esta lingüística epistemológica: “Caracas era en 1935 una modesta capital provinciana de unos 250.000 habitantes que aún habría reconocido Diego de Losada. En treinta años la vieja ciudad de lentos peatones se ha transformado en una portentosa metrópoli de febril automovilismo, inquieta y dinámica, a tono con la última pulsación de la vida moderna; una ciudad monumental –con más de millón y medio de habitantes- que ya no reconocen los caraqueños viejos. Transformación tan profunda, ¿no se reflejará en el habla?” (Rosenblat 1989: II, 277).

Sobre la idea de que la lengua es un reflejo del hombre, Rosenblat fue construyendo una obra que describía, con una singular fascinación estilística, el habla de Venezuela. Léxico, sintaxis, morfología y estilo son implicados en un conjunto de escritos y estudios que suponen la revisión de lo que significábamos como reflexión lingüística. Conocedor profundo de nuestra lingüística, fue capaz en unos pocos años, después de su llegada al país, de erigirse en la autoridad máxima y en la referencia nacional imprescindible en estas materias.

Sus *Buenas y malas palabras* hablaban de un país que se debatía entre una tradición a punto de hacerse arqueológica y una nación que anhelaba ser moderna, pujante y tecnificada. Coexisten en su análisis un corpus diverso de unidades que reagrupaban la tradición lingüística con la creación moderna. *Ñapa, mabita, patiquín, rubiera, pulpería y misia* podrían entenderse como esa

pervivencia de lo tradicional. Junto a ellas, *el apartamento*, *los memoranda* y *la gandola* están hablándonos de tiempos cercanos, de nuevos avances y de modernas transformaciones de la vida. La ciudad, en su idea, arrastraba y generaba la tecnología que las hacía progresar y, además, los vicios y delitos que la degradaban. Grupos sociales marginados o repudiados, desposeídos de la economía o deslastrados de lo laboral, van produciendo un habla particular, jergal, de riqueza y fluidez muy singulares.

Asimismo, repudiando todo purismo incontrolado y patológico, Rosenblat fue capaz de comprender la necesidad de que la educación lingüística fuera considerada esencial en la consolidación de Venezuela como nación moderna. Estudiará los clásicos venezolanos, especialmente a Andrés Bello, para ofrecerlo como modelo de un conocimiento de la lengua ajeno a los rigores del normativismo absurdo. Invocando, en cambio, una preceptiva inteligente, explicará la lengua de Venezuela en sus contrastes de uso que, también, pueden entenderse como dubitaciones de un uso aún no fijado y que revela aún sus inestabilidades entre un modo venezolano y otro peninsular o español general, en suma, el choque entre los nuevos y los viejos usos. Serían muestras representativas de esta situación: *cónsola/consola*, *dilatar/tardar*, *el radio/la radio*, *floristería/florería*, *influenciar/influir*, *mata/planta*, *papa/patata*, *pesa/carnicería*, *pollina/flequillo*, *vidriera/escaparate*.

En este sentido, la reconstrucción de la historia del país a través de la recolección léxica que Rosenblat ofrece, puede ser entendida en su significación más compleja si la observamos en los campos léxico-semánticos que hemos podido establecer como cruciales en su mirada de lingüista. Estos serían:

1.- lo tradicional y lo novedoso. La comprensión que Rosenblat tuvo de la lengua de Venezuela es, permanentemente, un debate entre estos dos conceptos. Son numerosos los textos en donde rastrea el origen de los fenómenos con el puro afán de imprimirles un rango que sólo era posible desde la jerarquía de lo

perpetuado por la tradición. Frente a estos fenómenos definidores de lo lingüístico venezolano, opone aquéllos que son producto de los cambios de la vida social y de los hombres que le aportan su peso espiritual. Nunca reacio a los cambios neológicos, Rosenblat entenderá mejor que ningún otro estudioso venezolano del lenguaje la importancia de la incorporación de vocablos nuevos para el crecimiento de la lengua. Conviven, así, en sus descripciones, las de las voces que consolidan nuestra tradición lingüística (*aguaite, butaque, carriel, caramera, curucutear, flux, hallaca, hato, mabil, mabita, misia, morocho, musiú, ñapa, patiquín, papelón, panela, pava, pelarse, pulpería, rastacuero, refistolero, tercio*) y, en amalgama tan real como la de la lengua misma, las de aquellos vocablos que la fugacidad de los tiempos y el soplo de lo efímero pueden hacer desaparecer en poco tiempo. Así todo, los estudia como muestras muy válidas de la permeabilidad lingüística del habla venezolana (*al caletre, ciudadano, clubs, pensum*).

2.- la herencia indígena. Entre otros trabajos, dedicará sus esfuerzos de síntesis sobre la presencia indígena en la cultura y lengua de Venezuela en un estudio titulado: “El castellano de Venezuela: la influencia indígena” (1955-1957): “He aquí que los nombres indígenas son fantasmas evocadores de un mundo lejano y misterioso, casi desaparecido [...]. Pero la lengua es la sangre del espíritu, y lleva en su caudal bullente y movedido el legado de generaciones y de siglos. Esas palabras son también el testimonio de lo que el indio ha dado a nuestra cultura. Representan la supervivencia del indio. Es su voz que sigue aún resonando entre nosotros. Y esa voz, conducida por las amplias alas de nuestra literatura, se oye hoy a través de mares y continentes” (Rosenblat 1989: II, 276).

3.- las costumbres y los vicios ciudadanos. Posiblemente el menos purista y pudibundo de nuestros lexicógrafos, Rosenblat dedicará algunas de sus mejores páginas a estudiar las voces de los seres periféricos o de las actividades socialmente repudiadas por periféricas o por repudiables. Los mejores ejemplos pueden encontrarse en los artículos que dedicó a los términos de la borrachera en

Venezuela. De inagotable riqueza, el habla va registrando y generando una serie muy profusa de voces y locuciones que califican los grados de emborrachamiento y que definen o nominan a los individuos en cada uno de estos grados (“Tratado general de la rasca”, 1957).

4.- la tecnología y la modernización. Comprendiendo, al menos en sus trazos más gruesos, los postulados que en las sociedades imprimía la modernidad, Rosenblat tratará de calibrar su secuela lingüística. En este sentido, pueden ser ilustrativas las observaciones lingüísticas que adelanta sobre la presencia automotora en nuestras ciudades y sobre la vida de los artefactos en nuestra intimidad ciudadana. La tecnología queda, aquí, anidada en el lenguaje que la nombra, muchas veces *nombre marca* que la comercializa: “El imperativo de la época es correr, aunque no se sepa para qué, ni para dónde [...] El automóvil invade la vida de todos, y se vislumbran los tiempos en que todo quisque, apenas destetado, circule armado de uno” (Rosenblat 1989: II, 279); “Dentro de las quintas y apartamentos la vida doméstica se ha transformado gracias a las *neveras* o *refrigeradoras*, que de ambos modos pueden y suelen llamarse, las *lavadoras*, *aspiradoras*, *pulidoras*, *batidoras*, *licuadoras* (hay quienes prefieren el nombre de *óster* u *osterizer*), etc. Los vendedores le ofrecen a uno una serie de estos y otros artefactos (molino de maíz y de carne, rallador, exprimidor de jugos, licuadora, batidora) con el nombre seductor de *el ayudante de cocina*. Ya no hay *fonógrafos*, y creo que tampoco *vitrolas* ni *electrolas*, sino *radio* con *tocadiscos* y *picot* (de *pick up*), adecuados para organizar *picoteos* (un sustituto de los viejos *arrocitos*) o las bulliciosas *pachangas*. En todas partes, hasta en los ranchos, hay *televisión* (con sus *canales* y sus *antenas*); y en algunas, aparatos de *alta fidelidad* (*high fidelity*), que debieran ser símbolos del hogar, en esta época en que todo, en la novela, en el cine, en la vida, es símbolo, y discos *estereofónicos* (o *estéreos*). No faltan tampoco *transistores*, que lo persiguen a uno por todas partes. La música lo invade todo, mucho más que antes, y hasta los dentistas le arrancan a uno las muelas con *ambiente musical* (hay que agregar la activa colaboración de *motorolas*, *sinfonolas* y *rocolas*, con sus *altavoces*, en

competencia con las notas *dodecafónicas* o *atonales* de *motos* y *gandolas*). El espacio que dejan libre los aparatos de la nueva mecánica doméstica lo llenan los *potes* más variados, una superación de las viejas *latas*” (Rosenblat 1989: II, 278).

5.- corrección y enriquecimiento. En su ensayo “¿Académicos de látigo?” ha dejado consignadas sus ideas en torno a lo que en la lengua de Venezuela debe entenderse por preceptismo y creatividad en los cambios y aportaciones. Su punto de partida es la valoración del habla popular: “Todo uso popular, por disparatado que parezca, tiene su dignidad y su interés lingüístico, y mi oficio consiste en explicarlo” (Rosenblat, 1989: I, 470). Un normativismo mal entendido confundirá habla popular con lengua literaria, aplicándole a la primera las exigencias de la segunda. La corrección lingüística no debe ir nunca en contra del enriquecimiento del lenguaje y de su permanente actividad creadora: “Yo no he dicho jamás, y no creo que nadie lo haya pretendido nunca en serio, que todo uso popular pueda ascender hasta la lengua literaria. En el habla popular hay ante todo un aluvión de usos pasados, que se manifiestan por espíritu conservador. Si un campesino dice *truje* o *mesmo*, me siento conmovido, porque me recuerda a Cervantes, pero no lo admitiría en un alumno de escuela. Además, hay una constante creación de formas nuevas. El lenguaje tiene la pujanza bravía de la selva. ¿Qué es *hojarasca* y qué es *planta noble* y *fina* capaz de dar una flor expresiva?” (Rosenblat 1989: I, 470). Se ocupará del purismo lingüístico en conexión con el tópico de la unidad de la lengua española, en su discurso de recepción como Miembro Honorario de la Academia Venezolana de la Lengua (“El imperativo categórico no parece hoy la pureza de la lengua sino la unidad”, 1974).

6.- la presencia extranjera. Una de las preocupaciones más persistentes de Rosenblat como investigador fue el repudio al extranjerismo irracional. Especialmente, en su visión, la presencia de anglicismos. En su estudio sobre “El habla de Caracas en los últimos treinta años (1935-1965)” (1967), una vez

descrita la problemática, arriba a la idea de que la única forma de suavizar esta influencia, irrefrenable ya que es producto de una dominación de orden extralingüístico, es por la vía del énfasis en las glorias de la propia cultura: “Estamos hoy ante la yanquización de medio mundo. Frente a ella no vemos más que un recurso digno: estimular la lectura de las grandes obras de nuestra lengua, reforzar las bases generales de nuestra cultura. No la pequeñez purista, sino verdadera grandeza cultural” (Rosenblat 1989: II, 285). Sin embargo, no deja de ser reveladora y hasta desmoralizante la pregunta que abre la reflexión: “¿Cabe combatir esa influencia?” (Rosenblat 1989: II, 285). Con una intención diferente, estudiará en un hermoso ensayo los “Italianismos en Venezuela” (1958), coincidiendo con las apreciaciones de Picón Salas sobre la inmigración de mediados de siglo y su influencia benefactora en la cultura de Venezuela, en este caso reflejada en la lengua (*aposta, bolas criollas, eco le cuá, menestrón, mezzanina, motoneta, piñata, tuti li mundi*).

7.- la vida política. Este campo es el que ofrece una imagen patente de la relación entre lengua e historia. Desarrollado en varios textos, es visto desde la peculiaridad expresiva de un político (el vocabulario de Rómulo Betancourt en “El habla de Caracas en los últimos treinta años [1935-1965]”), hasta el análisis de un grupo de unidades terminológicas, de espíritu neológico, acuñadas hacia 1958 que permiten interconectar lengua e historia de forma muy clara: *candidatura extra-partido, los golpistas y el golpismo, connotado personero del régimen, esbirros y peculadores, planchas paritarias y otras planchas* (“Buenas y malas palabras de la política”, 1958) (Rosenblat 1989: II, 208-215). Aquí, más que en otros casos, Rosenblat deja constancia de la fuerza expresiva que la realidad impone a la lengua, reflejo del espíritu de los tiempos: “Nuestra renaciente vida política está acuñando una serie de expresiones nuevas. No sabemos aún el destino que les pueda caber en el desarrollo de nuestro castellano” (Rosenblat 1989: II, 208). Emblemático, el artículo que estudia los nombres de los instrumentos de tortura más famosos en Venezuela, puestos en

práctica por los agentes represivos de los regímenes dictatoriales de Gómez y Pérez Jiménez: “El tortol y el rin” (Rosenblat 1989: II, 205-207).

La obra de Rosenblat llenó con su sabiduría una época muy determinante de la reflexión sobre el hablar venezolano. Paradigma del trabajo lingüístico, nos enseñó disciplinadamente la necesidad de preguntarse sobre el porqué de la lengua; nos enseñó a amar la lengua de Venezuela. Propuso muchos caminos por donde encaminar el estudio del lenguaje. Habló de las cosas del país por medio de sus palabras y mostró que el diccionario, ese universo epistemológico hecho de palabras, era el libro que ofrecería la posibilidad de vernos como en un espejo. Rosenblat, en definitiva, quiso decir, a través de una obra en la que subyace una emoción de esperanza, que la lingüística, más allá de su metodología y rigor de formulación, es conocimiento del hombre y posibilidad para comprenderlo en lo que de más humano tiene: su lengua; esto es: comunicación, pensamiento, afectividad y visión del mundo.

Su personalidad y su penetrante pensamiento de lingüista cautivarán a toda una generación de estudiosos. En primer lugar, desde la cátedra permanente que supuso el Instituto de Filología “Andrés Bello” y desde sus propias cátedras en la Universidad Central de Venezuela, Rosenblat funda una escuela de estudiosos del lenguaje. Sus discípulos, investigadores en el IFAB, profundizarían distintas líneas de investigación, muchas hasta ese momento no inauguradas, constituyéndose en los mejores aportes a la profesionalización de la disciplina en Venezuela. María Teresa Rojas propulsó, más con su tesón que con su propia producción, un grupo de trabajos sobre el habla de Barlovento (*Léxico del cultivo del cacao en una hacienda de Barlovento*, 1975). Por su parte, el tempranamente fallecido Marco Antonio Martínez, a más de sus trabajos de crítica literaria, elaboraría uno de los textos más notables y ricos en valiosos materiales para la reconstrucción de la historia de *Los nombres de las monedas en Venezuela* (1993) (su edición póstuma corrió al cuidado de la Biblioteca Nacional y del investigador Francisco Javier Pérez, quien se encargó de anotar y

prologar la obra [Pérez 1993c]) (Martínez, además, se ocupó de otros sustantivos asuntos lingüísticos, produciendo una colección de estudios para los *Archivos Venezolanos de Folklore*: “Muletillas en la conversación venezolana”, 1952; “Sobre *Colombianismos* del P. Julio Tobón Betancourt”, 1953-1954; “Notas sobre la idea de alboroto y de orden en Venezuela”, 1957-1958. En el *Boletín del Departamento de Castellano, Literatura y Latín del Instituto Pedagógico*, publicaría su valioso estudio historiográfico: “Rivodó y el castellano de Venezuela”, 1966). Aura Gómez, autora de una de las descripciones, ya clásica, sobre el *Lenguaje coloquial venezolano* (1969) (un saldo posterior, reflejo también de su conocimiento del léxico venezolano, lo veremos en *Estructuras binarias en el español de Venezuela: estudio de seis microcampos léxico-semánticos*, 1994). Martha Hildebrandt, de nacionalidad peruana, compone un trabajo singular, prologado como el de la profesora Gómez por el propio Rosenblat, *La Lengua de Bolívar* (1961). María Josefina Tejera quien, veremos más adelante, se encargará de ofrecer un resultado diccionariológico con los materiales del maestro, se dedica primero a la reflexión literaria con su *José Rafael Pocaterra : Ficción y denuncia* (1976). Paola Bentivoglio, sistematiza los aportes de los métodos sociolingüísticos, en una meritoria investigación sobre *El habla culta de Caracas*. Luciana de Stefano, aunque elabora una *Terminología de la vestimenta en Venezuela* (1975), ocupa su interés en el estudio de la historia del español venezolano. Por último, Edgar Colmenares del Valle, centrado en estudios de léxico, hará una primera contribución con un texto notable que describe documentadamente el *Léxico del béisbol en Venezuela* (1977).

Estos estudios significaron una definitiva consolidación de la profesionalización de la especialidad y establecieron permanentemente la necesidad de aplicación de criterios y métodos científicos para la recolección, análisis y reflexión sobre nuestra realidad lingüística. Quizá, de todas ellas, la del profesor Colmenares del Valle constituya en la hora presente, como

desarrollo actualizado de las modernas propuestas de Rosenblat, una de las más duraderas y serias de la lingüística venezolana de este período.

Plataforma de la actual investigación lingüística venezolana, el Instituto de Filología “Andrés Bello” alcanzó momentos de estabilidad, consolidando líneas de trabajo diferenciadas en función del conocimiento del español de Venezuela : 1) elaboración de un diccionario histórico ; 2) estudio del habla culta ; 3) estudio del lenguaje coloquial ; 4) estudios lingüísticos desde la literatura ; 5) estudios del lenguaje desde la historia, entre otros.

¿Cómo fue descrita la lengua de Venezuela, después del impulso sorprendente impreso a las investigaciones por Rosenblat y sus discípulos?. Siguiendo esta misma orientación, la lengua de Venezuela ha exigido, sin embargo, otras aproximaciones y presentado otros logros. Se insiste, todavía, en la idea de que la lengua se transforma en conjunción y acuerdo con las transformaciones de la vida. Venezuela, especialmente en las grandes ciudades, continúa un camino de progreso y tecnificación que modifica las costumbres, hábitos, alimentos, relaciones sociales y laborales, así como le asigna a las manifestaciones culturales un giro radical. Ahora sí, la despedida a la Venezuela campesina es una realidad. Sin embargo, los excesos producen desequilibrios y la densidad de los núcleos urbanos genera inmensos problemas prácticos y de funcionamiento en donde el caos parece ser una nota ya característica.

Un nutrido y meritorio grupo de obras (Colmenares del Valle 1995; Pérez 1992), especialmente dedicadas al estudio del léxico, suministran las evidencias de un progreso de la ciencia del lenguaje y de una creciente preocupación por la comprensión de la lengua como comprensión del país. De nuevo, el estudio facilita su clasificación por áreas tipológicas de interés. Así se entienden trabajos de factura general, tales como *Venezolanismos y otras palabras muy usadas* (1961), de Inés de Müller; “Barbarismos y venezolanismos” (1962), de Mariano Picón Salas; *Sobre el español que se escribe en Venezuela* (1967), de María

Rosa Alonso; *Lenguaje coloquial venezolano* (1969), de Aura Gómez de Ivashevsky, posiblemente la descripción léxica más notable en esta transición de Rosenblat hacia los modernos diccionarios; *Corrección y enriquecimiento del lenguaje* (1969), de Roberto Martínez Centeno; *Unos falsos amigos. Algunas interferencias de lengua, Francés-Español* (1969), de Suzanne Masson de Gay (rara muestra venezolana de un diccionario de *Falsos Amigos*); y *Léxico popular venezolano* (1977), de Francisco Tamayo. A su vez, la descripción de lo regional y distintivo responde a una necesidad de entendimiento de la lengua del país. Muy útiles, aún, los siguientes trabajos: *Vocabulario del hato* (1961-1962), de J.A. de Armas Chitty; *Del habla popular* (1961-1962), de Rafael M. Rosales; *Vocabulario popular de mi tierra del sol; más de 500 palabras del lenguaje zuliano* (1964), *Vocabulario popular de mi tierra del sol. 2ª Parte que contiene más de 500 palabras del lenguaje zuliano* (1965), *Vocabulario popular de mi tierra del sol. Apéndice que contiene más de 100 palabras del lenguaje zuliano* (1966), *Vocabulario popular de mi tierra del sol. Apéndice que contiene más de 200 palabras del lenguaje zuliano* (1967) y, en constante repetición del mismo título para trabajos que crecen en permanente contribución léxica, “Vocabulario popular de mi tierra del sol” en *Tríade* (1975), de Luis Villalobos Villasmil; *Lenguaje zuliano. Castellano, modismos y barbarismos* (1966) y *Lenguaje zuliano (Notas Adicionales) y Andalicismos en Venezuela* (1968), de Rodolfo Luzardo; *Sobre el español que se escribe en Venezuela* (1967), de María Rosa Alonso; *Diccionario de andinismos* (1969), de Jaime Ocampo Marín; *El habla popular en el Estado Mérida* (1972), de Andrés Márquez Carrero (autor dedicado, además, al estudio de la obra de Julio César Salas, ha hecho algunas contribuciones críticas a partir del diccionario de Ocampo Marín: *Apuntaciones críticas y lexicográficas al “Diccionario de Andinismos” de Jaime Ocampo Marín*, 1979); *Algunos aspectos del español hablado en Santa Rosa, Distrito Freites del Estado Anzoátegui* (1972), de José Gregorio Lobo; *Voces y modismos del Zulia* (1974), de Roberto Meléndez Badell (editado en tres oportunidades); *El lenguaje erudito, popular y folklórico de los Andes venezolanos* (1977), de Tulio Chiossone; *Historia y habla popular en Margarita*

(1978), de José Marcano Rosas; *Voces populares del sur merideño* (1980), de José Rivas Torres y *Modismos y barbarismos trujillanos* (1980), de Samuel Barreto Peña.

Un campo de creciente interés descriptivo será el de las jergas. Jóvenes, estudiantes, delincuentes y drogadictos parecen constituir los centros de irradiación de un léxico y de un hablar peculiar, sorprendente y muy expresivo. Rechazadas en un comienzo y aceptadas más tarde por sectores amplios de hablantes, terminarán muchas de estas unidades léxicas imponiéndose permanentemente. Algunos trabajos recogen esta riqueza: *Jerga venezolana* (1965), de Francisco Canestri; *The criollo way* (1967), de C. Bashleigh; *Vocabulario del delincuente venezolano* (1967), de Félix José Amarista; “Vocabulario recopilado en La Modelo” (1971), de Y. Saa Giral; *Delincuencia y folklore* (1972) (“Vocabulario”), de Juan Manuel Mayorca; *Las drogas en Venezuela con especial referencia a su investigación* (1974) (Apéndice: “Modismos utilizados por los adictos en Venezuela” de Ileana Castro y Armando Poleo), de Juan Martín Echeverría; *Malas y peores palabras: diccionario del argot caraqueño* (1974), de Julio Cáceres; *Tríade* (1975) (“Léxico de los pavos”), de Luis Villalobos Villasmil; *El Carreño de los panas* (1981) (“Vocabulario”), de Esteban Mendiola; *Si te acercas...te mato!* (“Vocabulario”), de Rafael Serrano Toro; y *Modismos en relación al tráfico y consumo de sustancias estupefacientes y psicotrópicas* elaborado por el Cuerpo Técnico de Policía Judicial, para su uso interno.

Algunos estudios y obras descriptivas se han ocupado del siempre seductor ámbito de las voces tabú o de uso restringido. Moviéndose entre las aguas turbulentas de lo pudibundo y de lo impúdico, podemos anotar algunas referencias que merecen atención: *¡Esa palabra no se dice!* (1991), de Isaac J. Pardo (interesante muestra de evaluación crítica de los usos léxicos pudibundos, a partir de la polémica publicación del cuento: “El inquieto anacobero”, de Salvador Garmendia, en 1976); *Diccionario sexológico* (1992), de Diego

Pampín y Zobeida Rodríguez; y, el más notable, *Diccionario erótico de Venezuela* (2001), de Misael Salazar Léidenz (que recoge sus importantes y fundadores artículos periodísticos sobre “Los nombres de la innombrada”, como parte de la *Geografía erótica de Venezuela*, 1985. Este autor, además, publicó, en 1994, un trabajo no menos seductor: *El libro de las groserías*). Habría que considerar el estudio de Josefina Falcón de Ovalles: "El léxico del amor en la primera mitad del siglo" (1995), publicado en el número 175/178, del *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*; y el artículo de René de Sola: “La lengua y el sexo” (1997), sobre la espinosa confusión entre sexo y género gramatical. Asimismo, Francisco Javier Pérez ha escrito una primera evaluación histórica sobre el tratamiento de estas unidades en los diccionarios venezolanos, desde el siglo XIX hasta el presente: “Pudor e indecoro en los diccionarios venezolanos” (Pérez 2000c).

Otras tipologías fuera de clasificación requieren, también, una referencia debido a la importancia de muchas de las obras que pueden reunirse bajo categoría miscelánea. Es el caso del importante trabajo “Materiales para un glosario de afronegrismos de Venezuela” (1959), de Juan Pablo Sojo, texto lexicográfico fundador del interés hacia la temática afronegroide en nuestro lenguaje; *La lengua de Bolívar* (1961), de Martha Hildebrandt (en 1985, el profesor Francisco Belda presentará un trabajo de talante similar, esta vez, en torno a *La lengua de Francisco de Miranda*); “Gentilicios africanos en Venezuela” (1955-1956), “Los toponímicos: Un problema de historia, lingüística, folklore y geografía” (1961) y “Vocabulario de vegetales” (en *La Cerámica de la Luna y otros estudios folklóricos*) (1962), de Miguel Acosta Saignes; *Colección de nombres propios, feos, raros, exóticos y algunos bonitos* (Maracaibo, 1963), de José López de Sagredo y Bru; *El habla de los italianos en Venezuela* (1967), de Catalina de La Manna; *En torno a un Atlas lingüístico venezolano* (1972), de Manuel Navarro Correa, primer intento por entender la geografía lingüística del país; *Enciclopedia deportiva* (1942-1972) (pieza singular de diccionario humorístico), de Miguel Otero Silva; *Léxico del cultivo del cacao en una hacienda de Barlovento* (1975), de María Teresa Rojas; *El*

léxico del cuerpo humano en el habla de Caracas (1976), de Paola Bentivoglio; “El campo lexicológico de algunas frases empleadas en el juego de bolas criollas” (en *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*) (1976), de Pedro Díaz Seijas; *Glosario folklórico y paremiológico* (1977), de Francisco Fraíno Cordero; *Léxico del béisbol en Venezuela* (1977), de Edgar Colmenares del Valle; *Yerbas* (1983), de Alfredo Armas Alfonso; *El léxico de la pelea de gallos en Venezuela* (1984), de Omar Pérez; *Diccionario del petróleo venezolano* (1984), de Aníbal R. Martínez; y *La lengua de Francisco de Miranda en su Diario* (1985), de Francisco Belda.

Muchos de estos autores desplegaron, en ocasión posterior a la publicación de los trabajos ya referidos, una vasta actividad de estudio de la lengua del país. Ejemplo, en este sentido, muy persistente el de Tulio Chiossone, autor de numerosos textos con preocupaciones lexicográficas, onomatológicas y toponímicas (además de los ya citados, *Apuntaciones lexicográficas*, 1986; y *Misceláneas lexicográficas y onomatológicas*, 1987). Así, la recopilación de un “Léxico culinario”, en 1985; y sus últimos libros, publicados en 1992: el *Diccionario toponímico de Venezuela* y, de marcado aliento histórico-filológico, *El castellano en el Poema del Mío Cid* y *Notas Lexicográficas*. Este maestro, además, ha querido indagar sobre el nunca culminado intercambio entre las lenguas indígenas y el español general y de Venezuela. Elabora, a estos fines, su estudio lexicográfico: *Aportación de las lenguas indígenas venezolanas al castellano* (1993).

Como marco y saldo en la producción de este momento, vienen a entenderse la presencia de las columnas lingüísticas en los principales periódicos, la organización de eventos científicos en materia de lenguaje, la fundación de publicaciones periódicas que se consolidarán como espacios de divulgación, confrontación y contribución de las investigaciones en estas materias. Subrayadamente en este panorama, la formación de profesionales en los

programas de postgrado en lingüística que se ofrecen en las universidades del país.

Efectivamente, la prensa nacional también ha destinado espacio a destacados columnistas de temas lingüísticos. Entre los más seguidos por los lectores, habría que mencionar a los siguientes autores y a sus célebres columnas: Ángel Rosenblat con “Buenas y malas palabras” (*El Nacional*) (recogida en libro: *Buenas y malas palabras en el castellano en Venezuela*, 1955), Pedro Pablo Barnola con “Noto y anoto” (*El Nacional*) (recogida en libro: *Noto y anoto*, 1985), Alexis Márquez Rodríguez con “Con la lengua” (*El Nacional*) (recogida en cinco tomos: *Con la lengua*, 1987-2002) y con “La palabra” (*Últimas Noticias*) y Manuel Bermúdez con “Estampas de la lengua” (*El Universal*), con “Así nace la jerga” (*Así es la Noticia*) y con “En lengua callejera” (*El Mundo*). Asimismo, escribe para el diario *El Universal*, Pablo Ramos Méndez su columna: “La lengua en salsa” (recogida en libro: *La lengua en salsa: mil notas curiosas sobre nuestro idioma*, 1991. En esta línea, publicará más tarde: *La lengua en Salmuera. 1.000 notas curiosas más sobre el Castellano*, 1993; y *La lengua rebosada*, 1994). En esta línea de inspección y educación sobre el lenguaje, Aníbal Nazon y María Josefina Tejera han ofrecido las transcripciones de sus programas radiales dedicados a estas materias: *La palabra de hoy* (1981) y *Un minuto con nuestro idioma* (1993), respectivamente.

Muy asentadas en la actividad lingüística nacional, dos reuniones científicas se han convertido en las plataformas críticas sobre las investigaciones que en el país se llevan a cabo en materia de reflexión lingüística. Así, desde 1980 el “Encuentro Nacional de Docentes e Investigadores de la Lingüística” (ENDIL), fundamentalmente con un público de amplio espectro que reúne tanto a docentes e investigadores, consagrados y noveles, y, desde 1987, las “Jornadas de Lingüística”, relativas al capítulo venezolano de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina (ALFAL), en el marco de la Convención Anual de AsoVac (aunque en los últimos años han sido organizadas por el Postgrado en

Lingüística de la UCV) que, por su parte, presenta resultados de investigación y, en menor escala, análisis de problemas sobre la enseñanza de la lengua, deben calificarse como las más regulares posibilidades de mostrar el desarrollo de nuestros estudios y de interconectar los intereses de la investigación lingüística nacional. También, ha venido a cimentar estas posibilidades el “Coloquio Nacional de Análisis del Discurso” como reunión periódica del capítulo venezolano de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso (ALED). También, ya muy asentadas las “Jornadas de lectura y escritura”. Asimismo, habría que destacar los regulares simposios, congresos y jornadas de investigación que, muy seriamente, realizan algunas instituciones regionales (valgan como ejemplos, las que se llevan a cabo en La Universidad del Zulia y en los distintos Instituto Pedagógicos nacionales).

En cuanto a las publicaciones periódicas dedicadas a temas de lingüística en un sentido amplio, hicieron y hacen historia, además del *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, las siguientes revistas: *Letras* (Departamento de Castellano y Literatura del Instituto Pedagógico de Caracas) (1958); *Actual* (Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes) (1967); *Montalbán* (Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica Andrés Bello) (1971); *Pértiga* (Instituto Pedagógico de Maracay) (1974); *Boletín Antropológico* (Centro de investigaciones del Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes) (1982); *Boletín de Lingüística* (Escuela de Antropología y del Instituto de Filología Andrés Bello de la Universidad Central de Venezuela) (1983); *Fonos* (Asociación de Fonética y Fonología) (1983); *Voz y escritura* (Instituto de investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres” de la Universidad de Los Andes) (1983); *Opción* (Departamento de Ciencias Humanas de la Universidad del Zulia) (1984); *Paramillo* (Universidad Católica del Táchira) (1984); *Núcleo* (Escuela de idiomas Modernos de la Universidad Central de Venezuela) (1985); *Trasiago* (Facultad de Humanidades de la Universidad de Los Andes) (1987); *Tierra Nueva* (Instituto Pedagógico de Caracas) (1990); *Clave* (Asociación venezolana para la enseñanza del español

como lengua extranjera) (1992); *Revista venezolana de lingüística aplicada* (Departamento de Idiomas/ Instituto de Estudios del Conocimiento/ Postgrado de Lingüística Aplicada de la Universidad Simón Bolívar) (1995); *Boletín Universitario de Letras* (Centro de Investigaciones Lingüística y Literarias de la Universidad Católica Andrés Bello) (1993); *Contexto* (Núcleo Universitario del Táchira de la Universidad de Los Andes) (1994); *Omnia* (División de Estudios para graduados de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Zulia) (1995); *Lengua y Habla* (Centro de Investigación y Atención Lingüística de la Universidad de Los Andes) (1996); *Lingua Americana* (Universidad del Zulia) (1997); *Urdimbre* (Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias “Hugo Obregón Muñoz” del Instituto Pedagógico de Maracay) (1998); *Argos* (División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Simón Bolívar) (1998); *Topoy* (Instituto Pedagógico de Caracas) (1998); dentro de un paisaje bastante grande de posibilidades de publicación en revistas de estudios literarios, antropológicos (aquí, no puede dejar de mencionarse el aporte de la que sería, quizá, la más prestigiosa revista de esta especialidad: *Antropológica*), culturales y de ciencias sociales. Tendría, además, que destacarse la aparición del *Boletín del Instituto de Literatura y Lingüística Andrés Bello*, del Instituto Universitario Pedagógico de Caracas, que, bajo la dirección del profesor Sergio Serrón, circula por vía electrónica.

En cuanto a los estudios de postgrado en lingüística, habría que mencionar el trabajo rico y sostenido para la formación de profesionales egresados de las Maestrías de la Universidad Central de Venezuela (tanto en lingüística como en estudios del discurso), de la Maestría y Doctorado de la Universidad de Los Andes, de la Maestría y Doctorado de la Universidad del Zulia y de las Maestrías de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, en cuatro de sus institutos regionales: Caracas, Barquisimeto, Maracay y Maturín.

La lingüística parece ocupar ya un firme lugar en el contexto de la cultura nacional. Venezuela, descrita a través de su lengua, como manifestación de un

ímpetu extraordinario de seguimiento de los tiempos, será vista y reflejada, pensada una y otra vez, y retratada en numerosos vocabularios y léxicos, dispares y no siempre metódicos, pero notablemente sinceros en sus propuestas; obras que perfilan la silueta, simultáneamente firme y débil de una sociedad en proceso de actualidad. Aquí la técnica y sus lenguajes descriptivos ocuparán un amplio sector (Pérez 1989: 17-20; y 1992: 156-158). Igualmente, las hablas regionales y las jergas marginales estarán celebrando su aparición constante en el panorama de nuestra elaboración de diccionarios.

Un sentimiento de progreso y de abundancia impregna todo lo venezolano en las décadas posteriores a los derrocamientos dictatoriales de 1958. El espíritu de libertad moderno parece, ahora, querer vivir y prolongarse en un país que sueña maravillas y que realiza algunas de ellas. Nuevas instituciones, nuevas industrias, nuevas tecnologías, nueva sociedad están condicionando el crecimiento del lenguaje y de sus instrumentos descriptivos. Nuestros diccionarios se poblarán de palabras nuevas para poder llamar a las nuevas cosas con sus nombres propios. Una vertiginosa permeabilidad lingüística, cercana a una malsana permisividad, caracteriza estos tiempos. Los esfuerzos represivos de educadores y académicos resultan inútiles para refrenar una lengua que, tiesa en sus cánones viejos, se resiste a la inmovilidad. Se imponen las rarezas y excentricidades, las transgresiones son alabadas, la displicencia lingüística es privilegiada en círculos sociales e intelectuales. Los medios de comunicación propulsan y fundan lenguajes viciados y, a veces, pobres. Las jergas, antes marginales, cobran una fuerza que no es posible frenar. Estamos dentro de un reino más afecto a la simpleza que a la creatividad. El tono de la vida social es discordante y de mal gusto y así ha quedado grabado en la lengua y en los diccionarios que la explican, junto al progreso de los tiempos y a la imagen moderna que el país quiere proponer.

Discordancia y mal gusto, deterioro y lenguaje, en un país que, aunque moderno, se niega a la muerte de sus tradiciones y de su pasado. Se resiste a

pensar que crecer significa destruir hasta la memoria lingüística, toda vez que las otras memorias se han debilitado o ya no existen. País sin monumentos materiales, quiere conservar los monumentos espirituales de la lengua. Y es así como nuestros diccionarios más recientes están indicando en su configuración del léxico que sacralizan, aquél que lo compone y le da forma, una heterogeneidad léxica producto de un conjunto de fuerzas encontradas que luchan por ocupar un rango en el espacio de la vida, el intelecto y el espíritu.

Un año antes de la muerte de Rosenblat, en 1983, se publica el primer tomo del *Diccionario de venezolanismos*. Coordinado por una de sus discípulas, María Josefina Tejera, un numeroso equipo de colaboradores hará realidad, finalmente, el largo sueño del maestro. Sin embargo, este texto, que aprovecha los materiales que durante treinta años había acumulado Ángel Rosenblat, no cumpliría a cabalidad con las metas iniciales que pretendían la elaboración de un diccionario histórico de la lengua de Venezuela.

El IFAB, entonces, ocupado en numerosas líneas de trabajo y con un equipo inicial muy prometedor, no logró crear y conformar cuadros emergentes de colaboradores, ni la cohesión de un equipo de trabajo, que garantizaran perpetuar sus investigaciones centrales. Así, el gran proyecto de Rosenblat, aquél de un diccionario que recogiera nuestra historia a través de la historia de la lengua, por demás tan ambicioso, quedó truncado. Sueño descriptivo como el de otros lexicógrafos venezolanos (Baralt, Rojas y Obregón, principalmente; sólo Julio César Salas, el más irrenunciable Mitrídates venezolano, logró culminar su monumental *Orígenes americanos. Gran diccionario comparado*, en dieciséis volúmenes, aún inéditos), ese portentoso proyecto sólo culminó su fase de recolección organizando un fichero documental de doscientas mil unidades catalográficas. Nada parecido se había hecho antes en nuestros ámbitos científicos. Sin embargo, la enfermedad y la desvinculación de Rosenblat contribuyeron a que la idea matriz quedara atrás sin concluirse. En otras manos,

el anhelo de Rosenblat quedó convertido en otra realidad, muy distinta a la que él mismo había soñado (Pérez 1998b).

Efectivamente, el *Diccionario de venezolanismos* que María Josefina Tejera, como coordinadora, logró presentar en 1983 no tenía mucho que ver con el proyectado por Rosenblat. Utilizaba sus materiales, pero no como hubiera querido el maestro. Aplicaba criterios diversos y contradictorios que hicieron de este trabajo, aunque notable por el valor documental heredado de la recolección original, una obra desordenada científicamente, escueta en cuanto a volumen léxico y de relativo arraigo entre los usuarios (Pérez 1998b). Manuel Bermúdez, a este respecto, ha arribado a una valoración crítica de la obra en comparación con *Buenas y malas palabras*, de la que parcialmente procede: “Yo no pretendo enfrentar la importancia del *Diccionario de venezolanismos* a la trascendencia de las *Buenas y malas palabras*. Cada obra en el sitio que le corresponde. Y a la hora de una consulta puede dar una respuesta descriptiva sobre la palabra que nos interesa. Pero hay algo de asepsia en la descripción que convierte a la palabra en una galleta de soda, que al morderla se vuelve una cantidad de boronitas significativas. En cambio, el mundo de vivencias, hechos y significados que le pone Rosenblat a *Buenas y malas palabras* deja una sensación de estar tocando, oliendo, gustando, oyendo y viendo al pueblo venezolano hablando en cuerpo y alma” (Bermúdez 1998: 48). Diez años después de aparecido el primer volumen, el equipo del IFAB culmina la obra, que será publicada en coedición entre la Universidad Central de Venezuela, la Academia Venezolana de la Lengua y la Fundación Edmundo e Hilde Schnoegass.

Un año más tarde, en 1994, viene otro diccionario a completar el panorama de las investigaciones recientes en lexicografía. Se trata del *Diccionario del habla actual de Venezuela*, de Rocío Núñez y Francisco Javier Pérez, investigadores de la Universidad Católica Andrés Bello, institución que patrocina y avala académicamente esta obra.

Ambos trabajos, más allá de algunas diferencias que provienen de enfoques técnicos y de sistematizaciones científicas, han fijado una imagen de la Venezuela contemporánea al reunir una selección representativa del léxico de nuestro tiempo y al proponer definiciones que, a pesar del rigor y sistema que este tipo de trabajos exige, nos hablan de afectos, personalizaciones, ideologías, hábitos y visiones de la realidad no del todo objetivas.

Tanto en uno como en otro, encontramos acuerdos sobre lo sustantivo venezolano, eso que es como un río profundo de nuestra vida en el país actual: los alimentos, los comportamientos, la tradición y el progreso, la flora y la fauna, la historia, la política, los formalismos y las perversiones, lo nacional y lo regional, la modernidad y sus siluetas, los triunfos y los lamentos, lo permitido y lo vedado, el principio y el final de nuestro acontecer y devenir como hombres de un tiempo y de un país de peso específico. Creo que nunca antes en la lexicografía venezolana los hablantes habían sentido una identificación tan sustancial con los diccionarios que compendiaban su saber por medio del lenguaje.

Sin embargo, estas obras paradigmáticas de nuestros estudios lingüísticos recientes, postulan maneras diferentes de encarar la descripción de la lengua. En el *Diccionario de venezolanismos* parece ser notoria una nueva preceptiva de añejo aroma, un purismo pudibundo que impone reglas de redacción y censuras para mostrar con claridad la realidad de la lengua. Como detrás de una puerta, la obra parece vigilar a los usuarios al momento de entrar en un edificio grande y bien construido, pero de cristal como nuestros modernos edificios. Alberga, sin declararlo, una casa solariega de los tiempos coloniales. La tradición se amalgama así con lo nuevo en una unión un tanto forzada. Dicho en otras palabras, este diccionario no supo resolver con sistema el problema de entender en la realidad lingüística contemporánea de Venezuela los trasvases entre lo

tradicional y lo moderno que se impone con obligatoriedad a cualquier descriptor.

Por su parte, y sin que sea fácil lograr la descripción de lengua y cultura que exigen los usuarios a un diccionario moderno, al mismo tiempo que un rigor en la aplicación de métodos, el *Diccionario del habla actual de Venezuela* muestra una visión moderna y sistemática del universo semántico descrito. Sin ataduras interpretativas y sin bloqueos ideológicos persistentes, ofreció una lectura más objetiva de la vida venezolana de hoy y en cuya imagen lexicográfica los usuarios parecen reconocerse, si tomamos en consideración los más de quince mil ejemplares comercializados entre la primera edición y sus tres sucesivas reimpresiones.

Con estas dos obras enfrente, tendríamos que hacernos dos cruciales preguntas: ¿Cómo entender las diferencias entre estos dos diccionarios más allá de las diferencias de elaboración técnica? y ¿Cómo es el país que están retratando? Encubriendo una cosmovisión, similar y diferente a la vez, responder a esta última pregunta exige una lectura detrás de la lectura objetiva y referencial del texto del diccionario. Retran un país triunfante y agónico, coherente y absurdo, planificado y sin rumbo, decente pero perverso ante el deseo del avance y el solaz por el atraso del que se beneficia. Moderno y retrógrado, su producción científica y espiritual así como sus individuos y su sociedad civil, intelectual, religiosa y oficial viven en el paradójico debate de lo que se percibe como desorientado, mediocre, insustancial y sin metas, en un ambiente que, contradictoriamente, está dotado de los más asombrosos recursos y posibilidades. Para agudizar más la contradicción, estos recursos proponen ubicarlo a la cabeza de una Hispanoamérica cansada de entenderse como subsidiaria y que reclama un lugar -su lugar-, en el concierto de un fin de siglo esplendoroso y problemático, sumido más en las angustias de los milenarismos reales que en los placeres de los imaginarios.

Estas descripciones léxicas, además, abrieron otras posibilidades de reflexión sobre la lengua de Venezuela. Indispensables las referencias a la *Gramática del español de Venezuela. Una Introducción* (1990), que firman Minelia de Ledezma y de Hugo Obregón Muñoz. Quería esta obra constituirse en un “intento descriptivo de los aspectos más relevantes de la gramática del español venezolano actual, el cual es analizado como variante independiente de la lengua española. Este enfoque descarta las comparaciones diferenciales tradicionales que buscan caracterizar las variedades hispanoamericanas en el espejo de la variedad académica peninsular” (Ledezma y Obregón 1990: 13). Esta obra, en realidad, venía a ser la culminación de una brillante actividad desarrollada por Hugo Obregón en el ámbito de la didáctica de la lingüística, la dialectología, la fonética, la entonación, el análisis del discurso, el español de América y las lenguas indígenas. *Fonética general* (1979), *Hacia el estudio de la entonación dialectal del español de Venezuela* (1981), *Posibilidades diferenciales de sentido de la entonación española* (1981), *Introducción al estudio de los marcadores interaccionales del habla dialogada en el español de Venezuela* (1985), *El discurso de la farándula* (1990), *Los otros medios* (1997), son algunos de sus títulos más duraderos.

También desde el Instituto Pedagógico de Caracas, Luis Quiroga Torrealba, Sergio Serrón e Iraset Páez Urdaneta irán consolidando una de las reflexiones más ricas en nuestra lingüística del siglo XX. El maestro Quiroga Torrealba, ilustre numerario de la Academia Venezolana de la Lengua y Presidente de la Comisión de Lexicografía de la corporación, orientará sus intereses docentes y de investigación hacia el estudio de los problemas de la enseñanza de la lengua y de la teoría lingüística (*Notas sobre estructuralismo lingüístico y gramática transformacional*, 1971), así como a cuestiones dialectológicas (“Algunas consideraciones metodológicas sobre recolección y procesamiento de materiales dialectológicos”, 1986). También explorará críticamente el aporte de figuras estelares de la lingüística nacional e hispánica (*Tres lingüistas de América: Andrés Bello, Ángel Rosenblat, Amado Alonso*, 2003). Sus lecturas sobre el

desarrollo de los estudios lingüísticos venezolanos, ya clásicas, no dejan de perder vigencia (*Los estudios lingüísticos en Venezuela*, 1992). Serrón, asimismo, profundizará también algunas de las áreas del trabajo dialectal ("Dialectología estructural y dialectología hispanoamericana", 1973), haciendo énfasis en la investigación bibliográfica sobre los estudios realizados (*Aporte para una ficha bibliográfica de la dialectología venezolana hasta 1975*, 1978) y en el estudio de la lingüística de segundas lenguas, la difusión de sus problemáticas de investigación y la gestión para el desarrollo de su estudio venezolano y caribeño (funda, a estos fines, ASOVELE, la Asociación Venezolana para la Enseñanza del Español como Lengua Extranjera). Por lo que respecta a Páez Urdaneta, prodigio de investigador moderno, indagará algunas de las problemáticas más sustantivas de la lengua del país. Importantes obras, que hicieron una de las producciones más coherentes después de la de Rosenblat, se suceden en un ritmo vertiginoso y sistemático poco frecuente, logrando cristalizar el perfil de estudios más profesionales: *Historia y geografía hispanoamericana del voseo* (1981), *La lengua nuestra de cada día* (1984), *La enseñanza de la lengua materna* (1985), *En indagación de la literatura* (1988), *Comunicación, lenguaje humano y organización del código lingüístico* (1991), *La estratificación social del uso de tú y usted en el español de Caracas* (1992). Sus intereses de investigador lo llevan, entonces, desde la dialectología a la interpretación lingüística de la literatura, mediatizados estos intereses siempre por el problema de la educación y el lenguaje.

En una línea de estudio que pretendía desligarse de los estándares morfosintácticos del español general y proponer, así como lo habían hecho los repertorios lexicográficos, un acercamiento a la realidad lingüística venezolana sin privilegios contrastivos, realizan aportes estimables, algunas investigaciones. Es el caso de los trabajos de Paola Bentivoglio (*Los sujetos pronominales de primera persona en el habla de Caracas*, 1987) y Mercedes Sedano (*Hendidas y otras construcciones con ser en el habla de Caracas*, 1991), fundamentalmente. Como uno de los resultados más respetables se cuenta el proyecto para la

elaboración de una “Gramática del español hablado en Venezuela” (GREHV) que, involucrando en su diseño a investigadores de distintas instituciones y regiones del país, se encuentra todavía en proceso. Puede decirse que esta obra constituirá la culminación del más ambicioso de los estudios sociolingüísticos venezolanos, aquél que implicaba el análisis de materiales recogidos en las grandes capitales del país, especialmente Caracas (como la más estudiada), Cumaná, Maracaibo y Mérida. En este sentido, la profesora Bentivoglio junto a otros colaboradores producirán dos trabajos en soporte magnetofónico y electrónico de enorme utilidad para el estudio sociolingüístico del habla caraqueña: *Corpus Sociolingüístico de Caracas 1977* (1977), de Paola Bentivoglio, Francesco D’Introno y Juan Sosa; y *Corpus Sociolingüístico de Caracas 1987* (1987), de Paola Bentivoglio y Mercedes Sedano. En cierta forma, tienen su punto de partida en el célebre trabajo de Rosenblat: *El habla culta de Caracas. Materiales para su estudio* (1979). Se le debe, también, a las profesoras Bentivoglio y Sedano un texto síntesis de los estudios dialectológicos venezolanos para el volumen colectivo: *Manual de dialectología hispánica. El español de América* (1996), dirigido por Manuel Alvar. Este maestro de la filología hispánica, es necesario recordarlo aquí, dejó lista, antes de su llorado fallecimiento, una de las obras más notables producidas sobre el español venezolano durante los años finales del siglo XX: *El español en Venezuela. Estudios, mapas, textos* (2001). Como parte del gigantesco proyecto de estudio de la geografía lingüística sobre el español americano en el que se ocupó en las décadas finales de su vida, Alvar ausculta el territorio venezolano en la voz de sus hablantes regionales para producir esta notable descripción en forma de atlas, documentos lingüísticos y comentarios de estudio.

Las producciones lingüísticas de las últimas décadas, creciendo en complejidad de objetivos y en la rigurosidad que la profesionalización de la ciencia les proporciona, han logrado como saldo, aunque aún quede mucho por hacerse y aunque haya un universo de campos sin explorar, una descripción suficiente del léxico nacional, de los principales fenómenos morfosintácticos con

sello venezolano, de los rasgos fonéticos y de entonación que nos caracterizan y del panorama de enriquecimientos recíprocos de las lenguas indígenas y el castellano.

En este último sector de la investigación, merecerían mucha atención la inmensa labor desplegada por sabios misioneros y estudiosos e investigadores seculares, conocedores en profundidad, gracias a una regular experiencia de campo, del panorama de las lenguas indígenas de Venezuela y de sus contactos con la lengua general. Así, la obra precursora de Bonifacio de Olea: *Ensayo gramatical del dialecto de los indios guaraunos* (1928), inaugura la investigación misional moderna sobre lenguas indígenas venezolanas. Una mención muy especial merecen los trabajos de Cesáreo de Armellada, quien recorrió todos los ámbitos de la actividad lingüística en materia de lenguas indígenas (gramática, diccionario, literatura, educación e historia) y que puede señalarse como fundador moderno de esta disciplina en Venezuela. Sus numerosos y sabios trabajos siguen siendo referencias obligadas y motivo constante de investigación: *Gramática y diccionario de la lengua Pemón. Arekuna, Taurepán, Kamarakoto, familia Caribe*, 1943 (prologada por Pedro Manuel Arcaya); “Les indiens motilones”, 1950 (junto a Paul Rivet) (en español: “Los indios motilones”, 1965); *Por la Venezuela indígena de ayer y hoy* (1960); *Taurón Pantón I*, 1964; *Pemontón Taremurú*, 1972; *Taurón Pantón II (Así dice el Cuento)*, 1973; *Literaturas indígenas venezolanas*, 1974 (junto a Carmela Bentivenga de Napolitano); *Fuero indígena venezolano*, 1975; *Diccionario Pemón*, 1981 (junto a Mariano Gutiérrez Salazar); *Cuentos y no cuentos (Pantón, Pantón Neke-ré)*, 1988; *Gramática de la lengua Pemón (Morfosintaxis)*, 1994 y 1999 (junto a Jesús Olza Zubiri). Sobre la base de su experiencia de maestro podemos, además, mencionar los trabajos de otros autores, directa o indirectamente, inspirado por el inagotable magisterio científico y humano de Armellada: Félix María de Vegamián (*Diccionario ilustrado yupa español-español yupa*, 1978), Adolfo de Villamañán (*Vocabulario barí comparado*, 1978), Basilio de Barral (*Diccionario warao-*

español, español-warao, 1957 y 1979), Martha Hildebrandt (*Diccionario Guajiro-Español*, 1963), Antonio Vaquero (*Idioma warao: Morfología, sintaxis y literatura*, 1965; *Vocabularios incunables del idioma warao*, 2000), Mariano Gutiérrez Salazar (*Diccionario pemón*, 1981 [junto a Cesáreo de Armellada]), Juan Ernesto Montenegro (“Diccionario cumanagoto-castellano” en *Caracas y Guayqueríes. Razas caribes*, 1983), Jesús Olza Zubiri (*Diccionario de la lengua guajira. Castellano-Guajiro*, 1981 [junto a Miguel Ángel Jusayú]; *Gramática de la lengua guajira*, 1978 y 1986 [junto a Miguel Ángel Jusayú]; *Diccionario sistemático de la lengua guajira*, 1988 [junto a Miguel Ángel Jusayú]; *Gramática de la lengua pemón (Morfosintaxis)*, 1994 y 1999 [junto a Cesáreo de Armellada]), Antonio J. López Epieyú (*Diccionario Guajiro-Español*, 1981), Julio Lavandero Pérez (*Guarao versus Wáraw. Dos versiones usuales*, 2003), Miguel Ángel Jusayú (*Diccionario de la lengua guajira. Guajiro-castellano*, 1977; *Diccionario de la lengua guajira. Castellano-guajiro*, 1981 [junto a Jesús Olza Zubiri]; *Gramática de la lengua guajira*, 1978 y 1986 [junto a Jesús Olza Zubiri]; *Diccionario sistemático de la lengua guajira*, 1988 [junto a Jesús Olza Zubiri]; *Método para enseñar a escribir y a leer el waiúnaiki*, 2002), Pedro Krisólogo (*Manual glotológico del idioma Wo'tiheh*, 1976; *Manual glotológico del idioma wa-jibi. Versión del Río Vichada*, 1983), Ramón Urdaneta (*Diccionario de los indios cuicas*, 1997). Otras visiones del problema y conocimiento de las lenguas indígenas y de sus intercambios con el español de Venezuela, así como otras aproximaciones al fenómeno de las lenguas indígenas nacionales, pueden ser entendidas en los trabajos de José Álvarez (*Interlinealización de textos guajiros*, 1993; *Lingüística guajira*, 1993; *Estudios de lingüística guajira*, 1994), Jorge Díaz Pozo (*Léxico yaruro-español, español-yaruro*, 1984 [junto a Hugo Obregón Muñoz y Luis Jesús Pérez]; *Fonética práctica del yaruro*, s.f. [junto a Hugo Obregón Muñoz]), Omar González Ñañez, Héctor Granados (*Lingüística Warao*, 1998; *Waraw, “Gente de los caños”*: *Morfosintaxis y significado*, 2000), Paul Henley, Marie Claude Mattei-Müller (*El tamanaku en la lingüística caribe. Algunas propuestas para la clasificación de las lenguas caribes de Venezuela*, 1989), Raimundo Medina,

Luis Oquendo (*El grito de Eiruku: Uso y aplicación de la terminología de parentesco por los miembros de la sociedad goajira*, 1985 [Tesis de Maestría]), Marie France Patte y, entre otros. Así, deben mencionarse, algunas contribuciones desde la etnolingüística y la historia en las investigaciones de María Matilde Suárez (*Terminología, alianza matrimonial y cambio en la sociedad Guaraó*, 1971), Marc de Civrieux (*Los caribes y la conquista de la Guayana española. Etnohistoria kari'ña*, 1976), Nelly Arvelo-Jiménez, Haydée Seijas (*Clasificación genética de las lenguas aborígenes*, 1972 [junto a Marshall Durbin]), María Eugenia Villalón, Ana Cecilia Peña Vargas (*Lenguas indígenas e indigenismos. Italia e Iberoamérica: 1492-1866*, 1987), Horacio Biord Castillo (*Los aborígenes de la región centro-norte de Venezuela [1550-1500]: Una ponderación etnográfica de la obra de José de Oviedo y Baños*, 2001), Stanford Zent y Emanuele Amodio, por mencionar a unos pocos autores.

En permanente conexión con las lenguas indígenas y con el español de Venezuela, la investigación toponímica ha hecho ya sustantivos aportes. Además de los trabajos precursores de Pedro Manuel Arcaya (“La terminación «bacoa» en nombres geográficos indígenas”, 1911), Alfredo Jahn (“Nombres geográficos de Venezuela”, 1931) y los modernos Tulio Chiossone (*Diccionario toponímico de Venezuela*, 1992) al respecto, son de indispensable consulta los numerosos libros y estudios de Adolfo Salazar Quijada (*La toponimia en Venezuela*, 1978), Juan C. Esteves (*Topónimos indígenas de Paraguaná y otros topónimos indígenas del Estado Falcón*, 1989) y de Renato Agagliate (*El río que tenía alas: estudio etimológico del hidrotónimo Guanare y materiales para la etimología de 300 topónimos centrooccidentales terminados en -re*, 1992; *Barquisimeto y su bejuco inspirador. Estudio etimológico del hidrotónimo larense*, 2002).

Asimismo, resultan infaltables en toda revisión histórica de nuestra aproximación lingüística al fenómeno de nuestra lengua en este siglo los aportes de los hermanos Mosonyi. En especial, Esteban Emilio Mosonyi desplegó una

voluminosa obra de conocedor de las lenguas indígenas del país y una desenfadada misión de apología de lo que ellas significan no sólo para los pueblos que las hablan, sino en función de ámbitos culturales más amplios. Algunos de sus títulos serían: *Morfología del verbo yaruro* (1966), *Sistema fonémico y breve vocabulario guahibo del alto Capanaparo (Chiricoa-Cuiba)* (1969) y *El indígena venezolano en pos de su liberación definitiva* (1975), muestras notables de una bibliografía imprescindible. Junto a su hermano Jorge Carlos Mosonyi, autor también de muchos textos notables (entre otros: *Introducción al estudio de la lengua cuiba*, 1975), ha publicado uno de sus últimos trabajos: el *Manual de lenguas indígenas de Venezuela* (2000). Mosonyi, además, había ofrecido uno de sus trabajos más notables como descripción del español de Venezuela: *El habla de Caracas: Estudio lingüístico sobre el español hablado en la capital venezolana* (1971). Asimismo, Mosonyi con Michele Castelli publican en 1986 el *Curso de fonética del español de Venezuela*. Jorge Carlos Mosonyi, también, es autor del *Diccionario básico del idioma kariña*, publicado en 1978, en versión multigrafiada, y el año 2000, en versión impresa.

Desde la Universidad de Los Andes, en Mérida se han propiciado novedosas y muy serias investigaciones en torno a la fonología, léxico y discurso del campesino de la cordillera, obra de dos equipos de investigadores, el primero conformado por Enrique Obediente, Alexandra Álvarez y Thania Villamizar (*El habla rural de la Cordillera de Mérida*, 1998); y el segundo por Carmen Luisa Domínguez y Elsa Mora (*Corpus sociolingüístico de la ciudad de Mérida*, 1995; *El habla de Mérida*, 1998).

Productiva actividad la que está referida al ámbito de los tecnolectos de uso venezolano. Numerosos y variables son los trabajos, especialmente de raíz léxica, que recogen las terminologías de especialidades técnicas o científicas desarrolladas en el país o de actividades con especificidades propias en materia

de lenguaje. Más allá de los trasvases con la lengua general, indican estos trabajos las implicaciones con el avance de la ciencia (Pérez 1997).

Capítulo, aún por reconstruir, el que establece las relaciones entre el español de Venezuela con el de las lenguas no indígenas habladas en el país o el que refiera el desarrollo de esas lingüísticas especiales.

Son muchos, finalmente, los nombres de investigadores que requerirían un detenido análisis sobre sus aportes a los estudios lingüísticos venezolanos en cuanto a la descripción de la lengua de Venezuela durante el siglo XX. En este sentido, algunas áreas de interés fueron abordadas por²⁸: José Adames (*Decir a tajos*, 1999), Alexandra Álvarez (*Malabí maticulambí*, 1987; *Poética del habla cotidiana*, 2000), Luis Álvarez (*Una explicación transformacional al problema de la subordinación adjetiva en el modelo gramatical de Andrés Bello*, 1981), Fernando Arellano (*Historia de la lingüística*, 1977-1979; *Las lenguas romances. Introducción al estudio de la filología románica comparada*, 1996. A este maestro, además, se le debe la fundación de la primera cátedra de historia de la lingüística en el país, que enseñaría durante años en la Universidad Católica Andrés Bello), María Arconada de Jouvenot (*Hacia un diccionario venezolano. Manual de lexicografía*, 1988 [junto a Ives Jouvenot Maitre]), Michaele Ascencio (*Del nombre de los esclavos. Código de nombramiento de esclavos en la época colonial*, 1980; *Del nombre de los esclavos y otros ensayos afroamericanos*, 1984), Tito Balza Santaella (*La palabra y su escritura*, 1996; *Precisiones lexicales*, 1996; *Problemas de acentuación*, 1996), Luis Barrera Linares (*Psicolingüística y adquisición del español*, 1987; *Discurso y literatura*, 1995; *Psicolingüística y desarrollo del español*, 1999 [junto a Lucía Fraca de Barrera]; *Análisis crítico del discurso*, 1999), Segundo Barroeta (*Diccionario de términos iberolatinoamericanos*, 1996), Adriana Bolívar (*Discurso e interacción*

²⁸ En ningún momento debe entenderse este recuento como exhaustivo. Son, en este sentido, muchos los autores y las obras que tendrían que señalarse si la pretensión fuera abarcar la totalidad de lo producido. Remito, para solventar las lagunas que la memoria o el desconocimiento puedan propiciar, a los repertorios bibliográficos generales sobre la lingüística venezolana (Serrón 1978; Rivas et alii 1983 y 1985; Colmenares del Valle 1995, 1996 y 2002; Chumaceiro y Malaver 1999).

en el texto escrito, 1994), J. M. Briceño Guerrero (*El origen del lenguaje*, 1970; “la lengua española en América”, en *América Latina en el mundo*, 1976), Raquel Bruzual (*Propuesta comunicativa para la enseñanza de la lengua materna*, 2002), Edito Campos (“Observaciones sobre los posesivos”, 1976-1977), Jacqueline Clarac de Briceño (“Vocabulario andino [Cordillera de Mérida] utilizado en el texto” en *Dioses en exilio. Representaciones y prácticas simbólicas en la Cordillera de Mérida*, 1981; *La enfermedad como lenguaje en Venezuela*, 1992), Edgar Colmenares del Valle (*Designaciones de borracho en el habla venezolana*, 1989; *La Venezuela afásica del diccionario académico*, 1991; *Lexicología y lexicografía en Venezuela*, 1995; *Lexicología y lexicografía en Venezuela. Adenda 95*, 1996; *La Venezuela absurda del DRAE-92*, 2000; *De Apure, Achaguas y otras etimologías*, 2002; *Lexicología y lexicografía en Venezuela*, 2002; *Los palabreísmos de José Vicente Abreu*, 2002; *Una historia para picar*, 2003), Berta Chela-Flores (*El habla de Maracaibo. Materiales para su estudio*, 1988 [junto a Jeannette G. de Gelman]), Godsuno Chela-Flores (*Los cambios fonológicos en el habla de Maracaibo*, 1978), Irma Chumaceiro (*Algunos aspectos de la sufijación en el español de Venezuela. Una muestra de la diferenciación dialectal*, 1983 [Tesis de Maestría]), Luciana De Stefano (especialista en filología e historia de la lengua en Venezuela, ha dedicado los últimos años al estudio histórico del español de Venezuela, adelantando algunos resultados estudiados en viajeros antiguos: *Los indigenismos en el Viaje y Descripción de las Indias [1539-1553] de Galeotto Cei*, 2002), Francesco D’Introno (*Alternancia lo/le en el español de Venezuela*, 1978; *Sintaxis transformacional del español*, 1979), Manuel Díaz Campos (*La posición de la frase nominal-sujeto respecto del verbo: un estudio del habla infantil caraqueña*, 1996 [Tesis de Maestría]), Manuela Dimitriu de Quintero (*Lenguaje y discriminación: el discurso de la homosexualidad en la prensa venezolana*, 1997 [Tesis de Maestría, publicada recientemente]), Carmen Luisa Domínguez (*La sintaxis: El siglo XX*, 1997), Teresa Espar (*La semiótica y el discurso literario latinoamericano*, 1998), Alicia Fedor de Diego (*Terminología: Teoría y práctica*, 1995), Bernardo Enrique Flores (*La adquisición del modo subjuntivo:*

un estudio de casos, 1993), Lucía Fraca de Barrera (*Psicolingüística y adquisición del español*, 1987 [junto a Luis Barrera Linares]; *Psicolingüística y desarrollo del español*, 1999 [junto a Luis Barrera Linares]; *Un enfoque integrador para la didáctica de la lengua materna*, 2000), Francisco Freites Barros (*Uso de la forma posesiva pospuesta perifrástica de segunda y tercera persona en el español hablado en Caracas*, 1996 [Tesis de Maestría]), Francisca Fumero (*El ensayo como tipo de texto*, 1997), Marisol García (*Estudio acústico de las consonantes nasales en el español de Mérida*, 1994 [Tesis de Maestría]), Jeannette G. de Gelman (*El habla de Maracaibo. Materiales para su estudio*, 1988 [junto a Berta Chela-Flores]), Rita Jaimes (*La organización de los textos académicos: incidencia de su conocimiento en la escritura estudiantil*, 1996 [Tesis de Maestría]), Ives Jouvenot Maitre (*Hacia un diccionario venezolano. Manual de lexicografía*, 1988 [junto a María Arconada de Jouvenot]), Arturo Linares Rivas (*La puntuación en español*, 1992; *Hacia una competencia ortográfica integral*, 2000), Lourdes Molero de Cabeza (*Lingüística y discurso*, 1985), Elsa Mora (*Las obstruyentes implosivas en el español hablado en Mérida*, 1987 [Tesis de Maestría]), Rudy Mostacero (*Estudio de los gestos y ademanes en el Estado Lara*, 1981; *La función de los marcadores interaccionales en la apropiación del habla adulta*, 1992 [Tesis de Maestría]), Enrique Obediente (*Fonética y fonología*, 1991; *Biografía de una lengua*, 1997 y 2000), Alejandro Oviedo (*Contando cuentos en lengua de señas venezolana*, 1997; y, entre muchos otros estudios, *Las señas con configuración manual clasificadora en la LSV*, 2000), Yajaira Palencia de Villalobos (*Enseñanza de la lengua*, 2000), Yolanda Pérez (*La producción de cuentos escritos por escolares sordos: una experiencia pedagógica con base en la lingüística textual*, 1998 [Tesis de Maestría]), Zaida Pérez (“Atlas Lingüístico Etnográfico de la Región Central de Venezuela. El caso Cojedes”, 1995; *Presencia indígena en el español de Venezuela*, 1996 [Tesis de Doctorado]; *Léxico del habla culta de Caracas*, 1998 [junto a Mercedes Sedano]), Lourdes Pietrosémoli (*Señas y palabras*, 1990), Luis Quiroga Torrealba (*El proceso enseñanza-aprendizaje de la lectura*, 1979), Víctor Rago (“Una aproximación etnolingüística al estudio del español”,

1984 [junto a Nydia Ruiz]), Elvira Ramos (*Apuntes para la historia del castellano en Mérida. Aproximación al estudio de la variación léxica*, 1996 [Tesis de Maestría]), Andrés Romero (*Análisis morfo-sintáctico: una visión tipológica*, 2002), Nydia Ruiz (“Una aproximación etnolingüística al estudio del español”, 1984 [junto a Víctor Rago]; “La dominación en el lenguaje: Un caso de historia venezolana”, 1993; *Las confesiones de un pecador arrepentido: Juan Germán Roscio y los orígenes del discurso liberal en Venezuela*, 1996), Henry Rumbos (“Un estudio acerca de la adquisición de la LSV”, 2000; y “Uso de la metacognición fonológica en la Lengua de Señas Venezolana: un estudio preliminar en gemelos sordos”, 2000), Yolanda Salas (*Ideología y lenguaje en la narrativa de la modernidad*, 1992), Julieta Sánchez (“Una proposición para la creación de terminologías científicas y técnicas en las lenguas indígenas”, 1990 [junto a Hugo Obregón]), Yraida Sánchez, Mercedes Sedano (*Léxico del habla culta de Caracas*, 1998 [junto a Zaida Pérez]), Sergio Serrón (*Aporte para una ficha de la dialectología venezolana hasta 1975*, 1976; “Algunas notas sobre los estudios de dialectología en Venezuela”, 1979; *Introducción del estudio de la planificación lingüística internacional*, 1993), Martha Shiro (*Getting the story across: A discourse analysis approach to evaluative stance in Venezuelan children's narratives*, 1997 [Tesis Doctoral]), Juan Manuel Sosa, Jaime Tello (*El criollo, ¿nuevo idioma venezolano? y otros ensayos filológicos*, 1992), María Electa Torres (*Lenguaje popular hablado en Trujillo*, 1993), Thania Villamizar (*Aspectos fónicos del habla rural de Mérida*, 1996 [Tesis de Mestría]), Alberto Villegas (*Le parler vénézuélien de la région de Trujillo*, 1990 [Tesis Doctoral]), César Villegas (*Progresión temática y macroestructura semántica en la producción escrita de textos de orden argumentativo*, 1996 [Tesis de Maestría]) y Ludmilán Zambrano (*Diseño de un plan de capacitación para los docentes en servicio de la primera y segunda etapa de sordos en el área de lectura*, 1998 [Tesis de Maestría]).

Las revisiones de conjunto (tanto temáticas como generales), los estados actuales de las disciplinas lingüísticas y los volúmenes de homenaje a algunos

maestros han ocupado, también, el trabajo de buena parte de los investigadores. Sin ánimo totalizador, habría que mencionar las siguientes obras por su carácter de fundamentales: *Estudios filológicos y lingüísticos. Homenaje a Ángel Rosenblat en sus 70 años* (IUPC) (1974), editado por Luis Quiroga Torrealba, Mario Torrealba Lossi y Pedro Díaz Seijas; *Actas del III Encuentro de Lingüistas* (IUPC) (1983), editado por Minelia de Ledezma; *Actas del IV Encuentro Nacional de Lingüistas* (ULA) (1984), editado por Lourdes Pietrosemoli; *Estudios sobre la fonología del español del Caribe* (La Casa de Bello) (1986), editado por Rafael Núñez Cedeño, Iraset Páez Urdaneta y Jorge M. Guitart; *Actas del V Congreso Internacional de la ALFAL* (IFAB-UCV) (1986), editado por María Teresa Rojas, Luis Quiroga Torrealba y Delia Beretta; *Estudios lingüísticos y filológicos en homenaje a María Teresa Rojas* (USB) (1989), editado por Iraset Páez Urdaneta, Fernando Fernández y Luis Barrera Linares; *Estudios de lingüística aplicada a la enseñanza de la lengua materna. Homenaje a Minelia Villalba de Ledezma y Nellys Pinto de Escalona* (IUPC) (1994), editado por César Villegas; *Estudios en el análisis crítico del discurso* (UCV) (1996), compilados por Adriana Bolívar; *Actas del I Coloquio Latinoamericano de Análisis del Discurso* (UCV) (1997), editado por Adriana Bolívar y Paola Bentivoglio; *El discurso político venezolano* (UCV) (1999), editado por Adriana Bolívar y Carlos Kohn; *Análisis del discurso. II Coloquio Nacional de Análisis del Discurso* (ULA) (2000), editado por Lourdes Pietrosemoli; y *Signos en Rotación. Lingüística, semiótica y discurso* (Universidad Católica Cecilio Acosta) (2002), editado por Julián Cabeza L., Antonio Franco M. y Lourdes Molero de Cabeza. Merecen especial referencia tres experiencias de variado carácter: 1) la compilación de estudios de tono divulgativo, para los Cuadernos Lagoven, titulada: *El idioma español de la Venezuela actual* (1992), que reúne trabajos de Alexandra Álvarez (“La perspectiva sociolingüística”), Enrique Obediente (“El sistema fonológico del español hablado en Venezuela”), Paola Bentivoglio y Mercedes Sedano (“Morfosintaxis”) y María Josefina Tejera (“El léxico como elemento diferenciador”); 2) el portafolio titulado: “Háblame en venezolano”, para la

revista *Imagen* (CONAC) (Año 31, N° 1, 1998), que reúne artículos de Juan Antonio Frago Gracia (“El español de Venezuela: fundación e inventario de una lengua”), Francisco Javier Pérez (“Un país de la A a la Z”), Paola Bentivoglio y Mercedes Sedano (“Viaje sintáctico de Catia a Petare”), Enrique Obediente (“Palabra en la niebla”), Adriana Bolívar (“La fabla del poder”) y Maruja Dagnino (“Placeres pantagruélicos de la palabra”); 3) el número especial dedicado a Venezuela de *Español actual. Revista de español vivo* (Madrid, N° 69, 1998), que completa una interesante visión general de las temáticas y actividades de la lingüística venezolana del momento en cuatro secciones: Artículos: “Fonetismo segmental”, de Enrique Obediente Sosa; “Interpretación y explicación fonológicas”, de Godsuno Chela-Flores; “La variación sociofonológica”, de Paola Bentivoglio; “Entonación”, de Elsa Mora; “Morfología”, de Irma Chumaceiro; “Sintaxis”, de Mercedes Sedano; “Léxico”, de Francisco Javier Pérez; “Lenguas indígenas de Venezuela: supervivencia y porvenir”, de Marie-Claude Mattéi Muller; Papeletas gramaticales: Uso y norma: “¿Nuestra casa o La casa de nosotros?”, de Luciana De Stefano y Francisco Freitas Barros; “Los verbos *hacer* y *tener* en expresiones temporales”, de Nuria Torroja de Bone; “Yo fui el que pagó/ pagué”, de Manuel Navarro; “Hasta las tres iré”, de Mercedes Sedano; “¡Mí!: una negación del español de Venezuela”, de Aura Gómez; “El habla expresiva del venezolano”, de Alexis Márquez Rodríguez; “Un caso especial de concordancia del adjetivo”, de Alexis Márquez Rodríguez; Bibliografía: (“Libros relacionados con la lengua española que han sido publicados en Venezuela durante 1994-98”; “Publicaciones periódicas editadas actualmente en Venezuela en las que pueden encontrarse artículos sobre el español”; “Eventos lingüísticos en Venezuela”); Reseñas: “Manuel Navarro Correa. *El español hablado en Puerto Cabello*. Valencia (Venezuela): Universidad de Carabobo, 1995. 305 páginas”, por Francisco Freitas Barros; “Domingo Rogelio León y Rudy Mostacero Villareal. *Caripe: historia cotidiana y oralidad*. Maturín: Ediciones Gobernación del Estado Monagas, 1997. 533 páginas”, por Laura Pérez Arreaza; “Enrique Obediente Sosa. *Biografía de una lengua. Nacimiento, desarrollo y expansión del español*.

Mérida: Universidad de Los Andes, 1997. 568 páginas”, por Teresa Espar; “Enrique Obediente Sosa (comp.). *El habla rural de la Cordillera de Mérida*. Mérida: Universidad de Los Andes, 1997. 226 páginas”, por Ramón Medero; “Francisco Javier Pérez. *Estudios de lexicografía venezolana (Historia y Lexicografía Antigua, Metalexicografía y Etnolexicografía)*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello (Colección Zona Tórrida, 60), 1997. 259 páginas”, por Ramón Medero; “Carmen Luisa Domínguez Mujica. *Sintaxis: siglo XX*. Mérida (Venezuela): Universidad de Los Andes, Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico, 1998. 158 páginas”, por Silvia Solá Viñals; “Godsuno Chela-Flores. *Orígenes y estado actual del español de Venezuela*. Cumaná: Ediciones Comisión Regional «Macuro 500 años», 1998. 83 páginas”, por Luciana De Stefano.

En esta misma dirección, han aparecido una compilación de estudios en homenaje a Paola Bentivoglio, en la Universidad de Los Andes. Se trata del número tres de los *Cuadernos de Lengua y Habla. Homenaje a Paola Bentivoglio. Estudios lingüísticos*. La compilación, a cargo de las profesoras Carmen Luisa Domínguez, Lourdes Pietrosevoli y Alexandra Álvarez, reunirá los siguientes estudios y textos: "Presentación: Paola Bentivoglio, nuestra amiga"; "Ay, marcador discursivo en el habla de Mérida", de Valmore Agelvis; "Actitudes lingüísticas en adolescentes andinos", de Alexandra Álvarez y Anderzon Medina; "Intransitividad escindida y verbos seriales en el Baniva del Guainía", de José Álvarez; "La bilingüedad académica y la lengua materna: un análisis multidimensional de ensayos académicos escritos en español de Venezuela por estudiantes universitarios monolingües y bilingües", de Elizabeth Arcay Hands; "Implicaturas conversacionales en el par dialógico pregunta-respuesta", de Nidia Avendaño; "El cuento literario desde la perspectiva del Análisis Crítico del Discurso", de Luis Barrera Linares; "Descripción acústica de la resonancia nasal presente en los 'espacios' reservados para planificar el discurso", de María Alejandra Blondet; "La tentación dicotómica en la dialectología hispánica: una propuesta para su revisión", de Godsuno Chela-

Flores; "Bolívar y la construcción de lo heroico en un texto de Hugo Chávez", de Irma Chumaceiro; "El uso del diminutivo en el español de Venezuela de los siglos XVI a XVIII", de Luciana De Stefano y Laura Pérez; "Decir y corregir: análisis de las correcciones al texto en el español hablado en Mérida", de Carmen Luisa Domínguez; "¿Jubilamos la ortografía? Aproximación al concepto de ortografía como código de exclusión", de María Eugenia Martínez; "El resumen como texto: un abordaje evolutivo", de Lucía Fraca de Barrera; "Los estudios sobre actitudes lingüísticas en español", de Francisco Freites Barros; "Multilingüismo, etnias y culturas indígenas en el 'noroeste amazónico' del estado Amazonas de Venezuela", de Omar González Nãñez; "El tiempo y el espacio en la escritura", de Irania Malaver; "El constituyente -TPO en la lengua yukpa moderna", de Raimundo Medina; "Procesos metacognitivos en la construcción de la reseña científica", de Rudy Mostacero; "Frecuencia de algunas estructuras con *que* en el español de Valencia", de Manuel Navarro; "Una muestra del léxico colonial americano (Mérida, siglos XVI-XVII)", de Enrique Obediente Sosa y Marinés Asprino; "Cómo se representa la modalidad en Japrería", de Luis Oquendo; "El Humboldt lexicógrafo", de Francisco Javier Pérez; "Prosodia y cerebro", de Lourdes Pietrosevoli, Elsa Mora, Sandra González y Marianelly Vera; "Mario (es)tuvo un mes en Maracaibo: un fenómeno de variación en el español de Venezuela", de Mercedes Sedano; y "La construcción de la perspectiva narrativa: el yo y el otro en narraciones de adultos y de niños caraqueños", de Martha Shiro (Domínguez, Pietrosevoli y Álvarez 2001-2002); y el libro colectivo: *Las disciplinas lingüística en Venezuela. Situación actual, otras miradas y nuevas expectativas*, coordinado por Francisco Freites Barros y Francisco Javier Pérez, bajo el auspicio editorial de la Universidad Católica Cecilio Acosta (Maracibo), reuniendo trabajos de: Thania Villamizar: "Estado actual de los estudios de fonética del español en Venezuela"; Francisco Freites Barros: "La gramática en Venezuela en la interfaz de dos siglos"; Francisco Javier Pérez: "Diccionarios venezolanos para este siglo. Nuevos caminos o tareas pendientes"; Francisco Freites Barros: "La sociolingüística en Venezuela o el examen especular de una sociedad a través de

su arquitectura lingüística"; Manuel Díaz Campos: "Hacia una perspectiva de los estudios en el campo de la psicolingüística en Venezuela"; Alejandro Oviedo, Henry Rumbos y Yolanda Pérez: "El estudio de la Lengua de Señas Venezolana"; Carolina Iribarren: "La lingüística aplicada a la enseñanza de lengua extranjeras en Venezuela"; Horacio Biord: "Lenguas en penumbra. Idiomas indígenas y multilingüismo en Venezuela"; y Francisco Javier Pérez: "Situación de la historiografía lingüística en Venezuela. Tradición, actualidad y futuro de la disciplina" (Fraités Barros y Pérez 2004).

La reflexión histórica sobre la lingüística de Venezuela en general, así como de algunas de sus especialidades e intereses más persistentes, también ha sido objeto de investigación (Colmenares del Valle 1989, 1995, 1996; Márquez Carrero 1983; Mosonyi 1989; Oviedo 1992; Pérez 1988, 1992; Quiroga Torrealba 1982; Tejera 1995). Será motivo central del último capítulo de este "Viaje al Parnaso" de nuestra lingüística, el resultado alcanzado por estos estudios.

Palpitación venezolana de la lengua

Las modernas investigaciones han venido a plantear que las lenguas más allá de su función como sistemas de comunicación, deben entenderse en su capacidad para propiciar la comprensión de la realidad y para generar en el intelecto posibilidades de pensamiento para entenderla. Fuerza poderosísima, el lenguaje nos permite construir una imagen del universo y fundar la realidad tal como queramos. Son las lenguas, además, instrumentos que conducen nuestra apreciación de la vida, en ellas están retratándose nuestras fobias y nuestros afectos, nuestros triunfos y nuestras desdichas, lo nimio de la existencia junto a lo que sostenemos como determinante en ella, referencias y símbolos que no

hacen más que recordarnos la particular condición distintiva frente a los otros seres vivos.

Si lo anterior es cierto, el estudio de las lenguas cobra un interés insospechado como posibilidad, a su vez, de conocer a los individuos que las hablan y a las sociedades en donde estos adquieren una significación. Estudiar, entonces, una lengua no es sólo oficio de preceptiva o descripción, gramática o lingüística, sino, más bien, trabajo de epistemología, conocimiento de la vida escondida tras las palabras y tras los modos particulares de una expresión. Etnografía de la lengua, vía para centrarnos en el hombre a través de su lengua. Arqueología de la lengua, camino hacia el saber que ella postula insistentemente. Filosofía de la lengua, modo de pensarnos a través de ella. Sociología de la lengua, forma de afianzar o desmentir los arrebatos de la ideología convertidos en lucha colectiva. Poética de la lengua, mirada en el espejo que ella misma ha construido para justificar las imágenes del universo. Estética de la lengua, prodigio de las palabras para acercarse a las satisfacciones imaginarias. Lingüística de la lengua, ciencia rectora de la actividad de comprensión de la naturaleza humana. Lengua de comunicación, lengua de pensamiento, lengua de conocimiento y lengua de arte son los usos privilegiados que justifican su destino.

Sobre esta base, la respuesta a la pregunta ¿Cómo habla el venezolano? es, no sólo una puerta a la preceptiva de enjuiciamiento de la lengua española de Venezuela durante estos últimos cien años y hasta el presente, sino la más asombrosa posibilidad de entendernos como individuos, sociedad, raza y nación en el retrato que ella ha hecho de nosotros. Este retrato es nuestra vida más auténtica, nuestra grandeza y pequeñez, nuestra visión del mundo con sus aciertos y decadencias activadas. Lengua y lingüística de Venezuela como entendimiento de su etnografía y arqueología, de su sociología y filosofía, de su lingüística y poética como únicas posibilidades para la comprensión del

laberinto del país a través de su expresión. En suma, la palpitación venezolana de la lengua.

¿Cómo entender esta palpitación, cuando ya hemos entendido sus palpitaciones en la ciencia del lenguaje?. Para responder, nos fijaremos en el significado de los desarrollos en materia léxica, fonológica y morfosintáctica, entendiendo al léxico como elemento de cohesión. Permite éste formular el principio de *contrastes en la unidad*. Necesidad de uniformidad en respeto de las variedades regionales que hablan de un país fragmentado, con individualidades locales, pero que se propone reafirmarse en la generalidad de lo nacional. Las peculiaridades léxicas, los modismos y la fraseología que cada región privilegia como forma auténtica de expresión del mundo, junto a una general manifestación lingüística de constitución de un léxico con rostro identificable, son las notas distintivas del estado actual del habla venezolana. Diferencias dialectales que responden a necesidades regionales y que perviven junto a un avasallante impulso de un léxico general que viene irradiado desde el centro del país o, más bien, desde los centros de generación del pensamiento, la comunicación y la cultura. Aunque no siempre en su sentido geográfico, están ejerciendo fuerzas que uniforman el léxico nacional. Los medios de comunicación, el universo editorial, la red informativa virtual, la generación de cultura y pensamiento están imprimiendo a nuestra modalidad léxica una uniformidad y una universalización expresivas que condicionan la aceptación de diferencias regionales, vistas a veces como discrepancias a la norma.

Las hablas de Caracas y de la región central del país constituyen la norma rectora en materia de léxico. Reproduciendo en cierta medida la realidad de las hablas hispanoamericanas frente a la modalidad peninsular, en un momento política y culturalmente rectora, la capital de la República ha ejercido una supremacía impositiva en cuanto a denominaciones de las realidades, a los modos sacralizados del decir venezolano y a la construcción de la expresión léxica venezolana.

La potencia y fuerza ejercidas por el centro, en este caso generador de la actividad constructora de la Nación, hizo que, aunque en una calidad de invisibilidad no fácil de

precisar, las hablas regionales excluidas de la imagen general, a no ser en eximios casos de folklórico exotismo, se solidificaran en su microcosmos y se conservaran como enclaves estancos de un modo de expresión léxica incontaminada. A este respecto, el habla andina registra la pervivencia de numerosos arcaísmos léxicos (*agora, ansina, naiden, truje*).

Sin embargo, esta situación comienza a cambiar y el dominio absoluto del habla de Caracas empieza a hacerse permeable. Puede decirse que el desarrollo socio-económico y cultural de otras metrópolis nacionales se está imponiendo, también, en su faz léxica. Maracaibo, Valencia, Mérida, San Cristóbal, Barquisimeto y, más parcamente, Puerto Ordaz, Maturín y Puerto La Cruz, están consolidándose como focos de irradiación de un léxico propio, carente del estigma de lo regional, que alimenta al habla general de Venezuela. Por otra parte, y en aparente contradicción, las diferencias regionales son aplaudidas como manifestación rica de la etnografía y el folklore, aunque la seguridad de que la estimación no sea más que una posición frente a la marginalidad y a la periferia desde la posición privilegiada de Caracas.

Más allá de esta compleja problemática, nos preguntaríamos por la forma de caracterizar hoy el léxico venezolano como variedad diferenciada en el ámbito de la lexicografía hispánica, española e hispanoamericana. En ese ámbito, Venezuela ocupa, sin duda, un lugar ganado por sus especificidades diferenciales y por sus características que la definen como una variedad de habla con rostro propio. En este sentido, la primera consideración que se impone es la de su configuración multidialectal. Entender el léxico venezolano como unidad sería equivocado. Están pesando siempre las diferencias regionales. Así, puede hablarse de un léxico caribeño y de otro andino como constituyentes medulares del habla nacional. Por caribeño estamos entendiendo el léxico usado en todas las regiones costeras e insulares del país y abarcando, entonces, las geografías más distantes, aunque no radicalmente disímiles. Existe un marcador constante en la caracterización del léxico caribeño venezolano que lo iguala, por una parte, al del resto de las hablas caribeñas (Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, la costa atlántica de Colombia, entre otras) e, internamente, iguala parcialmente el léxico de Maracaibo con el de Caracas y el del Oriente del país. Por andino entendemos el léxico de las regiones signadas por las altas montañas de Los Andes,

en conexión con el mundo andino del continente (de Colombia, especialmente) y con zonas circunvecinas del pie de monte andino (sur del Lago de Maracaibo y cercanías llaneras). Restarían, en esta reflexión, los otros ámbitos léxicos (el llanero y el guayanés) que, creo no equivocarme, no presentan una cohesión tan marcada como el caribeño y el andino para la constitución del léxico venezolano general.

La segunda consideración sería aquella que nos describe la riqueza de modalidades y condiciones de uso de nuestro léxico. En esta descripción y análisis por niveles y condiciones de uso es en donde el léxico venezolano nos permite un reflejo de sus valores más caracterizadores: permeabilidad al cambio, adaptabilidad a la neología y creatividad dentro de un contexto de respeto a las tradiciones lingüísticas. Tradición y novedad léxicas parecen ser, una vez más, los marcadores constantes para definir el habla de Venezuela. Gracias a esto conviven en ella las fuentes léxicas sobre sus orígenes étnicos hispánicos, indígenas y negroides (la presencia de este tipo de unidades léxicas en el habla del país es identificable, aunque cuantitativamente no sea muy numerosa: *bululú* ‘Desorden’, *burundanga* ‘Desorden’, *cunene* ‘Pequeño, especialmente un niño’, *lembe* ‘Golpe’, *mandinga* ‘El diablo’, *mondongo* ‘Comida a base de panza de vaca’, *quilombo* ‘Andurrial’, entre otras) en imperceptible entremezcla con lo modernísimo y cambiante de la vida vertiginosa y fugaz de los últimos tiempos.

De la tradición léxica están activas las fuerzas que generan y explican la presencia de los llamados *venezolanismos*, entendidos como unidades de uso venezolano diferenciales frente al español peninsular. Este concepto de larga codificación (Colmenares 1989) permite englobar la generalidad de los procesos distintivos en el habla venezolana en materia de léxico y, en muchos casos, también de fonológica (aspiración de consonante /s/ en posición final, caída de la /d/ en terminación de participios, confusión de consonantes líquidas /l/ y /r/, entre otros fenómenos) y morfosintáctica (queísmo ‘insisto que aceptes’, dequeísmo ‘pienso de que’, que galicado ‘fue ayer que lo vi’, usos personales de los verbos haber ‘habían niños’ y hacer ‘hacen años’, uso plural inapropiado del pronombre lo ‘yo se los dije’, preferencia por la terminación –ra en pretérito de subjuntivo ‘si yo hubiera llegado a

tiempo’, uso de verbo ser como focalizador ‘se dedicaron fue a estudiar’) (Álvarez, Bentivoglio, Obediente, Sedano y Tejera 1992).

No sólo resulta un *venezolanismo* aquella unidad de significante desconocido en España, sino, también, la de significante conocido pero con significado desconocido, sin considerar criterios de frecuencia que, en muchos casos, explican la mayoría de los hispanoamericanos léxicos. Así, esta noción hace posible reunir: 1) venezolanismos propiamente dichos (*arepa, bochinche, butaque, flux, lavativa, palo de hombre, tinajero*); 2) nuevas acepciones (*coger, dilatar, huevo, levante, listado, paloma, pena, suspiro, tercio, voltearse, yeso, yunta*); 3) indigenismos (*botuto, budare, cabuya, casabe, cocuiza, guasacaca*); y 4) coloquialismos (*carrizo, chévere, culebrón, desguañangado, ex, fregado, guayabo, impasable, lambida, mamotreto, mandraque, montarral, orillero, patota, pestón, pucho, rolitranco, rosca, sutanejo, taparazo, tobo, tuturo, veranoso, vergatario, yerna, zafado, zarataco*) de raíz muy diversa. El registro de la zoonimia y de la fotonimia, también considerado en la descripción de los venezolanismos, comprende un muy numeroso grupo de unidades.

De incorporación más reciente y acorde con los cambios ciudadanos, comunicacionales y culturales, el habla venezolana se nutre de unidades léxicas nuevas. Tecnicismos (*emailear, overnight*), extranjerismos (*minilunch* ‘Pastelito relleno de jamón y queso que se expende en panaderías. Se pronuncia generalmente: *minilunch* o *minilún*’, *sandwich* ‘Se pronuncia generalmente *sanguche* o *sanduche*’, *strapless, standby*), nombres marca (*curita, frigidaire, gillette, harina pan, modess, papermate, ser frescolita, ser un caterpillar, sobre manila*), unidades con cifras (*en dos platos, estar en tres y dos, tres en uno*), unidades con letras (*equis o ye*), unidades con letras y cifras (*ser a número uno*), unidades truncadas (*la disco, ser mongo, un tranfor*) siglas (*CCCT, LUZ, UCEVISTA*) recogidas por primera vez muy recientemente (Núñez, Biord y Pérez 1990), calcos lexicalizados (*ropa casual*) y otras especies lexicográficas, muchas de ellas comunes a otras hablas hispánicas. En general, imprimen un rasgo nivelador y cumplen una función igualadora más que diferencial.

Durante la primera mitad del siglo XX el país sufre enorme un proceso modernizador. El protagonismo en este proceso, sin desmedro de los aportes que se reciben desde las capitales regionales, lo adelanta la propia capital de la república. Los viejos intentos de urbanización en la Caracas guzmancista habían dejado en el espíritu de la ciudad y en el de sus ciudadanos la idea de que los cambios materiales eran posibles y de que las transformaciones físicas debían ser el reflejo de otras en la sensibilidad, la mentalidad y la vida. Sobre este principio de afectividad hacia las mutaciones ciudadanas, Caracas se impondrá, sin descanso hasta el presente, nuevas mutaciones que el lenguaje, también, va a sufrir y a consignar. La *neoyorkización* de la ciudad como proceso de aniquilación de los vestigios coloniales y republicanos y su sustitución por imágenes afiliadas a otras que recuerdan las de la metrópoli estadounidense, se reflejará hondamente en la constitución de un nuevo léxico venezolano de parentela inglesa, explicable pero forzada, que parece renegar (como adaptación a los tiempos modernos y a los lineamientos dictados por los nuevos centros de poder) de sus orígenes hispánicos y venezolanos mismos. *Neoyorkismos* serán, entonces, las unidades léxicas hijas de este proceso de vinculación anglófona en el español venezolano, algunas de ellas plenamente castellanizadas: *aire acondicionado* (air conditioner), *apartamento*, *baby*, *baby doll*, *baby shower*, *block* (libreta para anotaciones), *bloque* (edificio), *boy*, *boy friend*, *bluma* (bloomer), *bluyín* (blue-jean), *brake*, *brunch*, *bus*, *by*, *cachar* (to catch), *cd* (compact disk), *chor* (short), *clip*, *closet*, *coffeebreak*, *club*, *cocktail*, *cool*, *dear*, *de one*, *discomusic*, *dogs*, *feeling*, *fiftififti* (fifty-fifty), *flis* (flit), *fresh*, *full*, *greifru* (grapefruit), *guachimán* (watchman), *guáter* (water closet), *guaya* (wire), *hall*, *hey!*, *high*, *hot*, *hot dogs*, *jeep*, *living*, *lonchera* (derivado de lunch), *lun* (lunch), *minilún* (minilunch), *monkey* (denominación despectiva para personas marginales y de color), *night club*, *no way*, *okey*, *one way*, *out*, *pantry*, *parking*, *picó* (pick-up), *ropa casual* (casualwear), *sánduche/ sánguche* (sandwich), *set*, *sexy*, *sleeping bag*, *spray*, *standard*, *stand by*, *stop*, *strippers*, *strapless*, *surfer*, *surfin*, *teipe* (tape), *tic*, *topless*, *training*, *video* (videotape), *valet parking*, *walkman*, *whiskey*, *yip* (jeep), *zapping* y tantísimos otros (Pérez 2002d: 184-189). El primero de nuestros estudiosos del lenguaje en reparar en este fenómeno y en darnos una profusa primera descripción, sería Ángel Rosenblat en su estudio: “El habla de Caracas en los últimos treinta años (1935-1965)”, de 1967²⁹.

²⁹ La recolección y estudio de los anglicismos en el habla del país ha generado una bibliografía que ya alcanza

Universo aparte, dentro de lo que en la mutación de la vida suponen los órdenes ciudadanos y la modernidad, lo problemático social reflejado en el léxico. Comportamientos marginales, viciosos y excluidos constituyen la base sobre la que el léxico jergal se nutre para también nutrir los niveles coloquiales y estándares del habla. Léxico de la delincuencia, de la drogadicción y de la juventud parecen reunirse en amalgama léxica de cuestionada pervivencia. El ámbito de lo tabuizado resulta en el habla de Venezuela, como en la generalidad de las hablas hispánicas, muy rico y de poderosa creatividad lingüística por su permanente entremezcla con lo eufemístico: *atender por los dos teléfonos* (Ser bisexual un hombre); *dos poderosas razones* (Senos muy grandes de una mujer). Algunas muestras podrían ser las siguientes: *¡animal!* (Juv. Se usa para demostrar admiración o sorpresa); *bobo* (Juv, Delinc. Reloj pulsera); *derraparse* (Juv. Abandonar una persona las costumbres socialmente admitidas adoptando conductas que se consideran impropias); *estar en Alaska* (Drog. Estar una persona alejada del consumo de drogas); *estar up* (Drog. Encontrarse bajo los efectos de un estimulante); *los vidrios* (Juv. Se usa como fórmula de despedida) (Pérez 1998c 1999).

El léxico venezolano de hoy puede caracterizarse por este rasgo de tradición y novedad, de creatividad en la tradición y de contraste en la unidad. Este léxico nos habla poderosamente de una cosmovisión y de una expresión. Expresión americana de una naturaleza distinta, de una historia particular, de costumbres y alimentos propios, de fiestas y privaciones, de glorias y simplezas. Palabras reveladoras, mundos que son palabras. Etnografía hecha discurso y cuyo universo léxico es recogido por los diccionarios venezolanos (Pérez 2000e).

La expresión venezolana viva en la palabra hablada o viva en el texto escrito, llevada de la mano de poderosas palabras y de modos sintácticos peculiares que nos retratan, que son nuestro espejo como espejos son también los libros que nos las describen: diccionarios y

algunos títulos de indispensable revisión. Serían ellos: “Anglicismo” (1950), de K. X.; “Anglicismos en el habla venezolana” (1987), de Jaime Tello; “Anglicismos en léxico del habla culta de Caracas” (1988), de Zaida Pérez; *Anglicismos léxicos en la prensa merideña* (Tesis de Maestría) (1989), de Susana Schultz; “Anglicismos” (1992), de Pablo Ramos Méndez. Los detalles bibliográficos se recogen en Chumaceiro y Malaver 1999: 108-109.

gramáticas. En el caso de Venezuela, país filológico más que ningún otro de Hispanoamérica ante la inexistencia del documento físico, esas palabras y construcciones son nuestro apego a la historia.

Lingüísticas son, pues, nuestras imágenes de la vida. Lingüísticas son nuestras formas de entendernos como pueblo, de realizar nuestras ilusiones, de congeniar lo esplendoroso y lo frustrado, de equilibrar nuestros deterioros culturales que el lenguaje no hace sino recordarnos. Lingüísticos son nuestros afectos por lo que nos determina como individuos de un espacio concreto de la vida latinoamericana. Esencia y razón de vivir son, para nosotros, también de origen lingüístico. Tono de la vida, jocoso y melancólico, creativo y plagario, honesto, hospitalario y, sobre todo, esperanzador. Pueblo sencillo y de franco esfuerzo que las circunstancias históricas han hecho decaer y frustrar. Profundamente histórico, pero despegado a la historia material. Consuetudinario aniquilador de las huellas de un pasado que, cuando conocido, no hace más que producir asombro y fascinación. Aquí, entonces, el trabajo lingüístico no es más que el rastreo de esas huellas y la construcción de los caminos por donde hacer transitar un presente desorientado. Lengua que nos determina y que nos condiciona, que nos ata y nos limita en el espacio ilimitado de los universos del pensamiento y del espíritu. Pensamiento y espíritu que nos ayudan a conocer el mundo y a fundarlo a partir de simples palabras. Palpitaciones, itinerarios y recorridos de la lengua, la lingüística y la cultura de la Venezuela del siglo XX, no son más que posibilidades para repensarnos en la condición venezolana más significativa.

V

El archivo de los santuarios

La investigación historiográfica

Pasado

Los primeros acercamientos historiográficos sobre la lingüística venezolana estuvieron dedicados a considerar los aportes de las producciones y a entender la situación de la lingüística indígena. Hacen su aparición durante el último cuarto del siglo XIX, entre otras razones porque la reflexión histórica sobre otras parcelas de la investigación lingüística venezolana (principalmente: gramática, historia de la lengua, dialectología y lexicografía), más tardía, como se verá, queda postergada ante la primacía del estudio de las lenguas indígenas en la época colonial. Esto permitió a muchos historiógrafos, a una distancia de casi un siglo, racionalizar las búsquedas y métodos sobre uno de los períodos más fecundos de nuestra lingüística.

Así, en 1878, Arístides Rojas (1826-1894) publicará como parte de sus *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela* un ensayo histórico-bibliográfico que tituló: “Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela” que, no conociéndose otro texto con estas características y de fecha anterior, pasa por ser la primera historia de nuestra lingüística³⁰.

El estudio de Rojas recorre las producciones estelares de la lingüística indígena venezolana, desde la época colonial hasta la contemporaneidad del autor, en torno a las lenguas caribe, chaima, paria, cumanagota, tamanaca, aravaca, guaraúna, goajira y muysca. Manifiesta, en todo momento, su estimación por las obras de los

³⁰ Posible excepción cronológica, aunque en respuesta a intereses de investigación muy distintos a los que tratamos aquí, la constituye el *Compendio de la historia de la literatura* (1850) escrito por Andrés Bello. En este estudio, Bello hace, junto al balance histórico de la producción literaria clásica, el de la gramática clásica. Resulta, en esto, un adelantado, entre otros, de la importante y fundadora obra de H. Steinthal: *Historia de la lingüística entre los griegos y los romanos* (1863).

misioneros lingüistas coloniales y por los estudios de los primeros naturalistas para el conocimiento de las lenguas indígenas:

El caudal que hoy aprovecha la ciencia se debe principalmente a la constancia de los misioneros que levantaron la base de la lingüística americana. Sin el trabajo de estos hombres ejemplares, nada podría haberse hecho, cuando algunas de las naciones que éstos conquistaron han desaparecido por completo.

La historia filológica de Venezuela que comienza con las misiones castellanas a mediados del siglo decimosexto, permanece guardada hasta el día en que el grande Humboldt pisa nuestras playas. Puede decirse que este hombre gigante abrió las puertas del siglo y estableció la alianza fraternal que ha unido a los espíritus cultivados de ambos mundos, en beneficio de una idea fecunda: el estudio de América (Rojas 1944: 192 y 160).

Una línea similar de investigación propondrá Adolfo Ernst (1832-1899) al escribir, en 1890, para el número 31 de la revista caraqueña *La América Ilustrada y Pintoresca*, un breve esbozo de la historia de la lingüística indígena, que titula: “El progreso de la lingüística americana”. Especial énfasis tendrán en su recuento la participación de americanistas europeos y norteamericanos. Para Ernst el origen de la lingüística americana se debe a la consolidación científica de la etnografía, en el momento en que comienza a entenderse que sólo por vía lingüística podrá lograrse una aproximación al conocimiento del hombre americano: “y si acaso fuera dado al hombre levantar por completo, o a lo menos en parte, el velo que cubre la época prehistórica de la raza americana, por cierto que el estudio de las lenguas americanas ha de contribuir no poco a la solución de tan interesante problema” (Ernst 1987: VI, 755).

Sobre las huellas de Rojas y Ernst la historiografía positivista dedicará, nuevamente, a la lingüística indígena dos estudios centrales: 1) el “Proemio” que escribe Pedro Manuel Arcaya (1912) como antesala a la *Contribución al estudio de la lengua goajira*, de Luis R. Oramas; y 2) la “Introducción” a *Los aborígenes del occidente de Venezuela*, de Alfredo Jahn (1927).

El recuento histórico elaborado por Jahn, de notables aciertos documentales y críticos, resulta indispensable aún hoy en día para el conocimiento de las grandes figuras de nuestra lingüística de finales del siglo XIX y principios del XX (Arcaya, Febres Cordero, Salas, Lares, Ernst, Oramas, Fonseca, Tavera-Acosta y otras). Analiza, asimismo, las contribuciones de viajeros y americanistas, resumiendo el saber del momento sobre las afinidades y clasificaciones lingüísticas de los grupos indígenas de la región estudiada.

El saldo final de estas investigaciones se concentrará en el establecimiento de una reflexión histórica, en la confirmación de una tradición de estudios, en la evidencia de una evolución de la ciencia y en la consolidación de la ciencia misma del lenguaje. En este orden de ideas, el conocimiento de la historia de la lingüística indígena facilitó su progreso, en interdependencia con la disciplina historiada, al comprender, a través de ellas, el camino recorrido y por recorrer. Así, Adolfo Dollero dedica un capítulo del tomo primero de su obra *Cultura venezolana*, a reseñar los aportes filológicos venezolanos (Dollero 1933).

A partir de 1950 y hasta 1980, aproximadamente, la historiografía lingüística venezolana abordará en trabajos de diversa naturaleza las problemáticas referentes a la evolución de la ciencia, en ojeadas generales o parciales centradas en épocas lingüísticas distintas, fijando para cada área las contribuciones de obras y autores, en un empeño por describir los sistemas lingüísticos. Esta aspiración, no siempre fue alcanzada.

El proceso historiográfico en este período ha ido desarrollándose desde los repertorios y listas de obras con organización cronológica, como sería el caso del cuadro: "Obras didácticas para la enseñanza de la gramática de la lengua castellana publicadas en Venezuela, desde el año 1820 hasta 1880", incluido en el libro de Américo Briceño Valero: *El alfabeto castellano. Historia, morfología y lexicografía. Lecciones iniciales del estudio de la gramática castellana* (Briceño

Valero 1950), hasta la confección de estudios de amplio registro y de análisis de las producciones.

De raíz bibliográfica, puede decirse que los primeros movimientos de registro y descripción de la producción lingüística venezolana se asentaron desde esta parcela del estudio permitiendo el conocimiento de los textos y la comprensión de la trayectoria histórica. Los primeros momentos de ordenación de las referencias mayores habría que buscarlos en los útiles trabajos bibliográficos del siglo XIX: "Materiales para la bibliografía nacional", de Adolfo Frydensberg; e "Instrucción pública", de Guillermo Tell Villegas: colaboraciones para el *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes* (1893). Asimismo, los registros confeccionados por Adolfo Ernst: "Venezuelan Literature" (1870) y *Catálogo de la Biblioteca de la Universidad de Caracas* (1875).

Logro moderno, en esta misma línea de investigación, la resolución de los altibajos en la secuencia histórica de la especialidad. Muy destacados, en esta orientación, los aportes de Pedro Grases. En "La primera obra de filología publicada en Caracas" (1949), resuelve una de las primera datas en la historiografía lingüística al optar por la asignación al *Arte de escribir* del Abate de Condillac que, en traducción de Andrés Bello, publicara Tomás Antero en 1824, como la obra inaugural de los intereses caraqueños hacia el lenguaje. Ya en 1943, Grases había ofrecido sustantivo aporte al resolver otro de los problemas capitales de la reflexión historiográfica venezolana de temas lingüísticos. En este caso, el enigma sobre la inconclusión del magistral y ciclópeo *Diccionario matriz de la lengua castellana* (1850), de Rafael María Baralt. Su propuesta privilegia argumentos históricos y biográficos, cargando el peso las críticas recibidas por Baralt de su más inflexible y demoledor censor, el escritor y bibliógrafo Bartolomé José Gallardo (Pérez 1988: 79-82), por encima de otras hipótesis referidas a los escollos técnicos de obras lexicográficas de esta naturaleza: "en cuanto a su proyectado *Diccionario* concierne, la negativa a colaborar, manifestada ruda y francamente como correspondía al modo de ser violento y combativo de Bartolomé José Gallardo [...] afectaría a Baralt en

forma tan decisiva para abandonar su anunciado *Diccionario Matriz*. A mi entender, esta es la razón de fondo, por la cual desistió de su empresa” (Grases 1943: 40). Sin embargo, “Estudios de castellano” (1940) será el trabajo histórico-bibliográfico de Grases más implicado en el proyecto de articular una reflexión sobre el pasado de los estudios venezolanos del lenguaje (Grases 1940) y el punto de partida de su propia labor historiográfica (Grases 1945)³¹.

Con estos intereses, ha escrito una breve historia de la lexicografía venezolana al prologar el tomo segundo de las *Obras completas de Lisandro Alvarado*. En “La obra lexicográfica de Lisandro Alvarado” (Grases 1954) encuadra históricamente el significado de la producción de nuestro lexicógrafo mayor y se remonta a los nombres que consolidan una *tradición venezolana* dentro del contexto de las fuentes hispánicas y americanas sintetizadas en la producción de Alvarado. Estudio, pues, de enorme utilidad para la reconstrucción de nuestra historia lingüística.

La reflexión sobre la contribución de Grases como historiador de la lingüística venezolana resulta, además, sustantiva. Se sustenta en seis marcadores de primer orden: 1) la postulación y defensa de una tradición lingüística; 2) el establecimiento del origen documentado de la lingüística venezolana del siglo XIX; 3) la primacía del *Compendio de gramática castellana* (1841) de Juan Vicente González como primera gramática sincrónica hispanoamericana; 4) el nacimiento de la ciencia gramatical con la obra de Bello a partir de 1847; 5) la significación de Baralt en la lexicografía histórica española e hispanoamericana del siglo XIX; 6) la obra de Cuervo como síntesis de nuestra lingüística del XIX.

La historiografía de la lingüística indígena también alcanza en este período, que culmina hacia 1980, sus más logradas realizaciones. Llevada a cabo por dos notables

³¹ Aunque no se trata propiamente de un trabajo de historia de la lingüística venezolana, resulta un estudio fundamental para su comprensión, al sintetizar los aportes de tres figuras claves para la historia de la disciplina: Andrés Bello, Juan Vicente González y Rafael María Baralt. Analiza la relación de estos gramáticos y sus obras en función de la trayectoria lingüística del filólogo y lexicógrafo colombiano. Recientemente, se han estudiado, aunque en un sentido diferente al de Grases, las conexiones entre Cuervo y otros lingüistas venezolanos del siglo XIX: José Domingo Medrano (Pérez 1996a; Pérez 1997a: 192; Pérez 2000: 69) y Julio Calcaño (Pérez 2001).

historiadores y lingüistas, José del Rey Fajardo y Cesáreo de Armellada, y desde el Centro de Lenguas Indígenas de la Universidad Católica Andrés Bello, emprendieron un proceso de reconstrucción histórica sobre la labor lingüística producida por miembros de las distintas órdenes religiosas durante el tiempo colonial. Cuando José del Rey escribe su libro: *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana* (1971), abre con él una brecha central para el estudio de la lingüística colonial. Efectivamente, la “Breve síntesis de la historia de la filología indígena elaborada por los Jesuitas” se constituye en paradigma para el estudio de la filología misionera colonial que, muy pronto, fue continuado en investigaciones eruditas sobre otras órdenes religiosas: 1) *Los Agustinos y las lenguas indígenas venezolanas* (1979), de Fernando Campo del Pozo; 2) *Labor Franciscana: I. Promoción indígena* (1979), de Odilo Gómez Parente; 3) *Lingüística indígena venezolana y los misioneros Capuchinos* (1981), de Buenaventura de Carrocera. Otros autores vinieron muy pronto a hacer muy consecuente estos estudios. Entre otros, habría que mencionar a J.A. Ramos Martínez y Cayetano de Carrocera con las *Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía* (1980), en donde se dedica un capítulo a las producciones antiguas sobre lenguas indígenas de la región historiada, y a Fernando Arellano con su erudito y monumental trabajo: *Una introducción a la Venezuela Prehispánica. Culturas de las naciones indígenas venezolanas* (1986).

Por su parte, Cesáreo de Armellada ha estudiado los intercambios y préstamos en materia de lenguaje entre el castellano y las lenguas indígenas en Venezuela, reseñando los aportes más destacados de misioneros, historiadores, etnógrafos y lingüistas a la lingüística indígena del país, siempre con un criterio histórico de investigación y exposición (Armellada 1978a). Asimismo, su preocupación por nuestras lenguas indígenas lo llevó a estudiar los antecedentes lingüísticos de varios grupos indígenas, en especial pemones y yukpas, y a analizar los aportes respectivos desde los tiempos iniciales hasta el presente (Armellada 1943 y 1978b).

Hacia el final del período se ha diversificado el espectro de posibilidades a estudiar. Algunas muestras podrían ilustrar los nuevos caminos que se estaban abriendo para la investigación historiográfica en materia lingüística. Alexis Márquez Rodríguez dedica parte del prólogo al *Léxico popular venezolano* (1977), de Francisco Tamayo a los estudios sobre el español de Venezuela y sobre otros campos de nuestra lingüística (Márquez Rodríguez 1977). Adolfo Salazar-Quijada en su libro: *La toponimia en Venezuela* (1978), ofrece materiales y cronologías instalados en la investigación toponímica venezolana. También, la historia de la dialectología es organizada y periodizada con notable interés por Sergio Serrón en su estudio “Algunas notas sobre los estudios de dialectología en Venezuela” (1979). Divide en cuatro etapas la trayectoria de estas investigaciones: 1) desde finales del siglo pasado hasta el comienzo del siglo XX (Juan Seijas, Julio Calcaño, Lisandro Alvarado, Baldomero Rivodó y Arístides Rojas); 2) primera mitad del siglo XX (Pedro Grases y Henry van Wijk); 3) cronológicamente simultánea a la segunda etapa (Ángel Rosenblat); y 4) momento actual (estudios institucionales) (Serrón 1979).

El denso período 1950-1980 culmina con la creación de la primera cátedra venezolana de historia de la lingüística, que comienza a funcionar el año 1972 en la Universidad Católica Andrés Bello. Iniciativa pionera de Jesús Olza Zubiri, José del Rey Fajardo y Fernando Arellano, hace posible, por primera vez en nuestras aulas, el estudio científico de la historia de la lingüística universal y, muy escuetamente, de la hispanoamericana y venezolana con la presentación de la obra gramatical de Bello y de algunas producciones amerindias. Fernando Arellano vino a encargarse de la cátedra y para ella elabora una *Historia de la lingüística* (1977-1979), uno de los primeros trabajos publicados en castellano sobre esta especialidad, de interés muy reciente por aquellos años en el ámbito internacional. Por su parte, Jesús Olza Zubiri elabora en *El pronombre* (1973) una historia de las concepciones teóricas sobre la mencionada categoría gramatical.

Presente

Las décadas siguientes marcarían una etapa de enorme progreso. Los tópicos temáticos y los métodos del período anterior se han desarrollado hasta hacer ya de esta especialidad un organismo con independencia y con búsquedas propias. Las áreas de trabajo aparecen, ahora, bien delimitadas, generándose la necesidad de estudiar por separado los avances de cada parcela de especialización y de cada pequeño dominio de la investigación lingüística.

Aquí, la labor historiográfica se ve respaldada por las publicaciones de buenos repertorios bibliográficos sobre algunas de las áreas de investigación. Además de las bibliografías del XIX y de los trabajos de Grases, pueden contribuir al estudio histórico lingüístico algunos textos notables: 1) *Aporte para una ficha bibliográfica de la dialectología venezolana hasta 1975*, de Sergio Serrón (1978); 2) *Bibliografía sobre las lenguas indígenas de Venezuela*, de Rafael Ángel Rivas, Hugo Obregón, Gladys García Riera y Ramón Vivas (1983); 3) “Bibliografía sobre el español de Venezuela”, de Gladys García Riera (1985); 4) *Bibliografía sobre el español del caribe hispánico*, de Rafael Ángel Rivas, Gladys García Riera, Hugo Obregón e Iraset Páez Urdaneta (1985); 5) *Lexicología y lexicografía en Venezuela*, de Edgar Colmenares del Valle (1995); 6) “Bibliografía sobre los estudios de historia de la lingüística en Venezuela”, de Francisco Javier Pérez (1996b); 7) *Lexicología y lexicografía en Venezuela. Adenda 95*, de Edgar Colmenares del Valle (1996); 8) *El español de América. Venezuela*, de Irma Chumaceiro e Irania Malaver (1999); 9) *Lexicología y lexicografía en Venezuela. Adenda 96*, de Edgar Colmenares del Valle (2002)³².

Los estudios actuales de historiografía lingüística responden fundamentalmente a dos posiciones diferenciadas. Por una parte, se pone en duda la tradición de los estudios lingüísticos en el país descuidándose, a consecuencia, todas las

³² Este estudio del profesor Colmenares ha propiciado una primera reflexión crítica y valorativa (Pérez 2003a).

producciones antiguas hasta el siglo XIX, consideradas ajenas a la ciencia lingüística y contrarias a la noción de descripción y sistema. Por otra, se argumenta contrariamente rechazando las tesis básicas anteriormente señaladas y se demuestra la solidez y continuidad de los estudios, su continuidad y raigambre en la cultura del país.

La primera tendencia fue sostenida, desde el Instituto Universitario Pedagógico de Caracas, por los investigadores Luis Quiroga Torrealba, Hugo Obregón y Sergio Serrón en el libro *Estudios lingüísticos y dialectológicos* (1983). En el primer estudio, sin firma, pero, según el prólogo, presumiblemente obra de Luis Quiroga Torrealba, titulado: “La investigación lingüística y dialectológica en Venezuela”, se establece con firmeza la tesis antitradicionalista de nuestros estudios lingüísticos, al postular su brevedad y su contemporaneidad: “La lingüística en Venezuela tiene una tradición considerablemente breve. El estudio científico del español venezolano se remonta apenas a las últimas décadas. La limitación de la tradición lingüística y la discontinuidad de sus desarrollos son rasgos comunes a la lingüística hispanoamericana en general [...]. No es sorprendente, entonces, que la breve tradición lingüística, y específicamente dialectológica, venezolana se reduzca a un solo nombre: Angel Rosenblat. Casi toda ella, con contadas excepciones, puede calificarse de precientífica” (Quiroga Torrealba 1983: 4-5)³³.

Ajena a estos planteamientos y como respuesta de la corriente tradicionalista se publica, en 1988, la primera *Historia de la lingüística en Venezuela. Desde 1782 hasta 1929*, investigación de Francisco Javier Pérez. Obra de conjunto, abarca,

³³ Planteamientos similares pueden leerse en el texto inédito de Hugo Obregón y Sergio Serrón, “Panorama crítico del desarrollo de los estudios dialectológicos en Venezuela”. Asimismo, puede seguirse la polémica generada por estos trabajos en: 1) Jorge C. Mosonyi, “IV Encuentro Nacional de Lingüística”, *Boletín de Lingüística*. Caracas, N° 1, 1983, pp. 39-41; 2) Esteban Emilio Mosonyi, “Exigimos una crítica madura y reflexiva”, *Boletín de Lingüística*. Caracas, N° 1, 1983, pp. 47-48; 3) Sergio Serrón, “Acerca de críticas y críticos”, *Phonos*. Maracaibo, N° 4, 1983, pp. 36-49; 4) Andrés Márquez Carrero, “Tradicón de los estudios lingüísticos en Venezuela”, *El Universal*. Caracas, 1983, p. I-13. Sin embargo, Quiroga Torrealba parece revisar sus ideas de rechazo a la tradicionalidad de los estudios en un trabajo del que ha ofrecido, siempre con el título “Los estudios lingüísticos en Venezuela”, varias versiones aumentadas y mejoradas (Quiroga Torrealba 1982, 1988 y 1992).

aproximadamente, ciento cincuenta años de historia lingüística, comprendida entre 1782, año de publicación del tomo III del *Ensayo de historia americana*, de Felipe Salvador Gilij, con la que se corona la lingüística colonial; y 1929, año de la muerte de Lisandro Alvarado, punto de partida de la lingüística moderna en Venezuela. El autor comprueba la existencia de una tradición ininterrumpida, estudiada en tres grandes áreas de investigación: 1) estudios de lingüística general (J.L. Ramos, J.V. González, A. Bello, R.M. Baralt, F. Larrazábal, C. Acosta, entre otros); 2) estudios sobre el castellano en Venezuela (M. Carmona, A. Rojas, J.D. Medrano, B. Rivodó, J. Calcaño, L. Alvarado, en el marco de otras contribuciones); 3) estudios sobre las lenguas indígenas (J. Gumilla, F.S. Gilij, A. de Humboldt, A. Codazzi, R. Schomburgk, E. Stradelli, K.F. Appun, F. Montolieu, J. Chaffanjon, T. Koch-Grünberg, F. Toro, A. Rojas, A. Ernst, G. Marcano, J.I. Lares, T. Febres Cordero, B. Tavera-Acosta, L. Alvarado, P.M. Arcaya, J.C. Salas, A. Fonseca, E. Toro, S.D. Maldonado, L.R. Oramas, A. Jahn, fundamentalmente)³⁴.

En esta misma línea de investigación entre lo tradicional y novedoso históricos en los estudios lingüísticos, se publica, un año más tarde, el artículo de Jorge Carlos Mosonyi: "Resumen histórico de la lingüística en Venezuela" (1989). Propone una comprensión del decurso histórico de los estudios lingüísticos venezolanos desde la vinculación indígena e hispánica. En estos dos sectores de la investigación, ordena un esquema de periodización de lo producido. Para la lingüística indígena, son cuatro las etapas señaladas y los estudiosos considerados: 1900-1920 (Tavera-Acosta, Oramas, Alvarado, Theodor Koch-Grünberg, Fabo, De Goeje y Rivet); 1920-1940 (Antoine Meillet y Marcel Cohen [*Les Langues du Monde*], T. Febres Cordero, Jahn, Olea, W. Ahlbrinck, Rosenblat y George Gaylord Simpson); 1940-1960 (Alden Mason [*Handbook of South American Indians*], C. Loukotka [*Classification of South American Indian Languages*], M. Castellví, L. Espinosa, McQuown, Greenberg, Tax, Armellada, Carrocera, J. Febres Cordero, Sergio Elías Ortiz, Nils Holmer, Marc de Civrieux, René Lichy, Jean Caudmont, Méndez

³⁴ Quizá, habría que entender como un antecedente de la orientación tradicionalista las propuestas del profesor Andrés Márquez Carrero (1983).

Arocha, Damián Escoriaza, Martha Hildebrandt, Basilio de Barral y las *Nuevas Tribus*); 1960-1980 (L. Perocit, Antonio Tovar, Loukotka, J. Suárez, M. Key, Noble, Taylor, Matteson, Cristian, Wheeler, M. Durbin, Antonio Vaquero, Esteban Emilio Mosonyi, B.J. Hoff, Henry Osborn, Camilo Mugica, Rafael López Sanz, Omar González Nãñez, Ernesto Migliazza, Susan Ehrmann, Jorge C. Mosonyi, Pedro Krisólogo, Olza, Jusayú, *Nuevas Tribus*, Hildebrandt, Jacques Lizot, Vegamián, Johannes Wilbert, Luisa López, Basilio Arintero, Julio Lavandero, Daisy Barreto y Armellada). La lingüística hispánica, en cambio, es vista en dos grandes momentos y en el recuento de algunas figuras estelares: 1900-1950 (Ovalles, Picón Febres, Guerrero, Pimentel, Alvarado, T. Febres Cordero, Henry Louis van Wijk y Rosenblat) y 1950-1980 (Rosenblat, Hildebrandt, Aura Gómez, María Teresa Rojas, Bentivoglio, Tejera, Colmenares del Valle, D'Introno, Sosa, E.E. Mosonyi, José Adames, Manuel Navarro, Quiroga Torrealba, Villalba de Ledezma, Barrera Linares, Fraca, Obregón, J.A. de Armas Chitty, Rago, Ruiz, Ocampo, Chiossone, J. Marcano Rosas, Chela-Flores, Santos Erminy Arismendi, Bashleigh, Martínez Centeno, A. Carrera Sibila y Tamayo) (Mosonyi 1989: 11-26; Mosonyi en Amodio 1998: 205-222).

En conjunción con estas últimas propuestas, recientes estudios han evidenciado la necesidad de concentrar la investigación, toda vez que las visiones generales sobre los desarrollos históricos han sido alcanzadas, en torno a los pequeños dominios, parcelas mínimas o subespecificidades de interés que pueden reflejar todo el conjunto.

Así, María Josefina Tejera ha sintetizado los aportes más notorios de la lexicografía del español en Venezuela, desde 1883 hasta 1983 (Tejera 1993). Sin embargo, serán Edgar Colmenares del Valle y Francisco Javier Pérez los investigadores que dedicarán sistemáticos esfuerzos a estudiar el desarrollo de las producciones y estudios lexicográficos venezolanos. El meritorio estudio de Colmenares del Valle sobre “La codificación del venezolanismo” (1989) describe históricamente la evolución del concepto de *venezolanismo*, analizando críticamente los textos de nuestros más notables lexicógrafos (Colmenares del Valle 1989). En

estudio posterior, “El espacio previo: Historia y codificación del origen” (1995), llegará a formular una periodización muy esclarecedora de la historia de la lexicografía venezolana. Propone seis épocas: 1) la de los precursores (“Incluye esencialmente el trabajo hecho por los cronistas sobre aspectos del naciente español de América y, concretamente, sobre el vocabulario de las lenguas indígenas”); 2) la de los independentistas (“Se plantea ya la existencia de una lingüística que, a través de la institucionalización del concepto de diferenciación verbal entre América y la metrópoli española, se identifica como lingüística hispánica. Cronológicamente, basándonos en la edición en Caracas de la obra *Farmacopea militar* de Juan Nieto Samaniego y la *Gramática* de Andrés Bello, este período se extiende desde 1819 a 1847”); 3) la de los puristas (“De esta época, enmarcada según nuestros propósitos entre 1848 y 1880, la obra lexicográfica más representativa es la de Rafael María Baralt con su prospecto del *Diccionario matriz de la Lengua Castellana* [1850] y el *Diccionario de Galicismos* [1855]. En ambos trabajos se capta la proposición ideológica que marcará a la casi totalidad de los autores de este período: el purismo, la intención de mantener la lengua depurada de *vicios*. Igualmente, con mayor o menor actitud purista, se incluirán, entre otros, a Miguel Carmona, Cecilio Acosta, Miguel Tejera, Arístides Rojas y Adolf Ernst”); 4) la de los estabilizadores (“De acuerdo con nuestro planteamiento, este período se inicia en 1930 [después de la publicación de *Glosarios del bajo español en Venezuela*], y se extiende hasta 1983, año este en que aparece el primer tomo del *Diccionario de venezolanismos*. Durante el mismo se continuó con la recopilación y descripción del léxico de uso venezolano (reconocido definitivamente con la designación de venezolanismo) y se publicó una cantidad considerable de trabajos. Sin embargo, el volumen no siempre se correspondió con la formulación de planteamientos novedosos como análisis estrictamente científico. El desarrollo de la lingüística en Europa y en algunos países de América tuvo, al parecer, poca repercusión en el nuestro. No hubo cambios sustantivos en cuanto a adopción de nuevos criterios para describir las peculiaridades léxicas dialectales, a pesar del interés que por esta disciplina despertó la labor pedagógica de Pedro Grases, José Luis Sánchez Trincado, Ángel Rosenblat, Roberto Martínez Centeno, J.M. Núñez Ponte, Luis Quiroga Torrealba, María

Teresa Rojas, Olga de León Padrón y Marco Antonio Martínez, entre otros”); 6) la de los reformistas (“En 1993, con la edición de dos nuevos volúmenes, se concluye el *Diccionario de venezolanismos*. En el período comprendido entre 1983 [año de la publicación del primer volumen de esta obra] y 1993, se plantean varias proposiciones que aún no habiéndose desarrollado en su totalidad, representan una visión diferente del análisis del léxico y, del mismo modo, una praxis de docencia que puede traducirse en un período de nuevos alcances. Allí, hasta ahora, entre otros, están María Arconada de Jouvenot, Ives Jouvenot Maitre, Víctor Rago, Zaida Pérez González, Edgar Colmenares del Valle, Rocío Núñez y Francisco Javier Pérez quienes en diferentes centros universitarios se dedican al estudio del léxico de uso venezolano con metodologías diferentes y de carácter reformista”) (Colmenares 1995: 14-22).

En consonancia con este carácter de renovación en el estudio histórico y crítico-técnico de las disciplinas lingüísticas en Venezuela, Francisco Javier Pérez centrará sus esfuerzos, no sólo, como queda visto, en la historiografía general, sino en el de las subespecialidades y los pequeños dominios. Coincidiendo con los planteamientos reflexivos de Colmenares del Valle, ha desarrollado la historia de los diccionarios venezolanos, ofreciendo muestras elocuentes de sus procesos, textos canónicos, autores paradigmáticos y planteamientos teóricos y técnicos en logro de un auténtico perfil de la disciplina (Pérez 1989, 1992, 1997a y 1997c). Asimismo, se ha detenido a estudiar la posibilidad de historiar, no sólo la propia producción lexicográfica, sino la de la reflexión científica sobre la crítica diccionariológica o metalexigrafía (Pérez 1993a). Además, ha sido de los primeros en plantearse el problema historiográfico y en generar el primer cuerpo de doctrinas, así como el levantamiento de las fuentes básicas (Pérez 1991 y 1996b).

La investigación histórica en lingüística indígena ha continuado, por su parte, un desarrollo ascendente. Especialmente, muy notables los estudios sobre la lingüística de la lengua guajira y los panoramas que permiten explicar la significación histórica de las producciones. Nuevamente vemos aquí como protagonista a José del Rey

Fajardo. Ha ofrecido dos resultados, a este respecto, al escribir sus estudios: 1) “La gramática guajira de Olza-Jusayú” (Rey Fajardo 1986); y 2) “Consideraciones sobre la evolución de la lingüística guajira” (Rey Fajardo 1988). Puede leerse en ellos, además de los recorridos por la bibliografía básica de la lingüística guajira, planteamientos de estudio sobre las directrices evolutivas de las producciones. Recientemente, ha prologado la *Gramática Moja Ignaciana*, de Jesús Olza Zubiri, Conchita Nuni de Chapi y Juan Tube, estableciendo las coordenadas de la historia de la lingüística sobre el mojo de Bolivia y, en especial, remarcando las vinculaciones clasificatorias con las lenguas aruacas del Orinoco, en consecuencia, con los filólogos Jesuitas que las habían determinado desde el siglo XVIII (Giliĵ, fundamentalmente) (Rey Fajardo 2002: 1-28). Está por escribirse, aún, una historia general de la lingüística indígena. Sobre la lengua warao, debe estudiarse *Lingüística indígena: La lengua Waraw*, de Héctor Granados (1998) y dentro de ella, a nuestros efectos, el recorrido histórico de los antecedentes sobre su estudio³⁵. El estado actual de la lingüística indígena es evaluado, teniendo de fondo la problemática humana y antropológica de los pueblos indígenas (entre otros, extinción y revitalización), en una obra que firman Esteban Emilio Mosonyi, Arelis Barbella y Silvana Caula y que titulan: *Situación de las lenguas indígenas de Venezuela* (2003). En este trabajo podemos encontrar un recuento nominal sobre las investigaciones dedicadas a cada una de las etnias y un repertorio de las instituciones que trabajan en las temáticas de sus lenguas y literaturas.

Como trabajos de orientación general y como divulgación de la trayectoria de la lingüística venezolana tienen que considerarse los artículos “Lingüística” e “Idioma Castellano” en el *Diccionario de historia de Venezuela*, tanto en la edición de 1988 como en la de 1997, de la Fundación Polar. Encontramos, aquí, acertadas descripciones sobre el desarrollo de nuestros estudios lingüísticos escritas por José del Rey Fajardo, Iraset Páez Urdaneta y María Josefina Tejera, en cuanto a

³⁵ Aunque de un carácter no historiográfico, esta obra del profesor Granados ha generado una interesante discusión sobre etnonimia y transcripción lingüística (Lavandero Pérez 2003).

lingüística indígena colonial, gramática y lexicografía del XIX y dialectología moderna (DHV1: II, 509-514 y 702-710; DHV2: II, 737-741 y 962-971).

En esta misma línea de trabajo, el *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina* (1995-1999), dedica, además de algunos artículos a escritores que incursionaron en ámbitos lingüísticos, dos artículos a obras lingüísticas venezolanas. Uno a la *Gramática de la lengua castellana*, de Andrés Bello, y otro al *Diccionario de galicismos*, de Rafael María Baralt. Escritos, respectivamente, por Luis Quiroga Torrealba y Efraín Subero, suponen un moderado avance en cuanto a la presencia de temas lingüísticos en repertorios generales de cultura (DELAL: 1.501-1.502 y 2.051-2.057).

También, resultan muy productivos como fuentes referenciales sobre autores y obras, y en este sentido contribuyen enormemente con la investigación historiográfica de nuestra lingüística, los repertorios diccionariológicos sobre literatura y escritores. A este respecto, deben mencionarse el clásico *Diccionario de literatura venezolana (Autores)* (1974), publicado en sus dos oportunidades por la Universidad de Los Andes, bajo la tutela directriz de Lubio Cardozo y Juan Pintó; y, más recientemente, el *Quiénes escriben en Venezuela. Diccionario abreviado de escritores venezolanos (1900-2003)* (2004), de Rafael Ángel Rivas Dugarte y Gladis García Riera.

Mención destacada debe hacerse de una de las últimas revisiones de conjunto sobre la lingüística dialectal venezolana. Se trata del artículo “El castellano en Venezuela” que, con la autoría y maestría de Manuel Bermúdez (1998), incluye la *Gran Enciclopedia de Venezuela*; y del libro *Orígenes y estado actual del español de Venezuela*, de Godsuno Chela-Flores (1998). Asimismo, algunas prestigiosas voces foráneas, como las del lexicógrafo Manuel Alvar Ezquerro, se han dejado seducir por el interés hacia los estudios y producciones lexicográficas venezolanas, considerando su proyección histórica y propiciando un diálogo con estudios similares en otros países del continente americano. Los estudios de este autor,

generosos y ajustados, empiezan a abrir un camino para la comprensión de las contribuciones hechas por la lexicografía venezolana al conocimiento general del español y al progreso de estos mismos estudios (Alvar Ezquerro 1999, 2002a y 2002b). Asimismo, en satisfacción del principio de estudio sobre los pequeños dominios de la investigación historiográfica de la lingüística venezolana, han comenzado a propiciarse acercamientos desde la consideración de alguno de estos. Es el caso de las revisiones y descripciones historiográficas de acuerdo con los marcadores regionales, como la que lleva a cabo el libro: *Incursiones de lingüística zuliana. Una contribución para su historia* (2000), de Francisco Javier Pérez, visiones del fenómeno a partir de los enfoques irradiados desde la actividad de estudio de una región lingüística y cultural específica.

Futuro

Por último, la amplitud de opciones de investigación ha permitido el encuadre historiográfico de algunas figuras³⁶ (Carrera 1959; Rosenblat 1961 y 1966; Martínez 1966; Márquez Carrero 1977, 1982 y 1983a; Pobladora 1978; Rojas Jiménez 1981; Fernández 1984; Olza 1984 y 1989; Cappelletti 1994; Arellano 1998; Pérez 1993b, 1993c, 1999, 2000f, 2002b, 2002e, 2003b y 2003c; Balza Santaella 2002; Quiroga Torrealba 1984 y 2003)³⁷, el tratamiento historiográfico de algunas problemáticas asociadas a la participación de figuras centrales en la historia de la lingüística venezolana, como es el caso de Julio Calcaño y la historia del purismo lingüístico (Pérez 2002a), la mirada sobre el desarrollo de los estudios lingüísticos en instituciones venezolanas académicas y de educación superior (Chiossone 1990,

³⁶ Aquí, no deben olvidarse los primeros encuadres críticos sobre lexicógrafos venezolanos del siglo XIX en los sondeos histórico-bibliográficos de Juan de Arona (“Bibliografía de americanismos”, en *Diccionario de peruanismos*, 1882), Rodolfo Lenz (“Bibliografía crítica de las obras sobre americanismos”, en *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*, 1905-1910) y Miguel de Toro y Gisbert (“Los diccionarios de americanismos”, en *Americanismos*, 1912).

³⁷ En esta dirección, el *Boletín de lingüística*, que publican la Escuela de Antropología y el Instituto de Filología “Andrés Bello” de la Universidad Central de Venezuela, ha dedicado el número 12-13 (1997) a la publicación de estudios sobre Ángel Rosenblat, escritos por: Josefina Falcón de Ovalles, Gabriela Kizer, Enrique Obediente, Luis Quiroga Torrealba y Fernando Fernández.

Barrera Linares 1992 y Pérez 1997b) y la evaluación sobre los resultados de las reuniones de lingüistas que se realizan periódicamente en el país para sondear y calibrar el progreso de las investigaciones (Álvarez 1996; Serrón 2001; Pérez 2002c). En menor escala, la investigación lingüística venezolana ha intentado la inspección crítica de autores foráneos de proyección continental o mundial en la historia de la lingüística. Podrían mencionarse, a este respecto y como muestra, los trabajos de Ángel Rosenblat (“Leo Spitzer”, *Revista de Filología Española*, Madrid, t. XXI, 1934; “Amado Alonso”, *Cultura Universitaria*, Caracas, N° 31, 1952), Pedro Grases (“Pompeu Fabra. 1868-1948”, *El Nacional*, Caracas, 1978 [1948?]; “Ulrich Leo. 1890-1964. La difícil emigración”, Caracas, 1967; “Don Ramón Menéndez Pidal. 1869-1968”, *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, N° 186, 1968; “Tomás Navarro Tomás. 1884-1979. Una frustrada encuesta fonética”, *El Nacional*, Caracas, 1974; “Constant Brusiloff. 1900?-1977”, *El Noticiero Universal*, Barcelona-España, 1977; “Juan Coromines, un romanista insigne”, *El Universal*, Caracas, 1997), Sergio Serrón (“Amado Alonso en el panorama de la dialectología hispanoamericana”, *Imagen*, N° 48, 1972; “Amado Alonso; presentación, recopilación y bibliografía”, *Pértiga*, N° 2-3, 1977; “El aporte de José Pedro Rona”, *Pértiga*, N° 2-3, 1977), Iraset Páez Urdaneta (“Ferdinand de Saussure o la aventura estructural de una teoría lingüística y semiológica (Introducción a una figura de nuestro tiempo)”, *Revista del Instituto Pedagógico*, Caracas, N° 6, 1973), Jesús Olza (“Homenaje a Nebrija. El genitivo subjuntivo determinado con predicativo”, *Montalbán*, N° 24, 1992), Iraidá Sánchez (“Austin y Searle: dos filósofos decisivos para la lingüística actual”, *Letras*, Caracas, N° 51-52, 1995), José Álvarez (“El análisis morfémico del pemón taurepán en los textos interlineales de *Vom Roraima zum Orinoko* de Theodor Koch-Grünberg”, *Montalbán*, N° 33, 2000), Francisco Javier Pérez (“Un bellista norteamericano: Barry L. Velleman”, *Eidos*, Caracas, Vol. 4, 1989; “El discurso pudibundo en los diccionarios hispanoamericanos. Revisión del *Diccionario de costarriqueñismos*, de Carlos Gagini”, *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, Tenerife, N° 18, 2000). Capítulo muy breve, lo constituye el estudio metahistoriográfico, tanto el de su reconstrucción histórica (= historia de la historiografía) (Pérez 2000d), como el de la inspección de algunas de

las figuras más representativas de la investigación historiográfica venezolana como Fernando Arellano (Pérez 2003d). También, célebres lingüistas y estudiosos extranjeros (algunos de ellos residentes y asimilados al país) se han ocupado de estudiar las figuras cumbre de nuestra lingüística (en especial la de Andrés Bello, desde el clásico trabajo de Amado Alonso, para las *Obras Completas* del gramático caraqueño: “Introducción a los Estudios Gramaticales de Andrés Bello”, 1951; hasta los más recientes de Barry L. Velleman: “El influjo del Empirismo inglés en el pensamiento gramatical de Bello”, 1976; “Bello, Bull y el sistema verbal del español”, 1977; “Structuralist theory in Bello’s gramática”, 1978; “Bello gramático: modernidad del enfoque sintáctico”, 1981; “Norma y sincronía en la gramática latinoamericana”, 1981. Sustanciales para el acercamiento a la filosofía de la gramática en Bello, los estudios de Juan David García-Bacca: “Filosofía de la gramática y gramática universal según Andrés Bello”, 1947; “Teoría filosófica del lenguaje en Bello y en la Semiótica moderna”, 1950; “La filosofía del espíritu de Andrés Bello”, y “Condillac-Berkeley y Bello”, 1951; Emma Gregores: “Las raíces del pensamiento gramatical de Bello”, 1966; y de Arturo Ardao: “La iniciación filosófica de Bello. Su *Análisis ideológica* de los tiempos verbales”, 1979; “La etapa filosófica de Bello en Londres”, 1981; “La relación de Bello con Stuart Mill”, 1981; *Andrés Bello, filósofo*, 1986). Finalmente, había que indagar la presencia de la lingüística venezolana en los repertorios historiográficos generales de la lingüística hispanoamericana. Muy notable, en este caso, lo que se le debe al “Panorama de la lingüística iberoamericana (1940-1965)” (1968), de Eugenio Coseriu (1977).

Quedan, sin embargo, muchas tareas pendientes. El esclarecimiento de las historias por especialidades, por períodos o por corrientes podrían ocupar la atención en los años venideros. También, la historia de los pequeños dominios, como los estudios de autores, estarían entre las intenciones de estudio que deberían acometerse con más persistencia.

Señor Director de la Academia Venezolana de la Lengua

*Señores Individuos de Número y Miembros Correspondientes de la Corporación
Señoras y Señores.*

Si una conclusión es posible hoy, después de revisar el decurso histórico de nuestra lingüística y de los estudios que para entenderla históricamente se han hecho necesarios, es que estamos en presencia de una de las parcelas más productivas para la comprensión de la inteligencia y espiritualidad venezolanas. Lengua y lingüística para descubrir la cultura, la vida social, el pensamiento y la afectividad. Historia y lingüística como posibilidades para otear en perspectiva lo que en el dominio de las lenguas, poderosos instrumentos epistemológicos, y en el de la historia, comprensión de los recorridos humanos, significamos.

Referencias bibliográficas

ALVAR EZQUERRA, Manuel. 1999. "La lexicografía venezolana, repertorios y estudios". En Manuel ALVAR EZQUERRA y Gloria CORPAS PASTOR (Coordinadores). 1999. *Léxico y voces del español*. Málaga: Universidad de Málaga, pp. 29-40.

ALVAR EZQUERRA, Manuel. 2002a. "La lexicografía del español de América: Bibliografía reciente". En Bernhard PÖLL y Franz RAINER (eds.). 2002. *Vocabula et vocabularia. Études de lexicologie et de (méta-)lexicographie romanes en l'honneur du 60e anniversaire de Dieter Messner*. Frankfurt am Main: Peter Lang, pp. 13-30.

ALVAR EZQUERRA, Manuel. 2002b. "Lexicografía dialectal". En 2002. *De antiguos y nuevos diccionarios del español*. Madrid: Arco/ Libros, S.L., pp. 397-442.

ALVARADO, Lisandro. 1953. *Glosario de voces indígenas de Venezuela*. En *Obras Completas*. Caracas: Ministerio de Educación, Vol. I.

ALVARADO, Lisandro. 1954. *Glosarios del bajo español de Venezuela*. En *Obras Completas*. Caracas: Ministerio de Educación, Vol. II.

ÁLVAREZ, Alexandra, Paola BENTIVOGLIO, Enrique OBEDIENTE, Mercedes SEDANO y María Josefina TEJERA. 1992. *El idioma español de la Venezuela actual*. Caracas: Cuadernos Lagoven.

ÁLVAREZ, José. 1996. "El Encuentro Nacional de Docentes e Investigadores de la Lingüística". En *Programa ENDIL XV*. Maracaibo: Universidad del Zulia, pp. 1-7.

AMODIO, Emanuele (editor). 1998. *Historias de la antropología en Venezuela*. Maracaibo: Ediciones de la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia.

ARCAYA, Pedro Manuel. 1912. "Proemio". En Luis R. Oramas. 1912. "Contribución al estudio de la lengua guajira". En *Revista Técnica del Ministerio de Obras Públicas*, Caracas, Nº 19, pp. 379-380.

ARELLANO, Fernando. 1977-1979. *Historia de la lingüística*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello. (2 vols.)

- ARELLANO, Fernando. 1986. *Una introducción a la Venezuela Prehispánica. Culturas de las naciones indígenas venezolanas*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- ARELLANO, Fernando. 1998. "La ideología de la Gramática de Bello". En *A los 150 años de la Gramática de Andrés Bello (1847-1997)*. Caracas: La Casa de Bello, pp. 27-44.
- ARMELLADA, Cesáreo de. 1943. "Notas preliminares sobre geografía, etnografía e historia". En *Gramática y diccionario de la lengua Pemón*. Caracas: C.A. Artes Gráficas, vol. I, pp. 4-28.
- ARMELLADA, Cesáreo de. 1978a. *Las lenguas indígenas venezolanas y el castellano*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua.
- ARMELLADA, Cesáreo de. 1978b. "Presentación". En Félix María de VEGAMIÁN. 1978. *Diccionario ilustrado yupa español-español yupa*. Caracas: Formateca, pp. 11-16.
- ARMELLADA, Cesáreo de. 1988. "Francisco de Tauste". En *Diccionario de historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, tomo III, p. 676.
- ARMELLADA, Cesáreo de. 1997. "Francisco de Tauste". En *Diccionario de historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, tomo IV, p. 21.
- BALZA SANTAELLA, Tito. 2002. "Cecilio Acosta y la Academia". En Domingo MILIANI, Gregory ZAMBRANO, Alberto RODRÍGUEZ CARUCCI, Francisco Javier PÉREZ, Tito BALZA SANTAELLA y Rafael Ángel RIVAS. *Vigencia de Cecilio Acosta*. Maracaibo: Universidad Católica Cecilio Acosta, pp. 93-135.
- BARCELÓ SIFONTES, Lyl. 1983. *Índice de los Boletines de la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, números 1-150 (1934-1982)*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua.
- BARRERA LINARES, Luis. 1992. "La investigación lingüística en el Instituto Pedagógico de Caracas". En Luis QUIROGA TORREALBA y Luis BARRERA LINARES. 1992. *Los estudios lingüísticos en Venezuela y otros temas*. Caracas: Fondo Editorial IPASME, pp. 37-64.
- BECCO, Horacio Jorge (editor). 1983. *Discursos académicos*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua. Presentación: Pedro Pablo Barnola. Edición, notas bio-bibliográficas e índices: Horacio Jorge Becco. (8 vols.)

- BERMÚDEZ, Manuel. 1998. "El castellano en Venezuela". En *Gran Enciclopedia de Venezuela*. Caracas: Editorial Globe, vol. 7, pp. 35-57.
- BIORD, Horacio. 1992. "Reseña histórica de *Principios y Reglas de la lengua cumana* [1683] de Manuel de Yangües". En *El Investigador Venezolano*, Caracas, N° 11, p. 6.
- BRICEÑO-IRAGORRY, Mario. 1982 [1934]. *Tapices de historia patria. Ensayo de una morfología de la cultura colonial*. Caracas: Talleres Litográficos de Impresos Urbina.
- BRICEÑO VALERO, Américo. 1950. "Obras didácticas para la enseñanza de la gramática de la lengua castellana publicadas en Venezuela, desde el año 1820 hasta 1880". En *El alfabeto castellano. Historia, morfología y lexicografía. Lecciones iniciales del estudio de la gramática castellana*. Caracas: Cultural, s.a.
- BRUNI CELLI, Blas. 1998a. *Venezuela en cinco siglos de imprenta*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- BRUNI CELLI, Blas. 1998b. *Esfuerzo lingüístico: Las misiones franciscanas de la Nueva Andalucía y la plenitud del encuentro*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua (Discurso de Incorporación como Individuo de Número).
- CAMPO DEL POZO, Fernando. 1979. *Los Agustinos y las lenguas indígenas venezolanas*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- CAPPELLETTI, Ángel J. 1994. "Lisandro Alvarado: Positivismo y filología". En *Positivismo y evolucionismo en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, pp. 73-87.
- CARRERA, Gustavo Luis. 1959. "Expresión venezolana del alboroto. Investigación filológica de Marco Antonio Martínez". En *Papel Literario* (El Nacional), Caracas, 19/ 02/ 1959, p. 6.
- CARROCERA, Buenaventura de. 1981. *Lingüística indígena venezolana y los misioneros Capuchinos*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- CHELA-FLORES, Godsuno. 1998. *Orígenes y estado actual del español de Venezuela*. Cumaná: Ediciones Comisión Regional "Macuro 500 Años".
- CHIOSSONE, Tulio. 1990. *Cien años de cultura académica*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua.
- CHUMACEIRO, Irma e Irania MALAVER. 1999. *Venezuela*. Madrid: Arco/Libros (*El español de América. Cuadernos Bibliográficos*, 7).

COLMENARES DEL VALLE, Edgar. 1989. "La codificación del venezolanismo". En Iraset PÁEZ URDANETA, Fernando FERNÁNDEZ y Luis BARRERA LINARES (compiladores). 1989. *Estudios lingüísticos y filológicos en homenaje a María Teresa Rojas*. Sartenejas: Universidad Simón Bolívar, pp. 69-91.

COLMENARES DEL VALLE, Edgar. 1995. *Lexicología y lexicografía en Venezuela (Fuentes para su estudio)*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello.

COLMENARES DEL VALLE, Edgar. 1996. *Lexicología y lexicografía en Venezuela. Adenda 95*. Caracas: Ediciones Asociación Apureños en Caracas.

COLMENARES DEL VALLE, Edgar. 2002. *Lexicología y lexicografía en Venezuela. Adenda 96*. Caracas: Casa Nacional de las Letras Andrés Bello.

COLÓN, Cristóbal. 1982. *Textos y documentos completos*. Madrid: Alianza Universidad. Edición: Consuelo Varela.

COSERIU, Eugenio. 1977. "Panorama de la lingüística iberoamericana (1940-1965)". En *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje. Estudios de historia de la lingüística*. Madrid: Editorial Gredos, pp. 264-364.

CUERVO, Rufino José. 1955. *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

DELAL = 1995-1999. *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho/ Monte Ávila Editores Latinoamericana. (3 vols.).

DHV1 = 1988. *Diccionario de historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar. (3 vols.).

DHV2 = 1997. *Diccionario de historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar. 2da. edición. (4 vols.).

DOLLERO, Adolfo. 1933. *Cultura de Venezuela. Apuntaciones sobre la evolución de la cultura desde la Conquista. Excursiones*. Caracas: Tipografía Americana (2 vols.).

DOMÍNGUEZ, Carmen Luisa, Lourdes PIETROSEMOLI y Alexandra ÁLVAREZ (eds.). 2001-2002. *Homenaje a Paola Bentivoglio. Estudios lingüísticos*. En *Cuadernos de Lengua y Habla*. Mérida: Universidad de Los Andes.

ERNST, Adolfo. 1987 (1890). "El progreso de la lingüística americana". En *Obras completas*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, tomo VI ("Antropología"), pp. 750-755.

ERNST, Adolfo. 1987. *Obras completas*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República. Compilación: Blas Bruni Celli. (10 vols.)

FERNÁNDEZ, Fernando. 1984. "Los primeros lingüistas de Venezuela" (Ponencia). VII Congreso Internacional de la ALFAL, Santo Domingo.

FREITES BARROS, Francisco y Francisco Javier PÉREZ (comps.). 2004. *Las disciplinas lingüísticas en Venezuela. Situación actual, otras miradas y nuevas expectativas*. Maracaibo: Universidad Católica Cecilio Acosta.

GARCÍA CHUECOS, Héctor. 1963. *Cultura intelectual de Venezuela desde su Descubrimiento hasta 1810*. Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Merideños.

GARCÍA RIERA, Gladys. 1985. "Bibliografía sobre el español de Venezuela". En *Letras*, Caracas, N° 43, pp. 255-315.

GIL FORTOUL, José. 1977 [1907-1909]. *Historia constitucional de Venezuela*. México: Editorial Cumbre. (3 vols.)

GÓMEZ PARENTE, Odilo. 1979. *Labor Franciscana: I. Promoción indígena*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.

GRANADOS, Héctor. 1998. *La lingüística indígena: La lengua Wawaw*. Cumaná: Ediciones Comisión Regional "Macuro 500 Años".

GRASES, Pedro. 1940. "Estudios de castellano". En *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, N°s. 21 y 22, pp. 77-88, 103-116.

GRASES, Pedro. 1943. *Del porqué no se escribió el Diccionario Matriz de la lengua castellana de Rafael María Baralt*. Caracas: Escuela Técnica Industrial/ Talleres de Artes Gráficas.

GRASES, Pedro. 1945. *Don Rufino José Cuervo, conjunción de tres filólogos venezolanos*. Caracas: Artes Gráficas.

GRASES, Pedro. 1954. "La obra lexicográfica de Lisandro Alvarado". En Lisandro ALVARADO. 1954. *Obras completas*. Caracas: Ministerio de Educación, tomo II, pp. XI-XXV.

JAHN, Alfredo. 1927. "Introducción". En Alfredo JAHN. 1927. *Los aborígenes del Occidente de Venezuela*. Caracas: Lit. y Tip. del Comercio, pp. 1-24.

LAVANDERO PÉREZ, Julio. 2003. *Guarao versus Wáraw. Dos versiones usuales*. Caracas: Consejo Nacional de la Cultura/ Gobernación del Estado Delta Amacuro.

LEDEZMA, Minelia de y Hugo OBREGÓN MUÑOZ. 1990. *Gramática del español de Venezuela. Una Introducción*. Caracas: Instituto Universitario Pedagógico.

LÓPEZ DE VALDIVIESO, Miriam. 1983. *Índice general de los Discursos de Incorporación a la Academia Venezolana de la Lengua. Edición conmemorativa del Centenario de la Corporación (1883-1983)*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua.

MALDONADO, Samuel Darío. 1921. *Tierra Nuestra. Por el río Caura*. Caracas: Lit. Del Comercio.

MANTILLA RUIZ, Luis Carlos. 1986. *Fray Pedro Simón y su Vocabulario de Americanismos*. Edición facsimilar de la "Tabla para la inteligencia de algunos vocablos" de las *Noticias Historiales*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

MÁRQUEZ CARRERO, Andrés. 1977. *Introducción a la vida y obra de Julio César Salas*. Mérida-Venezuela: Universidad de los Andes/ Gobernación del Estado Mérida.

MÁRQUEZ CARRERO, Andrés. 1982. *Huellas de perennidad del doctor Julio César Salas (1870-1933)*. Mérida-Venezuela: Universidad de los Andes.

MÁRQUEZ CARRERO, Andrés. 1983a. *Presentación de los estudios lingüísticos de Julio César Salas*. Mérida-Venezuela: Universidad de Los Andes/ Gobernación del Estado Mérida.

MÁRQUEZ CARRERO, Andrés. 1983b. "Tradición de los estudios lingüísticos en Venezuela". En *El Universal*, Caracas, 28/2/1983.

MÁRQUEZ RODRÍGUEZ, Alexis. 1977. "Un trabajo filológico de Francisco Tamayo". En Francisco TAMAYO. *Léxico popular venezolano*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, pp. 5-13.

MARTÍNEZ, Marco Antonio. 1966. "Rivodó y el castellano de Venezuela". En *Boletín del Departamento de Castellano, Literatura y Latín del Instituto Pedagógico*, Caracas, N° 22, pp. 23-32.

- MORÓN, Guillermo. 1971. *Historia de Venezuela*. Caracas: Italgráfica. (5 vols.)
- MOSONYI, Esteban Emilio, Arelis BARBELLA y Silvana CAULA. 2003. *Situación de las lenguas indígenas de Venezuela*. Caracas: Casa Nacional de las Letras Andrés Bello.
- MOSONYI, Jorge Carlos. 1989. "Resumen histórico de la lingüística en Venezuela (1900-1980)". En *Boletín de Lingüística* (Universidad Central de Venezuela), Caracas, N° 7, pp. 11-26.
- NAVARRETE, Juan Antonio. 1962. *Arca de Letras y Teatro Universal*. Caracas: Academia Nacional de la Historia. Estudio Preliminar: José Antonio Calcaño.
- NAVARRETE, Juan Antonio. 1993. *Arca de Letras y Teatro Universal*. Caracas: Academia Nacional de la Historia. Estudio Preliminar: Blas Bruni Celli. (2 vols.)
- NEBRIJA, Antonio de. 1973. *Vocabulario de romance en latín*. Madrid: Castalia. Edición: Geral J. Macdonald.
- NEIRA, Alonso de y Juan RIBERO. 1971 [1762]. *Arte y vocabulario de la lengua achagua*. En José del REY FAJARDO. 1971. *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/ Ministerio de Educación, t. II, pp. 25-182.
- NÚÑEZ, Enrique Bernardo. 1963. *La ciudad de los techos rojos*. Caracas: EDIME.
- NÚÑEZ, Rocío, Horacio BIOD y Francisco Javier PÉREZ. 1990. *Manual básico de siglas venezolanas*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira.
- OLZA, Jesús. 1984. *El trazado científico de la Gramática de Bello*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira.
- OLZA, Jesús. 1989. *El Padre Felipe Salvador Gilij en la historia de la lingüística venezolana*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira.
- OVIEDO, Alejandro. 1992. "Perfil general de los estudios de morfosintaxis del español en Venezuela". *Cnocuicatl (ULA)*, Mérida, N° 1, pp. 23-28.
- PARRA LEÓN, Caracciolo. 1954. *La instrucción en Caracas (1567-1725)*. En *Obras*. Madrid: Editorial J.B., pp. 7-280.
- PÉREZ, Francisco Javier. 1988. *Historia de la lingüística en Venezuela. Desde 1782 hasta 1929*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira.
- PÉREZ, Francisco Javier. 1989. "Situación actual de la lexicografía del español en Venezuela". En *Separata Universitaria de Letras* (UCAB), Caracas, N° 3, pp. 1-23.

- PÉREZ, Francisco Javier. 1991. "Los estudios de historia de la lingüística en Venezuela". *Separata Universitaria de Letras* (UCAB), Caracas, N° 14.
- PÉREZ, Francisco Javier. 1992. "Cinco siglos de lexicografía del español en Venezuela". En *Montalbán*, Caracas, N° 24, pp. 119-166.
- PÉREZ, Francisco Javier. 1993a. "Para una historia de la metalexicografía en Venezuela". En *Boletín Universitario de Letras*, Caracas, vol. I, pp. 343-356.
- PÉREZ, Francisco Javier. 1993b. "Perspectivas de la lingüística indígena en la *Obra inducida de Lisandro Alvarado*". En *Montalbán*, Caracas, N° 26, pp. 171-201.
- PÉREZ, Francisco Javier. 1993c. "Marco Antonio Martínez: De la historia monetaria a las raíces de las palabras" (Estudio preliminar). En Marco Antonio MARTÍNEZ. *Los nombres de las monedas en Venezuela*. Caracas: Asociación Bancaria de Venezuela/ Colección V Centenario del Encuentro entre Dos Mundos: 1492-1992; 1498-1998, pp. 15-24. Estudio preliminar, edición y notas: Francisco Javier Pérez.
- PÉREZ, Francisco Javier. 1996a. "José Domingo Medrano: Fundador de la lexicografía regional venezolana". En *Montalbán*, Caracas, N° 29, pp. 215-243.
- PÉREZ, Francisco Javier. 1996b. "Bibliografía sobre los estudios de historia de la lingüística en Venezuela". En *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, N° 301, pp. 75-91.
- PÉREZ, Francisco Javier. 1996c. "Los primeros lexicógrafos de Venezuela". En *El Ucabista*, Caracas, N° 13, p. 15. (Columna "Palabras sobre palabras").
- PÉREZ, Francisco Javier. 1997a. *Estudios de lexicografía venezolana (Historia y Lexicografía Antigua, Metalexicografía y Etnolexicografía)*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello.
- PÉREZ, Francisco Javier. 1997b. "La investigación lexicográfica durante los últimos veinte años: El aporte de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB)". En Francisco Javier PÉREZ. 1997. *Estudios de lexicografía venezolana (Historia y Lexicografía Antigua, Metalexicografía y Etnolexicografía)*. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, pp. 151-168.
- PÉREZ, Francisco Javier. 1997c. "Historiando los pequeños dominios lexicográficos. Notas sobre dos textos de Mario Briceño Iragorry". En *Montalbán*, Caracas, N° 30, pp. 121-129.

PÉREZ, Francisco Javier. 1998a. "Un país de la A a la Z". *Imagen*, Caracas, Año 31. N° 1, pp. 121-126.

PÉREZ, Francisco Javier. 1998b. "Angel Rosenblat: El hombre que amó a Venezuela por sus palabras". *Papel Literario. El Nacional*, Caracas, 9/8/1998 (Serie 50 imprescindibles).

PÉREZ, Francisco Javier. 1998c. "Léxico". *Español Actual. Revista de español vivo*, Madrid, N° 69, pp. 83-92. Número especial dedicado al español de Venezuela.

PÉREZ, Francisco Javier. 1999a. "Descripción y análisis del léxico actual de Venezuela y su reflejo en los diccionarios". *Lingüística Española Actual*. Vol. XXI, N° 2.

PÉREZ, Francisco Javier. 1999b. *Mitrídates en Venezuela. Diccionarios, poliglotismo y lenguas indígenas en Julio C. Salas*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/ Fundación Julio César Salas.

PÉREZ, Francisco Javier. 2000a. "Descubriendo diccionarios encubiertos. Voces venezolanas en el viaje de Humboldt". En *Paramillo* (Universidad Católica del Táchira), San Cristóbal, N° 19, pp. 529-675.

PÉREZ, Francisco Javier. 2000b. *Incursiones de lingüística zuliana. Una contribución para su historia*. Maracaibo: Universidad Católica Cecilio Acosta.

PÉREZ, Francisco Javier. 2000c. "Pudor e indecoro en los diccionarios venezolanos". En *Tierra Firme*, Caracas, N° 69, pp. 59-72.

PÉREZ, Francisco Javier. 2000d. "Historia y lingüística en Venezuela. Un recorrido histórico e historiográfico". En José Ángel RODRÍGUEZ (comp.). *Visiones del oficio. Historiadores venezolanos en el siglo XXI*. Caracas: Academia Nacional de la Historia/ Universidad Central de Venezuela, pp. 353-376.

PÉREZ, Francisco Javier. 2000e. *Diccionarios, discursos etnográficos, universos léxicos. Propuestas teóricas para la comprensión cultural de los diccionarios*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/ Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.

PÉREZ, Francisco Javier. 2000f. "El ingeniero Alfredo Jahn. Contribución lingüística". En *Tekhné. Revista de la Facultad de Ingeniería (UCAB)*, Caracas, N° 4, pp. 101-106.

PÉREZ, Francisco Javier. 2001. "Afinidades en conflicto. Las direcciones opuestas de Rufino José Cuervo y Julio Calcaño". En *Investigaciones literarias (UCV)*, Caracas, N° 9, vol. II, pp. 99-116.

PÉREZ, Francisco Javier. 2002a. *Oídos sordos. Julio Calcaño y la historia del purismo lingüístico en Venezuela*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.

PÉREZ, Francisco Javier. 2002b. "Vida e infortunio de Félix E. Bigotte". En *Revista Bigott*, Caracas, N° 61, pp. 4-15.

PÉREZ, Francisco Javier 2002c. "Fragmentos para la historia de una reunión de lingüistas. El ENDIL XX (Barquisimeto, junio 2001)". En *Montalbán*, Caracas, N° 35, pp. 333-342.

PÉREZ, Francisco Javier. 2002d. "La ciudad y sus palabras. Crónica lexicográfica de la ciudad de Caracas". En *Revista venezolana de economía y ciencias sociales* (Universidad Central de Venezuela), Caracas, vol. 8, N° 3, pp. 179-190).

PÉREZ, Francisco Javier. 2002e. "Palabras sabidas y palabras por saberse: El lexicógrafo Cecilio Acosta". En Domingo MILIANI, Gregory ZAMBRANO, Alberto RODRÍGUEZ CARUCCI, Francisco Javier PÉREZ, Tito BALZA SANTAELLA y Rafael Ángel RIVAS. *Vigencia de Cecilio Acosta*. Maracaibo: Universidad Católica Cecilio Acosta, pp. 61-72.

PÉREZ, Francisco Javier. 2003a. "Por una lexicografía profesional. La Adenda 96 de *Lexicología y Lexicografía en Venezuela*, de Edgar Colmenares del Valle". En *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, N° 325, pp. 239-244.

PÉREZ, Francisco Javier. 2003b. "El filólogo venezolano Ángel Rosenblat. Su caracterización como lingüista-historiador". En *Revista de Filología* (Universidad de La Laguna), Tenerife-España, N° 21, pp. 253-266.

PÉREZ, Francisco Javier. 2003c. "Alfredo Jahn. Una lingüística al servicio de la espiritualidad venezolana". En *Trapos y Helechos*, San Antonio de Los Altos, N° 20, pp. 40-45.

PÉREZ, Francisco Javier. 2003d. "Fernando Arellano (1908-2002). Historiador de la lingüística". En *Montalbán* (UCAB), Caracas, N° 36, pp. 361-371.

PÉREZ, Francisco Javier. 2004. *Orientalismo en Venezuela. Historia de la lingüística sánscrita*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.

PLATZMANN, Julio. 1888. *Algunas obras raras sobre la lengua cumanagota*. Leipzig: B.G. Teubner. (5 vols.)

POBLADURA, Pacífico de. 1978. *De la "Universidad" de la selva a la Academia de la Lengua. Homenaje a Fray Cesáreo de Armellada, Misionero Capuchino*. León (España): Delegación de Propaganda de Misiones Capuchinas/ Evergráficas.

QUIROGA TORREALBA, Luis. 1982. "Los estudios lingüísticos en Venezuela". En *Hora Universitaria* (UCV), Caracas, N° 4, pág. 6.

QUIROGA TORREALBA, Luis. 1983. "Los estudios lingüísticos y dialectológicos en Venezuela". En Luis QUIROGA TORREALBA, Hugo OBREGÓN y Sergio SERRÓN. *Estudios lingüísticos y dialectológicos*. Maracay: Instituto Universitario Experimental de Caracas/ Instituto Universitario Pedagógico de Maracay "Rafael Alberto Escobar Lara", pp. 1-200.

QUIROGA TORREALBA, Luis. 1984. "El *Manual de Gramática* del Dr. J.M. Núñez Ponte". En *El Manual de Gramática del Dr. J.M. Núñez Ponte. Edición conmemorativa del Centenario de la Corporación (1883-1983)*. Caracas: Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española, pp. 13-19.

QUIROGA TORREALBA, Luis. 1988. "Los estudios lingüísticos en Venezuela". En *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, Caracas, N°. 161-162, pp. 32-43.

QUIROGA TORREALBA, Luis. 1992. "Los estudios lingüísticos en Venezuela". En Luis QUIROGA TORREALBA y Luis BARRERA LINARES. 1992. *Los estudios lingüísticos en Venezuela y otros temas*. Caracas: Fondo Editorial IPASME, pp. 15-36.

QUIROGA TORREALBA, Luis. 2003. *Tres lingüistas de América. Andrés Bello, Ángel Rosenblat, Amado Alonso*. Caracas: FEDEUPEL/ Fondo Editorial de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador.

QUIROGA TORREALBA, Luis y Luis BARRERA LINARES. 1992. *Los estudios lingüísticos en Venezuela y otros temas*. Caracas: Fondo Editorial IPASME.

RAMOS MARTÍNEZ, J.A. y Cayetano de CARROCERA. 1980 (1927-1945). *Memorias para la historia de Cumaná y Nueva Andalucía*. Cumaná: Editorial Universitaria de Oriente. Tomo II.

REY FAJARDO, José del. 1971. *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/ Ministerio de Educación. (2 vols.)

REY FAJARDO, José del. 1974. *Bio-bibliografía de los Jesuitas en la Venezuela Colonial*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.

REY FAJARDO, José del. 1979. *La pedagogía jesuítica en la Venezuela Hispánica*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

REY FAJARDO, José del. 1992a. "Introducción al estudio de la historia de las misiones jesuíticas en la Orinoquia". En *Misiones jesuíticas en la Orinoquia*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, tomo I, pp. 197-682.

REY FAJARDO, José del. 1992b (1979). "Los jesuitas y las lenguas indígenas venezolanas". En *Misiones jesuíticas en la Orinoquia*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, tomo II, pp. 5-128.

REY FAJARDO, José del. 1986. "La gramática guajira de Olza-Jusayú". En Jesús OLZA ZUBIRI y Miguel Ángel JUSAYÚ. 1986. *Gramática guajira (morfosintaxis)*. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, pp. 7-11.

REY FAJARDO, José del. 1988. "Consideraciones sobre la evolución de la lingüística guajira". En Jesús OLZA ZUBIRI y Miguel Ángel JUSAYÚ. 1988. *Diccionario sistemático de la lengua guajira*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, pp. V-XVII.

REY FAJARDO, José del. 2002. "Introducción". En Jesús OLZA ZUBIRI, Conchita NUNI DE CHAPI y Juan TUBE. 2002. *Gramática Moja Ignaciana (Morfosintaxis)*. San Cristóbal/ Caracas: Universidad Católica del Táchira/ Universidad Católica Andrés Bello, pp. 1-28.

REY FAJARDO, José del. 2003. *Virtud y letras en el Maracaibo hispánico*. Caracas: Alcaldía de Maracaibo/ Universidad Católica Andrés Bello.

RIVAS, Rafael Ángel, Hugo OBREGÓN, Gladys GARCÍA RIERA y Ramón VIVAS. 1983. *Bibliografía sobre las lenguas indígenas de Venezuela*. Caracas: Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y de Servicios de Bibliotecas/ Instituto Universitario Pedagógico de Caracas.

RIVAS, Rafael Ángel, Gladys GARCÍA RIERA, Hugo OBREGÓN e Iraset PÁEZ URDANETA. 1985. *Bibliografía sobre el español del Caribe hispánico*. Caracas: Instituto Universitario Pedagógico de Caracas.

- RIVAS DUGARTE, Rafael Ángel y Gladis GARCÍA RIERA. 2004. *Quiénes escriben en Venezuela. Diccionario abreviado de escritores venezolanos (1900-2003)*. Caracas: Consejo Nacional de la Cultura (CONAC)/ Dirección de Literatura.
- ROJAS, Arístides. 1944 (1878). *Estudios indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela*. Caracas: Librería “Las Novedades”/ Emilio Ramos.
- ROJAS JIMÉNEZ, Oscar. 1981. *Andrés Bello y el idioma castellano*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- ROSENBLAT, Ángel. 1961. *El pensamiento gramatical de Bello*. Caracas: Ediciones del Liceo “Andrés Bello”.
- ROSENBLAT, Ángel. 1966. *Andrés Bello, a los cien años de su muerte*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- ROSENBLAT, Ángel. 1989. *Buenas y malas palabras en el castellano en Venezuela*. En *Biblioteca Ángel Rosenblat*. Caracas: Monte Ávila Editores. (5 vols.)
- SECO, Manuel. 1987. *Estudios de lexicografía española*. Madrid: Paraninfo.
- SERRÓN, Sergio. 1978. *Aporte para una ficha bibliográfica de la dialectología venezolana hasta 1975*. Caracas: Ediciones de la Asociación de Profesores del Instituto Universitario Pedagógico de Caracas.
- SERRÓN, Sergio. 1979. “Algunas notas sobre los estudios de dialectología en Venezuela”. En *Letras*, Caracas, N° 36, pp. 193-201.
- SERRÓN, Sergio. 2001. “El ENDIL: 20 años de impacto en la investigación y en la lingüística venezolana. Orientaciones y perspectivas”. Palabras de apertura del XX Encuentro Nacional de Docentes e Investigadores de la Lingüística (Barquisimeto, junio de 2001) (mimeog.).
- TEJERA, María Josefina. 1993. “Estudio preliminar”. En *Diccionario de venezolanismos*. Caracas: Universidad Central de Venezuela/ Academia Venezolana de la Lengua/ Fundación Edmundo e Hilde Schnoegass, tomo I, pp. IX-XXIX.
- TEJERA, María Josefina. 1995. “La investigación lingüística en Venezuela”. *Boletín de Lingüística*. N° 9, pp. 143-150.
- VILLAMAÑÁN, Adolfo de. 1978. *Vocabulario barí comparado*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello/ Ministerio de Educación.

